LIBRERIA · J · SOLES

A

C. 1195185
Trt. 149959

Copyright by Francisco Maldonado, 1932

LUIS MALDONADO

DEL CAMPO Y DE LA CIUDAD

SEGUNDA EDICIÓN

MCMXXXII

IMPRENTA DE CALATRAVA. SALAMANCA

A CARGO DE MANUEL P. CRIADO

N. B.—*La primera mitad de estos cuentos, hasta el titulado «Al Remudo», inclusive, fué publicada hace casi treinta años en un pequeño volumen (Del Campo y de la Ciudad, por Luis Maldonado, con ilustraciones de Eloy Romano. Salamanca, Impr. y Libr. de Francisco Núñez, 1903). Antes habían sido publicados sucesivamente cada uno de los cuentos en la plana literaria de El Adelanto, diario de Salamanca. Los cuentos que forman la segunda mitad de la presente publicación fueron asimismo publicados en El Adelanto y en otros periódicos y revistas de Salamanca y Madrid, en diversos años, y alguno anteriormente a 1903. Por primera vez se publican ahora reunidos en volumen, agregados a los anteriores, bajo el mismo título, y formando una colección y un todo homogéneos. El Vocabulario, que va al final, apareció en la primera edición y se refería, naturalmente, a los cuentos en ella publicados. No obstante, se ha respetado sin complemento ninguno.*

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEÓN

EL TÍO CLAMORES

—

El tío Clamores

—

ERA EL TÍO «CLAMORES» UN HOMBRE VERDADERAMENTE extraordinario y capaz de llamar la atención, no sólo de sus paisanos, sino de toda España. Lo de menos era el que apalease las onzas, aunque de estos malos tratos que daba a su dinero todo el mundo tenía noticia; lo de más era el ruido de sus «haciendas», porque en este bendito campo de Salamanca, donde Dios ha derramado el garbo y la largueza, se estima el *dulún-dulún* de los zumbos y cencerrillos, el sonar de las espuelas y el *táca-táca* de la airosa marcha castellana, más que el estrépito de una catarata de monedas de cinco duros.

No quiere esto decir que el charro tenga en poco los dineros, sino que sabe bien que oro es lo que oro vale, y vale más, como dijo el pastor, la lluvia menuda en un día de Mayo, que todo el inmenso tesoro que le mostraban reunido en los sótanos del Banco.

¡Y qué tesoro el de una buena y variada ganadería como la del tío *Clamores!* Allá en Extremadura la baja, cerca de la Serena, en las fértiles dehesas que riega el Guadiana, las merinas cargadas hasta las pezuñas de lana finísima como la seda; en la serranía de *Pedrahita,* en unos campos *tendíos* al *meodía*, más calientes que solana de comadres, las vacas *parías,* con la rastra de becerrillos que triscan arqueando el lomo entre los carrascos del vaqueril; más acá, en tierra de Alba, el *ganao* machorro y los novillos, cuyos ocios convierten en campo de Agramante las extensas riberas en que pacen; y aquí, en el *reñón* de la charrería, la casa solera, alrededor de la cual verdeguea la guadaña, en cuyas altas mieses se entoñan veinte parejas de *gües* de trabajo y otros tantos holgones, que no los hay más *lú-*

cios y galanes en diez leguas a la *reonda*. Y no digamos los innumerables cochinos que hozan en los majadales buscando criadillas y cebollinos; y las cabras que saltan por las cercas y desgajan ramones de las encinas; ni el averío que cloquea al abrigo del hastial grande de la casa; ni—lo mejor es siempre lo postrero—la docenita de yeguas de vientre, más cerriles que palomas torcaces, que, al ver gente, huyen sonando sus arrapeas, y las jacas de fatiga que, libres de trabas, abrevan en la charca cercana, mientras las urracas o maricas las espulgan a picotazos, campando libremente sobre sus lomos.

¡Y cómo gobernaba el tío *Clamores* todas estas haciendas! A quien no estuviera en el secreto de su vida no se le alcanzaría, sino atribuyéndolo a dón de ubicuidad, que en época en que no había carreteras, ni trenes, ni telégrafos, aquel hombre atendiese a todo, y estuviese en todas partes, y cuidase una a una de sus reses con el esmero del más humilde piojarero.

Pero el tío *Clamores* tenía un secreto, que con decirlo a voces continuaba gozándolo él solo, porque nadie se consideraba con voluntad suficiente para privarle de la exclusiva. Tal secreto, que hizo grande a Napoleón, estaba encerrado en este sencillo aforismo: «Entre el día y la noche no hay *parede*».

Y en verdad que no la había para el tío *Clamores;* su caballo dormía cuando él echaba pie a tierra; él dormía sobre su caballo en marcha, y con este trueque de sueños se establecía entre ambos una compensación, gracias a la cual se resolvía el problema del movimiento contínuo.

Así se comprende que el tío *Clamores* estuviese hoy aquí, mañana en Extremadura y pasados tres días en León, y tuviese a los ganaderos siempre en jaque y sobre aviso, seguros de la vigilancia del amo y temerosos

de sus duras reprimendas. Hasta los perros, criados y educados por él, antes de enviarlos a las majadas, ayudaban a aquel hombre incansable, no denunciando su presencia a los ganaderos cuando, atravesando matorrales, llegaba de noche a los chozos y casetas.

* * *

Y fué el caso (hora es ya, lector pío, de que entremos en materia), que una de esas noches, al acercarse sigilosamente el tío *Clamores* a un rancho de pastores, notó en él tal aparato de fiesta y una animación y concurrencia tan raras en aquellos lugares, que le hicieron fruncir el entrecejo y decir para su capote: «reunión de rabadanes, oveja muerta». En lo cual acertó con pelos y señales, porque oveja muerta, asada y destrozada, era lo que se distinguía en medio del rancho, a la luz de un candilejo de sebo, que lucía colgado de una rama, y rabadanes y muy rabadanes los que, cogidos de las manos y haciendo rueda, bailaban y cantaban en torno a las bien olientes tajadas.

Aquello era una visión dionisiaca, que recordaba los humildes orígenes de la tragedia griega; algo entre bucólico y orgíaco; era el espíritu de la tierra que brotaba en aquellas soledades, la alegría de vivir que desbordaba en aquellos cuerpos ébrios y vacilantes... Pero nada de esto se le ocurrió al tío *Clamores,* que no conocía otro Dionisio que *Donisio* el cabrero, aquel zagalillo que a cada vuelta de la rueda repartía sendas tajadas entre los oficiantes de aquella fiesta, los cuales, después de enviarlas al buche, previas ligeras ceremonias manducatorias, tornaban a sus gritos, que eran maldiciones de toda clase para el tío *Clamores,* y a su cántico monótono, igual, con unas cadencias interminables, y cuya

letra hacía revolver a nuestro hombre tras de la carrasquera que ocultaba su persona.

—Vaya otro trago—gritó *Donisio* al terminar el cántico. Y diciendo y haciendo, descolgó un zaque de lo tinto y lo escanció en una cuenca de las grandes, que sin más impulso que dársela al primero, dió la vuelta a todo el concurso.

—Y ahora, venga la copla.

La rueda volvió a girar y los mortecinos resplandores del candil brillaban como chispas de incendio en los ojos de los ébrios rabadanes, quienes, a despecho de sus gargantas enronquecidas, por centésima vez cantaron:

La oveja modorra
del tío *Clamores*
esta noche la cenan
los sus pastores.

Resonó después en los oteros y cañadas del monte el obligado y penetrante *jigeo,* al cual *Donisio,* que era la gracia y sal de aquellas majadas, puso término con tres o cuatro docenas de maldiciones del tenor siguiente:

—Si esta modorra se acaba
más arriba hay otra atada.
—Si nos oye el tío *Clamores*
que le rajen los de Herodes.
—Si va el amo de camino
que el diablo le amargue el vino.

El tío *Clamores* no quiso oir más, y con la cara contraída por la indignación, se levantó cuidadosamente para no hacer ruido, acarició a los perros para que no le descubrieran con sus ladridos, y andando buen trecho hasta donde había dejado su caballo, montó en él y se alejó en la espesura, no sin volverse antes cara a la majada y jurárselas con la mano a aquellas descuidadas

gentes, cuyos gritos aún se oían, y cuyas siluetas, vistas a lo lejos, entre las encinas, parecían la viva resurrección de una escena clásica.

Llegó la época del esquileo y con ella vinieron a la alquería los rebaños de Extremadura, sonando por cordeles y encañadas sus zumbos, y llenando con sus balidos las riberas y majadales de la dehesa. Los portugueses pasaron a filo de tijera, uno a uno, ovejas y cancines; dióse fin a la cruel separación de madres y corderos, y, terminado todo, el día de San Pedro fueron los pastores a la casa a hacer las cuentas del año con el «señor amo».

Este los recibió en la cocina, sentado en el escaño, con una mesa de pino delante, y sobre ella todo su arsenal de contabilidad; un cuadernucho raído, del cual pasó unas cuantas hojas con sus dedos huesudos. Aquéllos, después de saludar, se iban quedando a alguna distancia, en actitud de respeto y temor, porque el día de San Pedro solía ser para más de uno el del Juicio final.

—Vamos a ver, José Antonio, el mayoral.

Este se acercó pausadamente, sacó de un morral otro cuaderno y fué confrontando partida por partida las que el amo leía en alta voz.

—Dos libras de almazarrón... tanto.

—Está.

—Gastos de cañada, cebadilla y pan para los perros... tanto.

—Está.

—Dos arrobas de pez para la mela...

—Está.

—Suma total... tanto. ¿Estás conforme?

—Bueno usté, señor amo.

—Pues tómalo, le dijo éste, acercando al borde de la mesa unos montoncillos de pesetas que sobre ella había.

El mayoral fué contándolas una a una, se rascó la ca-

beza después de terminar, sacó las tijeras del cinto, hizo sobre éste, con la punta de una de ellas, algunos cálculos, y luego, guardándolas y volviendo las uñas a sus guedejas, dijo entre dientes:

—Me parece que faltan dos pesetas, señor amo.

—No faltan, respondió éste sin alzar la voz; a tí si que te ha faltao una partida en la cuenta. ¿No te acuerdas? La de la oveja modorra que vus comísteis por los Mártires en la majá del Tomelloso. Güen provecho vus haga; pero justo es que la paguéis, y entre tantos no es ná pal caso, y así yo también podré cantar como vusotros:

La oveja modorra
del tío *Clamores*
esta tarde la pagan
los sus pastores.

Y mira, por donde viniste te vas, que no quiero modorros en mi casa.

El que bien pudiéramos llamar *interfecto,* encogió los hombros, dejó escapar entre sus labios un «bueno« que parecía un «malo», dió media vuelta y salió pesadamente de la cocina.

La misma escena, ya casi sin palabras, se repitió tantas veces como pastores habían acudido, y al llegar el último, *Donisio,* le sonaban los botones como si fueran cascabeles.

—Y tú ¿estás conforme?

—Sí, señor amo.

—Lo digo porque si no lo estás, añadiremos a la cuenta aquellas maldiciones que me echabas, y entonces, pué ser que me quedes mucho a deber. Volvióle luego la espalda, guardó libro, tintero y pluma en una alhacena que sobre el escaño había, y asomándose después a una ventana que daba al corral, gritó a un criado:

—Facundo, ensilla el caballo.

—¿Dónde vas hoy, día de San Pedro?—díjole su mujer tímidamente.

—A ver si están comiendo otra modorra los del espigaero de Zamora.

EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA

—

El Misterio de la Santísima

—

EN LA AMPLIA SACRISTÍA Y EN VIEJOS ESCAÑOS DE ROBLE, con visagras de hierro forjado, tomaron asiento los chicos y chicas de la parroquia; a la cabeza de ellos, rascándose la roña de las desnudas piernas bajo el fleco terminal de sus raídos pantalones, estaba Perico Cuatrobotas; a la cabecera del contrario sexo, si es que entre los ángeles caben sexuales diferencias, estaba Manolita Gómez, la hija de D. Eustasio, el opulento comprador de lanas; cerraban filas, del lado masculino, Carlos, el hijo de D. Amalio, un chico incapaz de penetrar ningún misterio, y Alís (Alice), una francesita rubia, con cuerpo de libélula, recién venida de su tierra, y para la cual era aún griego el castellano. Los dos primeros eran la flor y nata de la catequesis parroquial, los últimos, él por torpe y rehacio a toda luz y ella por desconocimiento del idioma, eran no más que pámpanos y caireles de aquella santa viña.

La algarabía y movimiento, el rechinar de los escaños y patear en la tarima, cesaron como por encanto así que la venerable figura del P. Cuadrado apareció en la ancha poltrona de cordobán.

Era el P. Cuadrado corto de cuerpo, alto de frente, de mirada a la vez alegre y enérgica, de palabra confusa de puro rápida, y de una ingenuidad y transparencia de alma y un tan ardiente amor al prójimo, que, según fama, su manga era tan ancha para los pecados ajenos, como estrecha para juzgar de su conducta, en la cual jamás hubo tilde ni mácula.

—Vamos a ver, gurruminos; aquí no estáis todos: ¿dónde está Lola Méndez?

—En la boda del Conejal,—contestó canturreando

una morenita de ojos vivarachos casi oculta en una diminuta sayaguesa.

—En la boda del Conejal, en la boda del Conejal; ¿y qué tiene ella que hacer en la boda del Conejal? ¿Es acaso la novia o la madrina? Pues todas las demás sobran allí. ¿Y Celestina la del medidor, y Angustias la de la peinadora, y Rosa la del tejero? Pues ábate ellos: ¿dónde está el arrapiezo de Lucas el del tío Poca-ropa, y el simplón de Juan el del aguador, y Rufa la del contrabajo, y Adrián el del chocolatero? y... vamos, que hay que tener una paciencia con estas criaturas, ¿estarán todos en la boda?

—Sí, señor... contestaron a coro los dos sexos.

—Pues buenas bodas se llevan, pero buenas naranjas se pierden; y diciendo y haciendo, asomó dos por las anchas mangas del balandrán, que apenas cabían a salir bajo las manos.

En aquel momento, digno de ser histórico, se vinieron abajo las vallas del respeto y, muchos tonos sobre el diapasón normal, se oyó un grito unánime, estridente, insuperable:

—¡Para mí!...

—Para el que sepa explicar *El Misterio de la Santísima*.

—Pade, yo lo sé, dijo Perico Cuatrobotas, acortando delicadamente uno de sus tirantes de orillo y subiéndose los pantalones hasta el sobaco.

—Usted lo que sabrá será rebuznar, señor don Perico. Si yo no he explicado el misterio, ¿cómo lo ha de saber usía, señor pozo de ciencia.

—Lo sé por el Catacismo.

—Catacismo, Catacismo, anda con el Catacismo y baja cuatro puestos por hablar a deshora de lo que no entiendes.

Pasado éste, que en lenguaje parlamentario pudiéra-

mos llamar incidente personal, el P. Cuadrado se irguió en el asiento y rodeada su figura a manera de nimbo luminoso por la claridad de un gran ventanal que a la espalda había, semejaba un apóstol; y ciertamente que ninguno superó su fe, ni puso en sus palabras la unción y el dejo insinuante y persuasivo con que brotaban de su boca las de aquel santo varón.

—Y diréis vosotros ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo pueden ser tres personas distintas y un solo Dios verdadero? ¿Verdad, Manolilla?

—Sí, padre, dijo la chiquilla abriendo sus ojazos azules.

—¿Verdad, francesita?

Aquella criatura angelical comprendió que le pedían una afirmación, y sin dudar dijo:

—Ouí.

No fué carcajada grande la que soltaron ellos y ellas.

—Güi, güi, güi... resonó en los ámbitos de la hermosa sacristía, y sobre todos los güis sobresalía uno prolon gado y estridente de Próspero, el hijo del Matachín, admirable imitador de los últimos acentos del cisne de pocilgas. Pero se impuso la autoridad dulce y paternal del Padre Cuadrado.

—Silencio. Os reís sin tón ni són. Cada una habla como sabe; vosotros decís *sí* porque habláis en castellano, y Alís dice *ouí* porque habla en francés, que es su lengua. Y no hay que llorar por eso, madama Alís; estos caribes te han asustado con sus gritos: pero si vuelven...

...Pero, qué es eso, D. Carlitos, ¿usted también llora? ¿Y por qué llora su merced?

—Porque llora Alís, y es mi novia.—El párroco dió un salto en el sillón y golpeando los brazos de éste con las manos crispadas.

—Otra te pego—decía:—su novia ¡oh témpora! su no-

via ¡oh mores! Con que tú no entiendes los misterios, pero te entiendes con la gabacha ¿eh? Buena catequesis nos dé Dios, novios al destete, y ¿desde cuándo son ustedes novios?

—Desde el domingo, que lo dijo mi mamá, murmuró el chico compungido.

—¡Anchos y gordos, y acabáramos! ¿Con que es tu señora mamá la que te lo dijo? Válgame Dios, con estas madres y con las ideas que siembran tan tempranamente en sus hijos.—Y ajustándose el solideo a la cabeza y colocando encima el bonete, continuó pausadamente su explicación.

—Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Y cogiendo el embozo de su amplio manteo y echándoselo sobre las rodillas, hizo en él tres grandes pliegues a manera de canalones.

—Váis a ver qué sencillo es esto, aunque no tan sencillo como le parece al sabihondo de Perico. Este es el Padre, dijo, señalando el primer doblez; éste es el Hijo, y señaló al segundo, y éste, el tercero, es el Espíritu Santo. ¿Son tres Dioses?—interrogó al auditorio, y el auditorio, como si tuviera ensayada la respuesta, contestó al unísono:

—Sí, Padre.

—Pues nó, Padre; no son sino un solo Dios verdadero—replicó con aire triunfante, extendiendo el manteo y enarbolándole, deshechos los tres dobleces, a guisa de bandera.

El efecto fué maravilloso: aquellos angelitos vieron abrirse ante sus ojos las puertas del misterio, y el soplo de lo inefable y de lo arcano agitó un instante los rizos de sus infantiles cabelleras. Carlitos, aquel empedernido incrédulo, mostraba su convencimiento, comprobando el simil del Padre Cuadrado en los pliegues de su bufanda; la francesita rizaba graciosamente el borde de su

vestido; Manolita hacía la comprobación en su pañuelo, y Perico, el gran Perico, decía por todo comentario:

—Collan vobis, y parecía tan defícil.

Y aquellas criaturitas, más felices que los eternos discutidores bizantinos, llenas de la fe que les inspiraba el Padre Cuadrado, se sintieron poseídas de la infinita grandeza del misterio.

—

Oficio nuevo...

—

PEPÍN ESTABA EN EL CAHORZO Y SU PADRE A LA SOMBRA de unos álamos de la orilla, sangrando por las cisuras que le habían abierto las sanguijuelas, cuya cruenta pesca constituía su manera de vivir.

—¡Pade, ota!—dijo el niño gritando entre alegre y dolorido; y llevándose la mano a un muslito, arrancó la negruzca culebreja que, al desprenderse, tiñó en sangre la carne morena.

—¡Tráela, galán!—contestó el padrazo satisfecho de la precocidad en el oficio que revelaba su cachorro.

La criatura salió a la orilla con la sanguijuela colgando de un dedo, y al soltarla en la costera, dijo alegremente a su padre:

—¡Cone, lo que chupa!...—y se echó de nuevo al agua, dejando en ella el dedo una roja señal de su paso.

Costeando el cahorzo pasaba el camino de Encinal, por donde llegaron dos arrieros que, temerosos del sol, eligieron aquel fresco lugar para sestear. Y así fué que, bajándose de los mulos que eran de los de siete dedos sobre la cuerda, y descolgando de las monturas, el uno la merienda y el otro un zaque henchido de morapio, dieron comienzo a una tortilla fiambre que trascendía a todas las penetrantes esencias de la cocina casera. Uno de aquellos invitó al pescador, alargándole un buen trozo de la dorada tortilla, aprisionado entre dos rebanadas de pan moreno; el otro hizo seña al pequeñuelo que, metido en el agua hasta la cintura, se movía para excitar el furor de aquellos bichejos a quienes sus carnes servían de cebo.

—¡Ven arrapiezo, coge un pico!...

El niño echó a andar, primero sin dificultad, luego

trabajosamente, después... cayó desmayado en el agua, y el padre al verlo, más gozoso que asustado, entró en el charco gritando:

—¡Hay mina! ¡hay mina!...

Y no era exageración lo de la mina, porque el pequeñuelo, que había tenido la mala fortuna de dar con un banco de sanguijuelas, sacaba el cuerpo, de cintura abajo, cubierto de ellas. Los arrieros estaban aterrados; pero el pescador, después de colocar a su hijo sobre la hierba, comenzó la separación del *cebo* y el pescado, y cuando limpió de éste el cuerpo exámine del chiquillo, dijo a los asombrados testigos:

—¡Cuatro docenas de una vez! Nunca cogí tantas juntas.

A poco volvió en sí la víctima de aquella pesca milagrosa, y el padre, alargándole el zaque, le dijo con cierto orgullo de clase:

—Vamos hombre, respira y bebe, que «oficio nuevo, dinero cuesta».

Y el chiquillo, pálido y tembloroso, abrazado al negro pellejo y empinándole con sus manecitas ensangrentadas, parecía un hijo de las Furias ofreciendo a Baco su primera libación.

EL DOMINE LUPUS

—

El dómine Lupus

—

ÉRASE QUE SE ERA CIERTO DÓMINE QUE SE PARECÍA AL dómine Cabra como un huevo a una castaña: todo lo que aquél tenía de flaco y languirucho, tenía éste de gordo y achaparrado; lo que aquél ayunaba, éste comía; y cuanto eran escrúpulos y sobriedades en el maestro segoviano, eran gula y desenfreno de apetitos en el maestro salmantino, héroe o protagonista de este histórico episodio, al cual no hacen al caso, ni el redondo cerviguillo, sobre el cual le brotaban enormes diviesos, que él llamaba volcanes de castidad, ni la pluralidad de sus amas y criadas, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte le deparaba algún primo en el tresillo.

Baste saber que el tal dómine, conocido y honrado entre la grey estudiantil por el sobrenombre de Lupus, era capellán obligado de toda corrida de toros, concurrente asíduo de las cuatropeas en las ferias caballares, y, sobre todo, y más que todo, apostador invencible en las riñas de gallos, a las cuales había tomado una afición rayana en delirio, durante una larga estancia en Filipinas.

Pero todo lo anterior no hace al caso de su noble profesión, ni amengua la fama que adquirió el dómine Lupus embutiendo, por modo real y efectivo, la lengua del Lacio en la dura sesera de sus muy amados discípulos.

Basta, para justificar dicha fama, el recuerdo de una de aquellas lecciones, cifra y compendio que jamás podrán superar las formas docentes, a despecho de Pestalozzys, Gineres y Manjones: una gran sala llena de desconchones, con techo acuartonado, piso de ladrillos y ventanas con vidrieras emplomadas, era la cátedra del

dómine Lupus. Él ocupaba una poltrona ante la mesa cubierta con tapete de bayeta verde manchado de tinta; los discípulos, en pie, con los libros abiertos en la mano izquierda, se alineaban frente al maestro; junto a las paredes unas cuantas sillas viejas; en un rincón, sobre una ménsula, la Virgen del Amor Hermoso, rodeada de flores de trapo, y en el centro de la pared, frontera a la mesa, una gran cómoda apolillada sobre la cual resaltan hasta una docena de huevos de gallina, que no pierde un punto de vista el gran latino.

—Sigue, tú, Cacaseno—dice al menor de los discípulos.

El aludido, mirando alternativamente el libro que tiembla en su mano izquierda y al dómine, comienza:

—*Ego tollo*...—leyó pronunciando la *ll* en castellano.

—¡Tollo! ¡Tollo!... Toma el *tollo,* dijo airado el dómine—y levantándose y yéndose hacia el muchacho, le largó dos soplamocos y un pellizco pescuecero que le hicieron poner el grito en el cielo.

Para la inteligencia de la parte disciplinaria del sistema pedagógico del dómine Lupus, conviene saber, siquiera sea por alto, la clasificación de los castigos corporales. Eran éstos mayores, menores y auxiliares; eran mayores, el soplamocos, la bofetada limpia y el pescozón; menores, el capón (golpe seco dado en la cabeza con el nudillo del dedo corazón), la macoca sencilla (hincamiento del mismo nudillo en la mollera), y la macoca real, o gran macoca, que agregaba, al hincamiento de la sencilla, una rápida vuelta sobre la mismísima coronilla, como si se pretendiese sacar de ella un tapón con sacacorchos; y auxiliares, los que no interrumpían la labor, sino que más bien la auxiliaban ayudando a la memoria y aun a la inspiración, y eran: el pellizco pescuecero, la agachadiza (golpe dado en las corbas con el corte de la mano), y el ¡guá! ¡guá!, el regocijado ¡guá!

¡guá!, que tomaba su nombre del grito involuntario que se les escapaba a los muchachos cuando el dómine, desde su asiento, les hacía notar los errores, pinchándoles en el ombligo con la caña que, para este piadoso fin, tenía siempre sobre la mesa.

Y volvamos a la lección.

—Tol...lo, acebuche; tol...lo, alcornoque; como si fuesen dos eles ¿sabes? ¿cuántas veces te lo he de repetir?

—*Tol...lo priman qui... quia nominor...* ¡guá! ¡guá!—hizo decir al chico la caña, que andaba en su punto.

—¿Y el sujeto, morral? ¿dónde te dejas el sujeto?

—*Quia,* suple *ego...* ¡guá! ¡guá!

—Súplete tú, indino, que no pierdes la costumbre del seminario de decir *suple.*

Y, luego, adoptando una actitud solemne y en tono campanudo, siguió:

Ego tollo partem priman, quia ego nominor leo. Yo cojo, yo tomo, yo arrebato, *partem priman,* la primera parte, *¡quia ego nominor leo!* ¡porque soy el león! ¡porque me llamo león! ¡porque soy el rey de los animales! Y decía esto con tal énfasis y tan poseído del papel que estaba representando, que más parecían rugidos que palabras, las que brotaban de sus labios.

—¡Porque soy el rey de los animales!...—replicó con voz estridente.

Iba a repetirlo, por tercera vez, cuando, pálido y convulso, mirando de hito en hito a la cómoda, se levantó de la poltrona y se acercó lentamente a ella, sin dar crédito a lo que veía; los huevos, aquellos huevos de gallina inglesa, que había colocado cuidadosamente sobre el tablero, sujetándolos con un cuadradillo, se movían sobre la superficie barnizada como si tuviesen dentro los polluelos; aquello, o era un prodigio o una travesura de los discípulos que, castigados a largos encierros con abstinencias, ideaban las hazañas más estupendas

para comer y distraerse. Por eso el *dómine Lupus,* miraba alternativamente a los huevos y a los muchachos, y éstos, presa de un temblor convulsivo, no sabían si reir o llorar.

Resolvió tan crítica situación uno de los huevos que, girando sobre su eje mayor con más rapidez que los otros, salvó el borde del tablero, cayó al suelo, y ¡plaf! se abrió en dos, descubriendo que era un grillo el secreto y animado motor de aquella mojiganga. Los hambrientos discípulos habían acentuado el hecho, ya reprobable e indigno, de sorber clara y yema por un agujero, con la broma irreverente de meter por éste un grillo de los que entretenían los ocios del maestro y tapar después con cera...

Y allí fué Troya, cuando el *dómine Lupus* comprendió de qué se trataba: de un salto se echó sobre la caña; pero los avisados muchachos se pusieron de otro en la puerta, y apenas si los cañazos que aquél repartía como palo de ciego, alcanzaron las espaldas de los que salieron los últimos.

La desbandada fué completa, y cuando el *dómine,* asomado al balcón, llamaba a sus discípulos a grandes voces, éstos, sin dejar de correr, le contestahan en latín macarrónico, único fruto de sus enseñanzas.

—*Gallus cantandum...* ¡quiquiriquí!

LA VISITA

—

La visita

—

POR LA CALLE ABAJO, CON SU BÁCULO DE ENCINA, SU SOMbrero ancho y su gabán pardo desabrochado, va D. Anselmo, el médico de Ventosina, a quien saludan cariñosamente las mujeres de las solanas y los chicos que juegan en el arroyo.

D. Anselmo es hombre verdaderamente popular; quiero decir, hombre identificado con el pueblo, salido de él, conocedor de sus necesidades, amante de sus costumbres y celoso defensor de sus vecinos contra la ciudad, ese negro fantasma, cuyas altas torres, a manera de brazos, amenazan desde el lejano horizonte a los pueblos de la campiña.

—¿Tomó eso la chica?—dice D. Anselmo a una mujer que peina a otra en una solana.

—Vaya si tomó, y como mano de santo.

—Y tu marido, Colasa, ¿qué tal del dedo?

—Ya jué hoy a la cantera.

—Señor médico—le gritan desde un portal—venga usté acá y vea usté qué bultio tiene en el carrillo *Donisia,* la del Caminero, y no se lo quiere enseñar a usté.

—¿Y por qué no quiere enseñármelo?

—Porque no estamos igualaos entadía, dijo la del flemón.

—Pues ven acá que te iguale esos mofletes, contestó el médico; y diciendo y haciendo, le dió un lancetazo que le hizo poner el grito en el cielo.

—¿Qué me manda usté para esta jaqueca?—le pregunta una vieja con dos parches negros en las sienes.

—Calma, dieta, oscuridad y silencio.

Así, a la manera patriarcal y apostólica que debieron ejercer la medicina Hipócrates y Galeno, iba D. Ansel-

mo con su bastón de encina y su gabán desabrochado por medio del arroyo, pregonando alegría y salud a su clientela.

Pero no todo era curar a la luz del sol. De vez en cuando se le veía entrar en alguna casa, hacer en ella larga estancia y salir luego dando órdenes a la familia del paciente. Al final de la calle torció por una callejuela, y, sin llamar al portón, entró en una casucha oculta en el fondo de una tenada.

—¿Qué tal hoy?—preguntó a una vieja que hilaba en el portal.

—Algo mejor; pero con mucho desvelo.—No ha pegao la pestaña en toa la noche.

—Y ¿en qué piensa?

—Pus ya ve usté, en él. No se le quita del magín.

—Todos los pillos tienen suerte, dijo D. Anselmo, entrando en una salita a la derecha del portal. En el fondo de ella, alumbrada por luz artificial, había una tarima cubierta con un berrendo, bajo el cual se hallaba la enferma.

—Dame esa mano, muchacha... ¿sabes que estás mejor?

—Pus no se conoce, porque ca vez tengo menos apetencia y me siento pior.

—Sí; peor de ánimo, porque no sé qué demonche de hechizos te dió el tunante del carrilano, que no hay quien te le haga olvidar.

—¿Y qué quié usté que haga, sino pueé menos de riscordárseme siempre?

—Estarte tranquila y acordarte de tu salud, que él, si es de ley, ya vendrá a pagar su deuda.

—¡Ay! señor médico, no la pagará; no habiendo querer, esas deudas son mu caras.

—Cara o barata, él pagará la suya—dijo D. Anselmo golpeando el suelo con el báculo. ¿Para qué me sirven

a mí los amigos de la ciudad, sino para traerme aquí a ese majo atado codo con codo?

—No es hacer de menos la mano que usté tiene en la ciuá, D. Anselmo; pero él no pagará, aunque venga, porque no tié corazón.

—¿Ahí estamos, rojeta? ¡Vaya unos escrúpulos de monja! Pues como yo le vea casado contigo, verás luego qué poco me importa si tiene o no tiene corazón.

La moza dió un suspiro, y volviendo los húmedos ojos al médico, le dijo:

—¡Con qué le pagaré a usté tanto molesto y tanto cuido, D. Anselmo! Este salió sin contestar, y ya en el portal, dijo a la mujer que hacía de enfermera:

—Mucho cuidado ¿eh? Y a casa por todo lo que haga falta. Luego te enviará la señora médica los pañales que le pediste.

Y salió a la calle; y con su sombrero de alas anchas, su gabán pardo desabrochado a merced del viento y su báculo de encina en la mano derecha, continuó D. Anselmo su visita, verdaderamente pastoral.

LA BELLA JURDANA

—

La bella jurdana

—

AQUEL AMANECER, CUANDO SALÍ A LA PUERTA DE LA Alquería, gocé de un admirable espectáculo: el sol, enviando sus rayos a través de la llanura, cuajada de rocío, la daba el aspecto de un inmenso tapiz cubierto de brillantes; cerca de mí se desperezaban dos enormes mastines, arqueando los lomos y abriendo sus bocazas; más allá cloqueaba el averío, en derredor de un hermoso pavo real, que mostraba la irisada rueda de su cola; de unos a otros aleros cruzaban las palomas, batiendo el aire con sus recias alas; de frente, a lo largo de las verdes e interminables garrías, los toros pastaban tranquilamente, oyéndose, de cuando en cuando, el sonido lejano de los zumbos de sus cabestros; completaba aquel cuadro, en los últimos términos, la nube horizontal de humo de un tren en marcha y la sierra azulada que se divisaba entre vapores y neblinas, al modo que si fuese un país ideal y soñado, una paradisiaca tierra de promisión, donde se pudiera gozar de vida inmortal.

Esta última palabra, con ser de tan elevada significación, me trajo bruscamente a la realidad. ¡Vida inmortal en aquella sierra! No, vida humana, entretejida de penas y alegrías, vida humilde y mortal; y, a la caída de aquella sierra, las Hurdes, el país de la miseria, un pueblo de mendigos trashumantes, que recorre la estepa castellana, haciendo la recolección de su única cosecha: el mendrugo.

Así iba hilando el copo de mis ideas, sumergido en aquel puro ambiente, gozando el vivificante calor de aquel sol, cuyos rayos me penetraban hasta los tuétanos, cuando sentí abrirse la puerta de un pajarón cercano y ví salir por ella, perezosamente, unos tras otros,

hombres, mujeres y niños, una tribu de jurdanos. Los más de ellos, sobre todo las mujeres, se acurrucaron en la solana, desperezándose con gran lujo de bostezos, aullidos, estirones y rascamientos; otros se acercaron lentamente a la casa a pedir con gran timidez el desayuno, o se dedicaron a sacar agua del pozo para la *toilette* matutina; luego comenzó ésta por el indispensable espulgo, terminando con él en los más, y en los menos con un alisado del pelo con los dedos mojados en la herrada, en la cual hubo alguno que se atrevió a zambullir poco más que las narices. Hechas ya las postreras abluciones, los de la tribu se disponían a despachar un más que mediano barreñón de sopas calientes, con que les obsequiaba la caridad del ama de la alquería; pero ésta, que cerca de mí se recreaba en el espectáculo de su buena obra, puso el veto a las cucharas, dispuestas a hundirse en el condumio.

—¡Eh! ¡eh!—dijo—hasta que no salga María no se comienza.

—Está dormía, contestó un hambriento zagalón lleno de legañas.

—Pues que vaya uno a avisarla.

No fué necesario el aviso, porque sobre el umbral de la puerta, arropada con el andrajoso manteo amarillo, tiritando al recibir el fresco de la mañana, apareció María, aquella María a quien *nominatim* (pase el leguleyismo) había designado el ama de la alquería.

—Anda, si quiés comé y jasiéntate—le dijo una vieja, especie de patriarquesa de la tribu.

—Ejame mujé; ante me he de lavá y saludá jalama—contestó la muchacha, sacando de entre los andrajos que la cubrían una angélica voz, matizada con el gracioso acento serrano; fuese luego al brocal del pozo, colocó sobre él la herrada llena y, soltando el manteo que ocultaba su cabeza y el sucio pingo con que ceñía su

cuello, dejó al sol recrearse y acariciar con sus rayos el más hermoso busto que ha salido del barro damasceno, y cogiendo agua en la cuenca de sus menudas manos, comenzó su lavatorio, con tan alto decoro, que, más que una miserable jurdana, parecía la hija de un patriarca bíblico, aderezándose ante la tienda de su padre.

A falta de finas toallas, estrujóse bien la cara con las manos, sacudió luego éstas tan gentilmente como si fuese una sacerdotisa haciendo lustraciones, y vino a nosotros con paso leve, el rostro aún húmedo, los labios enrojecidos y entreabiertos y la enmarañada cabellera oreada por la brisa matinal.

—¿Es así como me quié mi jama?—dijo.

—Así te quiero, limpia y honrada.

—Pué que tengan ustés mi güenos días.

—Buenos te los dé Dios, la contestamos.

Saltando alegremente se fué hacia la tribu, en medio de la cual humeaba el refrigerio, y desapareció entre el sucio montón de andrajos y miserias.

* * *

Leía yo después el *Teatro Crítico,* de Feijóo, en que, tomándola en serio, se refuta la fábula de la hermosa doncella de la Duquesa de Alba, que, temerosa del Duque, huyó del Castillo con un paje, yendo a ocultar su amor tras las montañas de la serranía de Francia, en el lugar donde existen las Hurdes y las Batuecas. Trájome a la memoria el recuerdo de la bella jurdana, y dando suelta a la loca de la casa, imaginé que la María de la realidad, aquella María que yo había visto surgir de la tribu como una amapola de un muladar, era, ni más ni menos, que la doncella hermosa, fugada del Castillo de Alba de Tormes, que, encantada por un mago, vagaba perpetuamente con aquel pueblo errabundo.

Pero estaba de Dios que no habían de ser muy largos mis sueños, pues no había pasado mucho tiempo cuando, atravesando un día el Cordón de la Plata, me encontré con la tribu harapienta que lo llenaba de lado a lado, ni más ni menos que lo llenaron siglos atrás, rebrillando sus picas y corazas, las legiones y huestes de los romanos.

—¿Qué es de María, que no viene con vosotros? pregunté yo a la sucia patriarquesa.

—Casó ya, mi señó.

—¿Casó ya? ¿Y con quién casó?—dije yo montando en el hipógrifo de mis ensueños, echándole a volar por los espacios y trayendo por los pelos al Duque de Alba, al doncel y a la doncella encantada.

—¡Ah, señó, jizo gran boda!

Al decir esto la vieja, el hipógrifo volvió a desbocarse y a cruzar vertiginosamente el ámbito insondable de los sueños.

—Pero, dí pronto, mujer, ¿quién es el marido?

—¡¡¡Un gran pidior!!!

El hipógrifo, dando un terrible salto de carnero, me dejó caer pesadamente sobre la dura tierra.

LA DESPEDIDA DEL QUINTO

—

La despedida del quinto

—

Ya se van los quintos, madre.

(Copla popular).

TÍA JOSEFA—GRITÓ EL ALGUACIL ASOMANDO LA GETA POR el portón entreabierto—que mañana los llevan.

La tía Josefa, con la cara desencajada, salió a la puerta, y como el alguacil ya no estaba, creyó que había sido engaño de sus oídos el aviso; pero no tardó en perder toda esperanza, porque a lo lejos oyó de nuevo aquella voz fatídica que repetía:

—Tía Rita, que mañana los llevan.—Y la señora Josefa, pálida, con dos lagrimones que la caían sobre el pañuelo blanco que ceñía su garganta, repitió como un eco dirigiéndose a la vecina de enfrente:

—¡Ay! Tomasa, que mañana los llevan...

—Ya los traerán, mujer. ¿No llevaron al mi Domingo? Pus dimpués lo trujon y no perdió nada por allá; antes vino más despabilao.

—Pero no hay comparanza con el mío, Tomasa, porque el mío es tan fiminino y tan escrupulosín...

—Déjalo dir, que mucho ganará con separarse de las sayas de su madre, y ya verás cómo allí lo hacen otro. El mío estaba ahilaín, parecía que no comía más que alfiñique, y cuando golvió, bien lo vides, parecía propiamente que lo habían implao con una caña, y ¡qué labia! hija, trae locas a toas las mozas.

—Güenas enseñanzas son esas. Mejor era que no las deprendiesen.

Iba a replicar la vecina, cuando, con la ahijada al hombro y la yunta detrás, apareció Manolín, que así llamaban al hijo de la tía Josefa. Esta limpió sus lágrimas,

ayudó a soltar los bueyes y a guardar los aperos, y, terminado todo, hijo y madre entraron silenciosos en la cocina.

Manolín cogió una jarra del vasar, bebió de ella con calma, y después de limpiarse los morros con la manga de la chaqueta, se sentó en el escaño y se puso a tarjar un palo con la navaja. La madre, con los ojos vidriados de lágrimas, arregló la lumbre y sentóse después a mondar patatas.

—¿Qué la pasa a usted que no palra?—dijo el mozo después de mirarla un rato.

—Que mañana vus llevan, hijo, contestó la señá Josefa acongojada.

—Pues por donde voy vendré, si Dius quiere y no borran el camino.

—¡Ay! hijo ¿quién sabe eso?

—Más son los que güelven, que no los que se quean, madre.

—Pero ¿cómo güelven algunos, hijo mío? corrompíos y pochos, que más les valiera quedarse allá.

—Su hijo de usted golverá tan lígrimo como se va.

En esto entró el padre con la cabeza baja y las manos colgadas de los costados del alzapón, por los dedos gordos, se arrellanó en el escabel frontero al en que estaba su hijo, atizó la lumbre con el urganero de gavilanes, y, volviendo los dedos al alzapón, quedóse fijo en la llama que levantaban los carrascos.

—Tié que ver esto, dijo al fin hablando entre dientes; cría al tu hijo y amimántalo pa que aluego venga la leva y te quées sin él.

—Pues hijo, no hubiendo pa comprarle, tié que dir—dijo tímidamente la tía Josefa.

—Que vaiga—dijo el hombre sacando fuerzas de flaqueza—y si por un causal hubiese guerra, que no se encoja, que pa eso es hijo de su padre.

—¡Ay, Roque! no mientes eso de la guerra, que tú eres el primero que te engañas.

—¡Cruro! pus no será porque yo no la hice, y bien larga.

—Lo que yo quiero, dijo Manolín echándoselas de valiente, es tener una peseta en el bolsillo y tóo lo emás es patarata.

—No te ha de faltar la peseta, dijo la madre; pero no ha de ser pa que la malrotes con esas endinas pingorronas que andan por las cuartelás y son la pirdición de los mozos.

En la campana de la iglesia sonó el toque de Animas, y la tía Josefa, levantándose, puso cerca del escaño un tajo con un paño blanco del recio hilado casero, tres cucharas, un pan moreno y una fuente de barro vidriado; escanció luego en ésta una olla de muelas y comenzó la frugal refacción que hicieron los tres sin decir chús ni mús, entre un santiguo y otro santiguo.

—Madre—dijo Manolín entre tímido y animoso al levantar los manteles—¡me deje usté llevar la mi cuchar!

—Llévala, galán, respondió la madre mirándole enternecida.

El mozo enjuagó en el fregadero la cuchara, y, envolviéndola en un papel, se la guardó en el bolsillo como si fuese una reliquia. Y cada mochuelo a su olivo.

* * *

A la mañana siguiente, muy de temprano, el tío Roque hizo lumbre, colmando de rachizos el montón de paja que se quemaba en el hogar, y la tía Josefa comenzó los preparativos del almuerzo de despedida y la merienda para el camino.

—Tajás, échale muchas tajás al mozo—decía el tío Roque. Que lo coma ahora, el probe, que mañana acaso lo ayunará.

La tía Josefa, llorando hilo a hilo, confundía sus lágrimas silenciosas con el aceite que borboritaba sobre el ardiente rescoldo...

Al fin llegó la hora de partir; el tío Roque, sin levantar el cuerpo del escaño ni la vista del suelo, dijo al mozo con voz enternecida:

—Váite con Dios y con mi bendición, hijo.

La madre le llevó a un rincón, le cuchicheó muchas cosas en los oídos, le metió en el bolsillo la ansiada peseta y le dió la merienda dentro de una blanca servilleta que él puso al extremo de su cayado, echando éste al hombro.

—Vaya, padres, que no haiga novedad—dijo el mozo soltándose de su madre.

Se oyeron en la calle las sonajas de una pandereta y voces juveniles entonaron cantos de despedida que terminaban con vivas a los quintos.

Manolín, de un salto, salvó el umbral, se unió al grupo y, tirando la gorrilla al aire, gritó:

—¡A la güena ventura, compañeros! Aquí viene otro más con una cuchar pa comer y una peseta pa gastar.

La tía Josefa, con el pañuelo en la boca, entró en la casa, y aún no se habían perdido a lo largo del camino los ecos de la pandereta, cuando la buena mujer, con el huso en la mano derecha y la rueca en la izquierda, sentóse a hilar silenciosamente su copo a la puerta de la casa, y poco después, el señor Roque, con la ahijada al hombro, salió al campo delante de su yunta.

LA ULTIMA BROMA

—

La última broma

—

Fantasía

—

SENTADO A MI MESA, CON LAS CUARTILLAS DELANTE, LA pluma en la diestra y la frente apoyada en la siniestra mano, me disponía a escribir *algo* que amablemente me había pedido mi amigo Ramón Barco.

Mi inspiración, siempre premiosa, se negaba en esta vez con tal insistencia, que estaba ya decidido a trocar el artículo en carta de sincera excusa al Director de la *Plana literaria,* cuando he aquí que, anunciándose con gritos y risotadas, pisando fuerte y abriendo la puerta de golpe y porrazo, se presentó en mi cuarto...—¿la inspiración diréis?—¡nada de eso! una máscara que me sacó de apuros con un diálogo del tenor siguiente:

MÁSCARA:—¿Me conoces?

—No—contesté yo, haciendo esfuerzos para ser cortés.

MÁSCARA:—No seas arisco y míirame:—Desplegó el hermoso pañuelo de crespón, en que venía envuelta, y mostró un cuerpo de canéfora, cimbreándose sobre amplias caderas de gracioso contorno; de sus manos delicadas, puestas en alto, pendían los flecos del mantón, a manera de caprichoso dosel, sobre el que resaltaba más su escultural figura. Era, a no dudarlo, la máscara, una hermosísima mujer; pero había en ella algo triste y melancólico; su boca, que dejaba ver el medio antifaz, aunque fresca y limpia, no era la de una muchacha lozana; sus miradas eran lánguidas, la piel de su cara y la de sus manos comenzaba a ajarse; hasta sus vestidos, con ser de elegancia suprema, parecían lacios, y de todo su ser despedía aromas de flores marchitas.

—¿No me conoces todavía?... dijo, sustituyendo la voz fingida por el acento natural, que resonó en mis oídos como el de una voz conocida y repercutió en mi alma, despertando en ella una legión de dulces remembranzas.

Esa voz me es conocida; sí, tú eres... tú eres Fulanita—dije yo, animándome con el recuerdo.

—No lo soy; pero no vas tan descaminado. Míreme a los ojos.

—¡Ah! sí; Zutanita—exclamé, contemplando embelesado aquellos carbunclos que brillaban en el fondo aterciopelado del antifaz.—Zutanita, sí, no hay duda.

—¡Que te quemas, que te abrasas!—gritó la máscara alegremente.—Mira estos pies... ¿no recuerdas?

Vencido por la curiosidad, me postré para verlos.

—Sí, son aquellos pies largos y finos de Menganita; aquellos pies que yo dije que eran una facción tan expresiva como las de la cara, aquellos...

—Todavía no, todavía no—interrumpió la máscara riendo.

Corrió, después, hacia la puerta, desatando allí la hermosa cabellera negra, cuyas crenchas rizadas y ondulantes, cayeron sobre sus hombros:

—Y ahora ¿me conoces?—repitió con voz insinuante, dando con gracia al aire, entre los dedos, unas cuantas canas que arrancó de los cabellos.

—¿Me conoces ya?

—¡Te conozco al fin!—dije yo, tristemente, volviendo a mi asiento:—¡Tú eres mi juventud que viene a darme la última broma y a llevarse la última ilusión! ¡Pasa de largo, amiga; para mí ya no hay Carnaval!

Y la máscara, al verse descubierta, envolvióse en el oscuro crespón, que se plegó delicadamente a sus formas, y arrancando de la cabeza una corona de flores mustias, la arrojó sobre estas cuartillas y salió de mi cuarto.

—

«*Vamos con Dios*»

—

DOÑA MARIANA ALDEÁVILA ERA UNA DE AQUELLAS ANTIguas matronas salmantinas, herederas directas de Doña María la Brava, y con raíces que llegaban hasta las legendarias amazonas del Tormes.

Quedóse viuda de su primer matrimonio, haciendo sombra y abrigo a dos criaturas, Eladio y Juana, y, aunque la pena por la muerte de su esposo era honda, supo dominarla y regir su casa y sus bienes con tal energía y tan fino tacto, que la falta de aquél, jamás suplida en la esfera de los afectos, lo fué, y con gran ventaja, en la de las monedas de cinco duros.

Mucho contribuyó a la prosperidad del caudal, y no poco a la educación de los chicos, D. Onofre, un solterón chapado a la antigua, *visita* asidua de la casa (como entonces se decía), donde iba a *beber* con gran frecuencia, prolongando luego la tertulia en derredor de la camilla hasta que en el vecino reloj de la Plaza sonaban las once, precedidas del sonoro *din-don, din-don* de sus alegres «cuartos».

D. Onofre y D.ª Mariana, unidos muchos años por el común propósito de velar por la crianza de los muchachos y el aumento de la fortuna, fines ambos conyugales, llegaron a sentir uno por otro un cariño que, si superaba a la amistad, no pasaba de ser un afecto tibio, una ternura exenta de toda sensualidad, algo así como el grato calor del sol invernizo en los miembros entumecidos. Entrados ambos, sin ser viejos, en la edad en que comienzan los achaques, cuando D. Onofre, por padecer alguno de los suyos, faltaba a su cuotidiana visita, D.ª Mariana sufría por no poder asistirle, y el mayordomo y Eladio (que ya era un hombre hecho

y derecho) hacían sendero entre las dos casas, en fuerza de ir de la una a la otra; y cuando enfermaba Doña Mariana y dejaba algunos días de ocupar su sitio en la camilla, a D. Onofre se le ponía la cara larga, perdía casi por completo el uso de la palabra, que ordinariamente era discreta y chispeante, y se levantaba frecuentemente para acercarse a la puerta del cuarto de la enferma, dar en ella con los nudillos y decir a la hija que asomaba la carita por la hoja entreabierta:

—¿Cómo está mamá, Juanita?

—Vaya, ahora parece que tose menos que la otra vez.

—Y ¿expectora?—Esto de expectorar era necesario hacerlo al por mayor en los antiguos catarros.

—Mucho; sí, señor.

—¡Ah! Entonces tendrá el pecho más blando y la tos será más franca.

—¡Ejém! ¡Ejém!—se oía en la alcoba.

—Sí, es más franca—decía D. Onofre—y se volvía tan satisfecho a la camilla, sin ocurrírsele ni por asomo el llegar hasta la paciente; porque eso de que una señora se dejase ver en la cama por otros hombres que el cura y el médico, y esto *in necessitatibus,* hubiera sido en aquellos tiempos, aún más que en los presentes, el colmo de la desenvoltura y el descoco.

Pasados estos arrechuchos volvía la camilla a alegrarse, siendo ya pies obligados en ella los dos muchachos, a quienes la lozanía de su juventud, no era parte a despojarles de aquel amor que todo buen salmantino debía tener al brasero, al chocolate con bizcochos de plantilla, a la fresca y trasparente agua del tinajero, cogida directamente de las nubes y endulzada con el azucarillo, a su poquito de murmuración al amor de la lumbre y a otro poquito de *chaquette,* lotería, dominó o brisca con las consabidas señitas y los mismos comentarios de una simpleza irritante.

Así pasaban las noches hasta las once, en que D. Onofre se despedía de la familia; cerraba después la puerta el mayordomo, asegurándola con trancas, cerrojos, aldabas gitanas, clavos pasantes, y quién sabe cuántas cosas más; y llamando a todos los criados, y entrando con ellos en el cuarto de los señores, se rezaba el devoto rosario que guiaba D.ª Mariana, diciendo al comenzar, para imponer silencio, la frase clásica y sacramental en esta tierra:

—Vamos con Dios: «Señor mío Jesucristo» — que continuaba en voz baja toda la concurrencia, levantándola un poco al terminar con la consabida redundancia:

...«hasta el fin de mi vida y hora de mi muerte, amén, Jesús».

En este acto no todo era devoción: algún criado se dormía, otro bostezaba abriendo desmesuradamente la boca a tiempo que decía, en el afán de repicotearlo todo, característico de nuestra raza:

—«Ave María, Dios te salve María...»; otro hacía a un tiempo mal uso de los dedos y las narices... Pero para todos tenía miradas y aun frases severas D.ª Mariana, quien a veces, interrumpiendo una oración, se dirigía a Baltasar, el cochero, y le decía:

—...«que estás en los cielos...» Esta no es la cuadra, Baltasar.

O a Rita, la cocinera:

—...«santificado sea...» Cierra la puerta, que huele la cocina... «sea el tu nombre...»

Al final se levantaban para hacer los actos de fe ante un Cristo de talla que en el fondo de la estancia había, y ponía remate a la clásica devoción la conocida cuarteta del rosario de ánimas que dice:

Soberana y bella aurora,
Madre del divino amor,
Te rogamos, gran Señora,
Que por él ruegues a Dios.

Este *él* era D. Abundio, el primer marido de D.ª Mariana, a quien en veinte años que llevaba en la huesa, no le había faltado ni una sola noche la sentida oración de su pía esposa.

Terminado el rosario venía la cena, no en el comedor, que esta es costumbre nueva aun entre la gente rica, sino allí mismo, en la camilla, al calorcito del rescoldo... Pero, ¿qué dirás, amable lector, de estas digresiones?

Volvamos a D. Onofre y D.ª Mariana, quienes dando al problema de su tranquilo afecto la solución que naturalmente debía tener, sin más explicaciones que cuatro palabras dichas por el primero con notorio embarazo y otras cuatro contestadas por la segunda con manifiesto reparo, acordaron casarse, sin dar noticia ni aun a los hijos de ésta, hasta que el matrimonio estuviese efectuado.

Y así fué que un día, pocos después de la breve declaración de D. Onofre, llegó éste a la hora de siempre, ocupó el sitio de costumbre, bebió como lo había hecho durante muchos años, jugó su correspondiente brisca, siendo pareja de Juanita, pero cuando llegó la hora de la despedida permaneció sentado; D.ª Mariana pidió el rosario, llamó a la servidumbre y cuando todo estuvo dispuesto, se puso en pie y dijo con voz firme a sus hijos y a sus criados:

—Desde esta noche, Onofre es aquí el amo de esta casa.

Y sin dar lugar a los comentarios a que sus palabras se prestaban, añadió santiguándose:

—Vamos con Dios. «Señor mío Jesucristo...»

EL TIO CAVILA

I

—

El tío Cavila

—

I

HAY EN TIERRA DE CHARROS MUCHOS «TÍOS CAVILAS»; UNO al menos por cada pueblo.

El único personaje (iba a decir presonaje) de esta historieja, es el tío *Cavila,* de Villamenor, hombre recio y sarmentoso, de más que mediana estatura, cabeza alta, frente despejada, ojos mortecinos, calzado de abarcas, embutido en un cinto viejo raído por las caderas y vestido de sayal pardo.

En el momento histórico, inicial de esta verídica narración, el tío *Cavila,* con la sembradera llena de trigo al hombro, se dispone a sembrar una «besana» de barbecho. Es una hermosa mañana de otoño; los rayos del sol caldean la tierra abierta, y a lo largo de los húmedos surcos se desprenden ténues vapores: el sembrador, de pie sobre la linde, contempla con mirada amorosa aquella superficie roturada, madre fecunda en cuyo seno va a arrojar la rica semilla; hace después la señal de la cruz, cuenta con la vista los surcos y comienza a caminar con aire cadencioso, voleando un puñado de trigo a cada paso.

Al arrojar los cinco primeros, acompaña a su acción de sendas palabras sacramentales que pronuncia entre dientes de un modo solemne:—«Pa los pájaros..., pal diezmo..., pal Fisco...; pa l'amo..., pa mí...»

Así recorre de largo a largo la besana, seguido de la yunta que perezosamente va hendiendo el cerro y ocultando la semilla en lo hondo de los valles donde ha de realizarse el misterio de la germinación. Y cuando ya la tarea, en fuerza de repetirse, se ha hecho regular y me-

cánica, el tío *Cavila* da rienda suelta a la loca de la casa y comienza a cavilar.

—¡Por vía del *susun coda!* ¿a qué mil pares de carlancas hemos de dicir siempre la mesma cosa cuando escomenzamos a sembrar, sin saber por qué lo dicimos? ¡Tié mucho que iñir eso de repitir toa la vía la mesma cantinela! Sepamos qué sinifican, y aluego se verá si se pernuncian o no se pernuncian esas palabras.

Pa los pájaros... Verdá es, pa los pájaros es lo primero; los endinos encetan la semilla, unos antes y otros dimpués de taparla. Es caso de risa eso de sembrar pa que coman los pardales y las alondras; pero hay que hacerse el cargo de que tamién son creaturas de Dios y comen los malos insetos y... váyase lo comío por lo servío...

Y aluego viene el diezmo (1). ¡Hum!... el diezmo..., esto es pa ellos, pa los curas, *¡corian bobis!* Los hay de toas las colores; güenos, *verbin gracia,* el de Caniellas y el de Forfolinda, y arrematáos como el de Aldeamala, que dice que lo mesmo da un ama de cuarenta que dos mozas de veinte; asina, asina, y que los vaigan aluego con peronias a estos cregos barraganes...

Pero ven acá *Cavila;* ¿qué tié eso que ver con la Ilesia? ¿No tiés tú piara? Sí. ¿Y no te alabas de que es la mejor del lugar? Sí. ¿Y no te sale alguna oveja modorra de cuando en cuando? Sí. Pus entonces paga el diezmo y calla, que de la modorra de Aldeamala ya se cudiará quien deba, y tú no te has de quear en el mundo pa ungüento 'e cojos, y si arrematas no querrás que te entierren sin *gorin-gori.*

Pase lo de sembrar pa la Santa Ilesia; pero ¿y el Fisco? ¡Voto va bríos, que esto sí que es una injuria gran-

(1) Esta palabra, aunque no en su verdadera acepción, suele usarse todavía en el campo para significar las ofrendas y otras prestaciones con que los fieles contribuyen al sostenimiento del culto.

de! porque ¿quién es el Fisco, *Cavila?* Pus... «ladrones en el suelo, ladrones en el vuelo y ladrones en el entreseno», como suele dicirse. ¿Y siembras tú pa tanto creminal? ¡Ah, probe! ¡tanto suor y tanto celo pa que cuando toque la campana a Concejo vayas con las orejas gachas y metas la mano en el cinto hasta lo más hondo, hasta que no te quée un chavo! ¿No valiera más que te aflojases el alzapón y te dejases dar una güena mano de azotes?... Porque con el Fisco tú no puedes, probe *Cavila;* el Fisco son tóos menos tú; el Concejo, la Hacienda, la Deputación, la Curia... ¡y a tóos esos dimonios del infierno mantienes tú, *Cavila!...* Pero... bien ausentido. ¿Quién te mete a tí en esas honduras? Cuando Dios los deja vivir será porque convenga. ¿No deja vivir tamién a los escorpiones, a los lobos y a los butres?... ¡Recontra!... *Pus menos ve,* ¿qué más da una cosa que otra?

Y el tío *Cavila* continuó sembrando para el Fisco, a lo largo de los surcos, levantando y hundiendo acompasadamente sus abarcas en la tierra mullida, y los granos que arrojaba su puño a cada voleo brillaban al sol como pepitas de oro.

—... ¡ah!... pa los pájaros... ¡ah!... pal diezmo... ¡ah!... pal Fisco... ¡ah!...—repetía con ritmo monótono, y cada vez que sacudía el brazo acezaba de fatiga, dejando escapar con el aliento entrecortado esos ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!..., que parecían quejidos.

En la sucesión ordenada con que las palabras del estribillo sujerían en su mente las ideas, apareció entonces el recuerdo del amo de aquella tierra que sembraba.

—¡Pa l'amo!—exclamó irritado—¡Pa l'amo!... Buen ave está el amo, que me atosiga pa que le pague la renta, y aluego, mientras yo suo, él al casino, ella con el cortejo, el chico, que es burriciego, en la becicleta, y

la chica, que es más alegre que una perra, manque sea mala comparanza, a pasear en la Plaza con el sombrerete, llevando a la cola a tóos los mesinguines de la ciuá...

«Esto sí que no lo sufro»—dijo el hombre parando en seco la faena: y mirando con ávidos ojos a la tierra y aspirando a boca llena el vaho que despedían los húmedos terrones, la apostrofó como si fuera un sér vivo: «no—le decía—tú no eres de nengún señor, tú eres mía, conto, pa eso te trabajo con mil fatigas, reconto, pa eso te labran estos galanes—y acariciaba el testuz de los bueyes—pa eso te cogí hecha erial y te tengo ahora cernía como harina de flor»...—Y decía esto cogiendo del suelo puñados de negro mantillo y haciéndolos polvo entre los dedos. Y luego, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, continuó con acento en que se notaba una brusca transición de ideas:

—Con que tuya ¿eh? No fuera malo que fuese tuya; esas son leyes que tú quieres poner, *Cavila;* pero como tú no haces leyes, como las hacen los propetarios, de poco te sirve decir que es tuya la tierra, como no sea pa que te desabucien si llegan a saberlo. Ara y siembra pa l' amo, que es para lo que has nacío, y conténtate con que no vengan mal dadas, y con que si quiá sea pa tí el fruto de ese puñado que vas ahora a coger..., ese..., el quinto..., el tuyo...; ¡gracias a Dios que llegaste a tu puñado, *Cavila!*...

Y el hombre, perfilándose de nuevo en la dirección de la arada al mismo tiempo que avanzaba la pierna derecha, metió mano a la sembradera para coger el puñado de simiente... Pero ¡oh sorpresa! la sembradera estaba vacía; no había en ella más que aquel grano de trigo que miraba de hito en hito sobre la palma de la mano, ¡un grano! ¡sólo un grano para él! Aquello era de mal agüero y parecía un castigo providencial por sus

cavilaciones; aquello era señal de que la tierra daría pan para todos menos para él..., para él que la había arado y abonado, para él que la sembraba, para él que la había arrancado la cizaña.

—¡Señor, perdóname!—dijo al fin el pobre *Cavila,* cayendo de rodillas sobre la blanda tierra—¡ten misericordia de mí y de mi gente, ya no volveré a cavilar más sobre las cosas del mundo, que, cuando Tú las dejas acaecer, güenas serán!... ¡Echa, Señor, tu bendición sobre este grano de trigo, que es la mi parte de la semilla, la de la mi mujer y los mis hijos..., es la última ya y la más pequeña, pero como Tú la bendigas dará ciento por uno y comeremos pan!...

Y luego, bajando la temblorosa mano a la tierra, hizo una cruz con el dedo y depositó en el centro de ella el grano, sobre el cual cayeron, juntas con sus lágrimas, gotas de sudor del tío *Cavila.*

El cual, incorporándose, llenó de simiente la sembradera, y continuó la faena interrumpida, repitiendo, penosamente, al arrojar los primeros puñados:—¡ah!... pa los pájaros... ¡ah!... pal diezmo... ¡ah!... pal Fisco... ¡ah!... pa l'amo... ¡ah!... pa mí.

Y poco a poco se fué alejando aquella figura terrosa que apenas se destacaba de la parda llanura; pero, de pronto, al llegar a un altozano, se dibujó con trazos enérgicos en la claridad del horizonte, y, entonces, más que la silueta del pobre tío *Cavila,* parecía la imagen del Sembrador Eterno, derramando incesantemente sobre la tierra semillas de amor, de paz y de resignación.

EL TIO CAVILA

II

—

El tío Cavila

—

II

EN MEDIO DE LA ERA, AMUELANDO EL TRIGO RECIÉN LIMPIO, el tío *Cavila* da suelta a sus «riflesiones», no menos hondas y sentidas que aquellas en que le dejamos antaño, cuando sembraba el pan que ahora brilla, al sol de Agosto, en el dorado montón.

—¡Vaya una cosecha!; si paece que Dios ha dicho: ahí va eso, *Cavila,* pa que no güelvas a esconfiar y no mermures de las cosas del mundo.

Mientras se daba a estas cavilaciones, las manos sobre el mango del «briendo» y la barba sobre las manos, los pájaros, que revoloteaban en derredor, se acercaron dando saltitos, y, como no los oseaba, se pusieron a picar y a repicar en el muelo.

—Comei, comei, que en tá queda—dijo el tío *Cavila* mirándolos de reojo y sin moverse para no asustarlos. —Y hacen bien en comer, ¿no sembraste pa ellos?... Pus déjalos que arrecojan, recontra, que tú también arrecoges.

Mientras tal pensaba iban acudiendo al montón todos los pájaros que había en la era, y la nube de ellos llegó a cubrir por completo la preciada semilla.

—Me pae que éstos ya llevan comía más de la su parte. Habrá que icírselo.—*Cavila* dudó un poco.—¿No son creaturas de Dios?—dijo—pus déjalas hasta que Dios quiera, que se tupan bien los probitos.—Y el bueno del hombre continuó inmóvil, con la calva al sol, y el sudor le corría por las greñas, en medio de aquella planicie sobre la cual vibraba el ambiente caldeado, haciendo ondular las hacinas lejanas.

De pronto levantó el vuelo la alada nube, no porque el tío *Cavila* hiciese el menor movimiento, sino porque la espantó el sacristán con un costal vacío que a la mano traía y con el cual, después de perseguir a los pájaros, le sacudió las espaldas diciéndole:

—Espavila, hombre, que te comen los pájaros el trigo.

—Y tú ¿a qué vienes, hambrón, más que a comer?—dijo tranquilamente el tío *Cavila*.

—Vengo a que cumplas con los mandamientos de la Santa Madre Ilesia.

—Pus carga y vete, no sea que te lleves los mandamientos y me dejes los pecaos capitales.

El sacristán se descalzó y, hundiendo varias veces la media fanega, llenó el costal que *Cavila* le sostenía con ambas manos, diciéndole en tono de aviso amistoso:

—Mía, no seas tonto, no arraseres tanto la media; échala con cogüelmo.

Pero el sacristán, que era un poco sordo y más de un poco avaro, continuó colmando aquélla antes de vaciarla, viendo lo cual, *Cavila* le dijo, ya amoscado:

—¡Eh! tú, sordo del diantre, ¿para quién cogüelmas tanto, pa la Ilesia o pa la... güena del ama?

El interpelado, resoplando de mohíno, cogió la boca del costal, ya repleto, le ató, cargólo en una burra con el auxilio del interpelante y, cuando aquélla echó a andar, miró a éste de hito en hito, le cogió luego por los cabezones y lleno de ira le dijo al oído:

—Cogüelmo pa la... güena de tu mujer, que queó allá, a la sombra, palrando con el herrero.

Cavila se quedó petrificado con el insulto, y cuando volvió en sí, ansioso de vengarse, el agresor había desaparecido.

—¿Había de ser verdad lo que me ha dicho ese soplón volátile?—se preguntó cediendo a la nativa desconfianza charruna.

—No, *Cavila,* no es verdad—se contestó.—La tu mujer no te engaña con naide; pero es casi tan malo el que lo iga la gente; cuando ese ladrón lo ice será que está ya corruto por to el pueblo y que andarás en lenguas de tías en solanas y seranos, y te llamarán... sufre, aguanta y consiente.—Y al pobre rústico le rodaban las lágrimas, juntas con las gotas de sudor, por las mejillas. Mas de pronto, y como si cediese a una inspiración repentina, exclamó:—Pero ven acá, *Cavila,* ¿eso es verdad? Nó, es mentira: ¿No mermuran lo mesmo de otras? ¿Vas tú a tapar la boca a tóos esos eslenguaos? Nó. Pus alantre y pacencia, y si por un causal te topas con el sacristán, hínchale los morros por impostor. ¡Y cómo m'ha dejao el muelo el gran endino!...

Cavila cogió la pala y comenzó de nuevo su trabajo, aventando con ella el trigo del solar que caía después en lo más alto del rubio montón. Terminada la faena y dando al olvido sus penas, se recreó de nuevo en la cosecha.

—Si paece que está lo mesmo y que no han llevao nada. ¡Bendito sea Dios!

En tan dulces pensamientos se hallaba embebido, cuando sintió que por detrás le tapaban los ojos, mientras que una voz fingida le preguntaba:

—¿Quién soy yo?

El tío *Cavila,* logrando desasirse, se encontró cara a cara con el herrero.

¡Y fué de ver la que puso nuestro hombre!

—¡Parece que pones cara de pocos amigos, *Cavila!*

—Pongo la que pongo—contestó éste sintiendo como si por dentro le retorcieran los hígados.

El herrero, que era hombre poco asombradizo, le preguntó:

—Y ¿a motivo de qué?

—A motivo de que si juese cierto lo que se ice, coino, no golvías a afilar más arrejas.

—Bah, bah—interrumpió el herrero dándose por enterado—déjate de cavilaciones y mídeme la iguala, que ahí viene el mi criao con dos costales. Y se echó a andar, dejando a nuestro hombre sumido en un mar de dudas.

—Otra que tal, dimpués de lo uno lo otro—se dijo.—Y éste querrá también que le midas con cogüelmo. Es natural, *Cavila,* bien te cogüelma él a tí, si es cierto lo que se corre.

Y echando todos sus alientos y acezando con unos ¡ah! ¡ah! ¡ah! como los de antaño, hundió en el muelo la media fanega y la levantó a pulso colmada de grano.

El mozo del herrero la recibió a boca de costal; se repitió la operación otras cuatro veces, y *Cavila,* volviendo las espaldas al cobrador y limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camisa, reanudó sus «riflesiones».

—¡Buen golpe le ha dao éste al muelo! Pero en tá queda, y como no vinieran más...

No había pasado mucho tiempo cuando llegó el boticario por su iguala, y el ermitaño del Viso por la ofrenda que había hecho a la Virgen, y el cobrador de contribuciones que le había perdonado dos trimestres a cambio de grano, y el comprador de Jarandilla que le dió para sembrar, y el de los abonos minerales, y... ¡el almenistraor! que arrampló con lo que quedaba.

—Ya acabaste de verano, *Cavila*—dijo el hombre sentándose sobre la maza de una rueda, que era todo el lujo de sus eras—¿y qué te quea? Pus ahí lo ves: los granzones pal ganao y el terraguero pa tí, ¡cuidiao, no sus ahitéis!—Y dejando caer la cabeza entre las manos, se echó a llorar, diciendo con acento entrecortado por los sollozos:

—Señor Dios, ¿y lo que sembré pa la mi mujer y los mis hijos?; y la mi parte de la cosecha ¿dónde está? Tóos han cobrao sus mandas, y sus igualas, y sus rentas, y sus reutos. ¿Y las mías, Señor Dios? ¿Han de ser pa tóos las ganancias y pa mí sólo las pérdas?... ¡Señor Dios, ten compasión de este probe... de este probe!...

Los rayos del sol que le abrasaban la nuca derribaron al tío *Cavila* que, tendido en el suelo de largo a largo, acezando con las últimas angustias mientras los pájaros picoteaban cantando a su alrededor el himno de los campos, parecía la estátua yacente de la agricultura castellana.

Pasado un buen rato, uno de los vecinos se acercó a él para pedirle prestado un apero; le golpeó inútilmente en la espalda, quiso después levantarle la cabeza y ésta cayó pesadamente en el suelo, rebotando en él de un modo siniestro.

Cavila, el caviloso, había pasado a mejor vida. Y nunca tuvo aplicación más propia la frase; porque el alma de aquel cuerpo que tanto había sufrido en el mundo, contemplaba ya desde lo más alto del cielo las pequeñeces y miserias de la tierra.

LAS DOS TORRES

—

Las dos torres

—

LA TORRE DE VILLAMENOR Y LA DE ALDEAMOJADA, ALTAS Y esbeltas, son a manera de centinelas avanzados de la llanura armuñesa.

La una desde lo alto y la otra en el hondo, tienen de cuando en cuando, de domingo a domingo, casi siempre, sus coloquios, en los cuales la murmuración, propia de los hombres, constituye toda la miga y enjundia; siendo el aire galeoto y tercero de estos chismes y cuentos de campanario.

En una mañana de otoño, fresca y húmeda, en que las ondulaciones sonoras volaban como palomas mensajeras de la una a la otra torre por el puro ambiente, pude sorprender y traducir, pues se entendían en latín macarrónico, la siguiente conversación entre ambas campanudas eminencias:

—Qué callada has estado desde el último domingo...

—No lo creas; el jueves toqué a muerto por el tío Apolinar; pero venía el viento contrario, y no me oiste, aunque te dí buenas voces.

—¿Murió el viejo Apolinar, el tío de los Silvantes?

—Y dejando buenas onzas; así me sacudía las campanas y chilejas con tanto gusto el sacristán, esperando albricias de los sobrinos.

—Y tú llorarías como una Magdalena...

—Yo, hija, al son que me tocan...

—Te alabo la franqueza. Y dí, ¿el tío Apolinar iba muerto de veras, o lo de morirse fué una broma que jugaba a los Silvantes?

—No mala broma; bien claro oí que le cantaban el responso, largo y solemne; después, inclinando las andas, dejaron caer el pesado cuerpo en la huesa, y luego

Perico el enterrador, sin duda por halagar a los sobrinos que estaban presentes, echó sobre ella tierra y más tierra, y la apretaba con los pies, como diciendo: de ésta no saldrá...

—Pues hija, se ha equivocado Perico el enterrador; porque aquella misma noche velaba yo para tocar a sermón, y como el cementerio está casi tan cerca de mí como de tí, ví salir de la huesa, sin romperla ni mancharla, al propio tío Apolinar en carne mortal; y, como si se levantara de dormir la siesta en el escaño, templó la correa del alzapón, se subió el cinto a las caderas, sonóse pulcramente la nariz, apoyando en ella el índice de la derecha mano, y echó a andar hacia el lugar, con la misma decisión que, antes de enterrado, iba a concertar o a firmar un pacto de retro.

—Tú has soñado.

—¿Que he soñado? ¿Si conoceré yo al tío Apolinar? ¿A que no sabes dónde le ví entrar cuando llegó al lugar?

—¿Dónde?

—Hija, blanco y migao: en casa de la tía Rufa.

—Tú inventas.

—¿Que invento? Pues míralo ahora mismo allá, en la huerta, discutiendo con su víctima.

—Si no es él, si es el hortelano.

—Te engañas; es el mismo Apolinar que ha vuelto del otro mundo a pedirle una *perra chica* que le quedó a deber en la cuenta de los diez mil reales.

—Tú siempre tan bromista.

—A la fuerza, hija. Ahora me está repicando las campanas el hijo del herrero, que es capaz de hacerlas añicos con tal que llegue el sonsonete hasta tu pueblo y lo oiga la Ceferina.

—Buen caso le hace la Ceferina... (como que mientras él repica, ella entretiene sus ocios con el entenao del tío Cevil).

—Para eso hemos quedado, hija: para repicar por Apolinares y Celerinas. Cuando una lo piensa, le entran ganas de precipitar las ruinas que anuncian estas grietas.

—No deseo yo tal cosa; antes me siento orgullosa de mi elevada misión: porque ¿hay nada más hermoso que anunciar el alba, cuando los primeros resplandores del orienten cruzan por mis ventanales, y asistir a ese despertar de la naturaleza? Y luego, cuando el sol dominguero alegra las calles del lugar, ¿hay algo más bello que el ver lo que mueve y anima el repique de nuestras campanas? ¿No te da gozo ver salir a los tíos en mangas de camisa, con la reluciente jofaina, en cuyo reverbero se quiebran los rayos del sol matinal, a lavarse a las puertas de las casas, y las mozas con el pañuelo blanco de *embajo* recién *mudao,* y el de color de rosa encima cruzado sobre el pecho, sacudiendo la mantilla de rocador, que trasciende a cien leguas a membrillo...? ¿No te engríe de placer el ver venir hacia tí la gente, acudiendo a tu llamamiento? Y al atardecer, cuando das el toque de oraciones, y el tañido de tus campanas vibra en el ambiente sereno y se extiende sobre los campos alumbrados por los carmines crepusculares; ¿no sientes orgullo de dar la nota solemne a ese cuadro admirable?

—No, amiga mía; nada de eso me impresiona, contestó tristemente la de Aldeamojada. Tú, no ves más que el lado pintoresco y bello de tu misión, y yo tengo una idea muy distinta de la mía; a tí te basta con ser una creación del arte, y yo aspiro a ser un símbolo de la fe; por eso, en medio del descreimiento de los tiempos que corren, el único toque que consuela mi alma son las tres solemnes campanadas con que anuncio a los que no están en la Iglesia, que en aquel momento la Hostia Santa y el cáliz de la Pasión, se elevan ante el pueblo en manos del sacerdote. Entonces siento alegría inefa-

ble al divisar allí, en lo más lejano del pueblo, al viejo tío Húsare, el héroe de la francesada, a cuyos tardos oidos apenas llegan mis acentos, doblar perezosamente las rodillas entorpecidas por la gota, soltar el pañuelo que ciñe sus guedejas blancas y decir con voz entrecortada y quejumbrosa:

«*Adorámuste* Cristo, *bendecímuste,* que por tu Santa Cruz redimiste al mundo».

Porque has de saber que, después de tantos años que estoy llamando a los hombres a Dios, son pocos los que me escuchan con la religiosidad honda de ese tullido veterano, que en el último rincón del pueblo calienta al sol sus miembros ateridos.

Así dijo la torre de Aldeamojada, y calló quedando muda y triste como de costumbre, mientras que allá, en el bajo, la de Villamenor continuó por mucho tiempo llenando el valle con el alegre repique de sus campanas.

—

El güé malo

—

PADRE—DIJO QUICO ASOMANDO A LA COCINA CON EL FAROL en la mano—el *Primoroso* no romea.

—¿Que no romea? Pues no será por falta de comía, que bien se ha templao esta tarde en las eras de Abajo.

—Pus tié la mirá triste y no romea—replicó el zagal.

—¿Si habrá comío erba centella?—salió murmurando el tío Colás.

Y tras él, sin apresuramientos, que no se estilan entre gente serena, pero con honda preocupación, salieron de la cocina todos los de casa.

Para el señor de ciudad, un buey es uno de tantos animales más o menos útiles al hombre, pero cuya utilidad aprecia de un modo indirecto, cuando no lejano o remoto; para el labrador charro, y sobre todo, para el infeliz que no tiene más que una yunta, el gúé es la máquina indispensable con que prolonga su fuerza para hendir el cerro buscando el seno fecundo de la madre tierra, para arrastrar la dorada miés y el caliente abono y la preciada semilla...; por eso aquella familia de pegujaleros acudió al boil tan llena de temor, porque el *Primoroso* no rumiaba.

¡El *Primoroso!* Sí, lector, el *Primoroso,* el *Ramillete,* el *Clavel:* con todos estos epítetos y otros aún más delicados nombra el charro a cornúpetos como castillos que, aunque parece que en nada casan con el tamaño y las cualidades de éstos, tienen su justificación en la docilidad y *hombría de bien,* con que de ordinario prestan su ayuda al labriego tan poderosos auxiliares.

Por eso, el buen gañán en el campo y el hábil apajador en el establo, tratan con tanta dulzura a esos gana-

dos, rascándoles el testuz y llamándoles galanes, queríos, chiquitos, monos y otras lindezas más propias para perros falderos que para bueyes de arar.

—¡No romea, no romea!—dijo tristemente el tío Nicolás, y pasando el farol por delante de los ojos de la bestia, añadió:—Y tié la mirá pará. Anda, ve en cá el herrero, y dile que venga.

En toda Castilla, sobre todo en la charrería, decir herrero, equivale a decir hombre que vale para un fregado como para un barrido.

—¿Qué tié el güé?—preguntó al entrar en el boil.

—Que no romea—contestó haciendo pucheros la señá Josefa.

Toda enfermedad produce susto entre gente campesina; pero el que no marche bien la máquina de digerir, causa un pánico terrible. Así puso de mal gesto el herrero cuando le dieron noticia del grave síntoma.

—¿Qué l'habéis hecho?—preguntó.

—P'al caso ná. Hurgarle una miaja por alantre y otra miaja por atrás con una cañaeja a ver si provoca—dijo Quico.

—¿Y qué ha hecho?

—Estarnuar, el probito.

—Dale por ahí, a ver si se levanta.

El animalote hizo un esfuerzo, y resoplando por la enorme nariz, se incorporó trabajosamente; estiró luego el robusto pescuezo y, abriendo los belfos, soltó un mugido sonoro y grave como nota de fabordón.

—La familia miró al herrero como pidiéndole la traducción de los deseos del paciente, a lo cual el insigne curandero contestó, encogiéndose de hombros:

—Es que le dole y se queja como una presona, manque sea mala comparanza. — Tomóle luego el pulso tras de la oreja, apretóle los hijares con el puño, y

después de un atento reconocimiento, dijo al tío Colás:

—Escuelguen ustés el caldero de las llares.

Trajéronselo, y, ayudado de la familia y de los vecinos, que enterados de lo grave del caso habían ofrecido sus servicios, llenó dos veces una botella de agua caliente, en la cual disolvió algo que a prevención traía y se lo hizo tragar a la res, que protestaba del escaldón interior, sacudiendo la cabeza y poniendo en grave aprieto a los que a duras penas la sujetaban.

Terminada la medicación, el herrero, con parte de los asistentes, pasó a la cocina, donde tomaron asiento cerca del hogar.

—Fríele unas tajás al herrero—dijo a su mujer el tío Colás.

—Bien dices, hombre, que yo con la pena no mi había riscordado; usté desimule, tío Juan.

—No hay de qué, tía Josefa, y no se envaiga usté en eso, que yo por lo de ahora no tengo apetencia.

La señá Josefa, que sabía a qué atenerse acerca de lo que valen esas protestas de inapetencia entre gente campesina, acercó la brillante sartén al fuego y puso en ella un trozo de blanca manteca, diciendo:

—Un pico, no más, tío Juan, un pico para estraer el rato. Y el pico fué un mediano montón de tajadas de lomo, farinato y chorizo, que apenas cabían a revolverse entre las tornasoladas ampollas de la grasa hirviente.

Terminada la fritanga, comenzó la refacción, a la cual invitó el herrero a los otros hombres, departiendo con ellos entre tajada y trago sobre el asunto que le había llevado a la casa y otros semejantes, que fueron saliendo al auto, enredados unos a otros como cerezas.

En esto se hallaban cuando, todo alborozado, se asomó Quico a la puerta y gritó al herrero:

—¡Tío Juan, el *Primoroso* ya romea!

—¿Qué romea ya? pus dejaile en paz, que estonces es

que está ya güeno. No, si lo qu'es las mis melecinas son pocas, pero no marran, y esa que le he dao—añadió con cierto airecillo pretencioso—nunca ha tenío falencia.

EL AMA CONCENCION

—

El ama Concención

—

EN MI FAMILIAR, TIRADO POR DOS POTROS A LA LANZA Y uno de pericón, que trotaban con garbo, sonando los cascabeles de sus colleras, salimos de la ciudad una mañana de otoño.

El sol picante del veranillo de San Martín, nos calentaba a través de los amplios cristales del vehículo que, en un dos por tres, habíamos transformado en gabinete de tresillo, según clásica costumbre de esta bendita tierra.

Entre solos, bolas, entradas y puestas, llegamos a la mitad del camino. El coche paró en firme y descendimos de él sacudiendo contra el suelo las entumecidas piernas, los cuatro compañeros de viaje. El cochero, después de cubrir con sendas mantas a los caballos, que acezaban de fatiga y humeaban de sudor por los lomos, sacó la merienda y nos la sirvió a la vera de una alameda, medio desnuda ya de su follaje, en el centro de la cual una fuente murmuraba todo género de picardías de las mozas y mozos que a la caída de la tarde iban a turbar sus plácidos cristales. Extendimos nuestras mantas, sentámonos sobre las piernas cruzadas, abrimos las navajas de campo y, santiguando la fiambrera, dimos comienzo a una tortilla de patatas que trascendía a cien leguas, no solamente al exquisito condimento, sino a las blancas manos que la habían guisado. Sí, a las blancas manos sobre todo; así lo juraba el más joven de mis compañeros, que era quien nos obsequiaba con aquella vianda y es hombre incapaz de jurar en vano.

La amenidad del lugar, el tibio ambiente, las amarillentas hojas de la alameda, renovando al caer su mullida alfombra, el lejano murmullo del agua y los píos y cantares de los pajarillos, eran más que parte para que

ingenios nada perezosos como los nuestros se diesen a todo género de sueños y cavilaciones. Y así ocurrió que la campestre refacción, lejos de animarnos, fué sumiéndonos, poco a poco, en la plácida calma de aquellos parajes, y llegó un punto en que, terminada la merienda, con el veguero entre los labios, tendidos de largo a largo sobre el blando hojato y con la vista perdida en la trasparente esfera, sentimos, yo al menos sentí, como si todo mi sér, absorbido dulcemente por la madre tierra, formase parte de ella, y mi alma se hallase confundida con el espíritu sereno de aquellas soledades. Poco a poco, y a medida que iba perdiendo la impresión de mi existencia individual, se apoderaba de mi interior una a manera de vibración cuyas ondas se perdían en lo más remoto del espacio, y a la vez gozaba de dos emociones inefables: la de estar yo en todo y la de estar todo en mí. Tal me hallaba, cuando llegaron a mis oídos gritos alegres. Levantéme y pude contemplar, en toda la sobriedad de su belleza, una escena verdaderamente clásica: delante caminaba un chiquillo, rubio como los oros, y tras él, hollando levemente la hojarasca, una muchacha quinceña, esbelta como una figura de Tanagra. El niño perseguía una mariposa y la jovenzuela le desviaba de la fuente para evitar que cayese en ella: ambos reían y sus risas alegraban la alameda que, con el manso ruido de sus pálidas hojas, acompañaba a tan agradable melopea.

No pudiendo resistir al deseo de ver desde cerca tan bella aparición, fuíme hacia ella y, admirado de aquel rubio perseguidor de mariposas, dije en voz alta:

—¡Qué hermosa criatura!

—Es del ama *Concención*—me contestó ingenuamente la muchacha, que, sin duda, consideraba deber nativo de la humanidad el de conocer a su señora.

—¿Con que del ama *Concención?*—contesté yo echándola de asombrado. ¡Y yo, tonto de mí, que no lo había

conocido! ¿De quién había de ser este angelito, sino de madre tan guapa?—dije por aquello de que «mujer misteriosa, mujer hermosa».

—Y bien que puede V. decirlo, porque dende que quedó veyuda la mi ama, paece que está más retrechera. Asina vienen de mesenguines a cortejarla; pero, ella, nanitas; quedó hasta el moño del defunto, y lo que ella ice: «paran aquí tóos los que aburro y el que yo quisiera colará de largo».

Estas últimas frases halagaron mi vanidad de soltero, y dado que me hallaba entre los que colaban de largo, hice hincapié en la inmodesta suposición de que pudiera yo ser el elegido de aquella arisca belleza y, dirigiéndome a la muchacha, la pregunté:

—¿Está cerca la alquería?

Velaila—contestó la chica, señalando por entre un claro de la alameda una casita blanca, cuya chimenea humeaba en el centro de la guadaña, reverdecida por la otoñada.

—Pues vé y dile a tu ama—dije yo en tono sibilítico—que se asome a la ventana si quiere ver pasar por el campo al hombre que ella espera.

Hízolo así la chica, y cuando cruzamos momentos después no lejos de la casa, al trote de nuestros caballos, una mujer se hallaba asomada a la ventana.

Saludéla con mi pañuelo, y ella contestó con el suyo, hasta que nos perdimos de vista.

Desde entonces siempre que paso de camino, cerca de algún pueblo o alquería, si por acaso veo asomada a alguna mujer a la ventana, con la vista perdida en el lejano horizonte, salúdola con mi pañuelo, y pocas son las veces que no logro respuesta a mi galantería; porque en esta tierra y en todas, son muchas las solteras y las viudas que, como el ama *Concención,* «aburren» de los que paran y sueñan con un novio ideal que va siempre de colada.

Don Lionardo

¿QUÉ LE MANDA V. AL MI ROQUE?...—PREGUNTÓ LA SEÑORA María contristada.

—Pues, hija mía, una cosa que ni entra en iguala, ni la venden en la botica, ni la tienes tú: jamón, jamón y jamón.

—¡Jamón! *D. Lionardo* ¿y dónde vamos a dir por él?...

—Pues, hija, a casa del médico, que tiene dos bien curaditos al humero.

—Pero, dirá la señá médica que eso es ya cansar. Todo de allí, todo de allí...—dijo la señora María, sin poder contener las lágrimas.—Es ya un desabuso que da virgüenza, *D. Lionardo.*

—Pues, hija, si da vergüenza—dijo éste en tono de broma—no vayas y deja que el mozo se te acabe.

—No señor, iré; pero cuando Roque se ponga bueno, que vaiga a servir a ustés sin dengún aquél, y que bese onde ustés pisen y que...

—Y que se vaya usted por el jamón, y que eche todos los días en la olla un buen trozo de pernicote, y saque usted al muchacho al sol y al aire, aunque sea en una criba.

Y D. Leonardo, bastoneando por el centro de la calle, y tropezando en todas las piedras, pues era miope, se fué caminito de su casa. Y entró en ella con ese aire de serena alegría, de quien trae en el alma un gran lastre de buenas obras.

—¡Ah, de casa!—gritó ahuecando la voz.

Brincando como una cabra montés, salió a recibirle al portón una morenucha, con unos ojazos negros y unas pantorras como vigas de carro, que se le colgó del cuello, le dió un mordisco en cada mejilla y le tiró al suelo las antiparras.

—¡Locatis, locatis!—la decía él, lleno de ternura.—¿Y tú madrita, dónde está?

—Haciendo la comía.

—¡La comía! ¡la comía!... Charrota del alma, ¿cuándo querrás tú hablar en ciudadano?

—Nunca, porque yo no soy denguna mesinguina—contestó la torcaz criatura.

—¡Anda, anda, que ya escampa! ¡Rosa!—gritó el médico llamando a su costilla.

—¿Qué quieres?—contestó ésta saliendo al portal—¿Las zapatillas? Aquí te las traigo calentitas.

—Quiero que oigas a la mi morena diciendo *comía, mesinguina* y *denguna*...

—Tú tienes la culpa, que se lo ríes y le das largas. Madre e hija se arrodillaron ante D. Leonardo, que, sentado en el escaño, se dejó descalzar los botarrones, llenos de lodo, y calzar unas pantufias de orillo, ribeteadas de piel de liebre.

—¡Ajajá!—dijo don Leonardo, levantándose luego que las tuvo puestas.

> Nunca se vió caballero
> de damas tan bien servido,
> como se vió D. Leonardo
> cuando de visitar vino.

Y cogiéndose del brazo de sus dos mujeres, como él las llamaba, entró en la cocina, donde, ante el escabel y cerca del hogar, esperaba la mesa, cubierta con su limpio mantel casero y sus tres cubiertos de metal blanco sobre el mantel.

—Hoy sirvo yo—dijo la niña dándose tono—porque Maruja está al río.

Y diciendo y haciendo, retiró de las trébedes una cazuela de sopas de la olla, con su pizca de hierba buena y su corteza doradita por encima, que trascendían a sustanciosas y estaban diciendo: ¡comedme!

Don Leonardo se quitó el gorro, echó un santiguo, masculló unos latines y comenzaron los tres la comida con tan señoril decoro, tan sazonada de sana alegría, tan exenta de gula y tan lejana de todo goce epicúreo, como lo está la nutrición de la planta que lentamente absorbe los jugos de la tierra y abre luego al sol sus flores agradecidas.

—¿Hay algún recado?—preguntó D. Leonardo después de saborear con deleite un trago de... agua.

—Hay quinientos. No te dejan parar: la señá Rita, que le ahoga el flato; la tía Silvina, que se le ha vuelto a caer la rabadilla; Onofre, el pucherero, que tiene un tumor frío en la rodilla; Manolín, el de la Eusebia, que está con calentura de pies...

—Basta, basta, basta. Todo se andará, si la vara no se rompe—dijo D. Leonardo, mirando tristemente a sus mujeres.

—Se romperá, Leonardo, se romperá: tú estás cada día más torpe: esa vida no es vida. Y te matan más los libros que los enfermos.

El médico quiso llevar la conversación por otro camino, cuando oyó decir desde el portón:

—¡Ai, María!

—Ya empiezan. ¡Si te dejarán comer tranquilo!—dijo doña Rosa.

—Adelante, tía María—contestó D. Leonardo.

La buena mujer entró hasta la puerta de la cocina, y se quedó allí como petrificada.

—Qué, ¿quiere usted un pico?

—De salud sirva a ustés.

—Viene usted por la receta ¿verdad?

—Vengo... sí, señor... vengo a motivo de que no la encuentro en dengún otro lao—dijo suspirando la infeliz.

—Mira, hijita; descuelga aquel espejo que está enci-

ma del escaño y dáselo a la tía María para que se mire en él su Roque.

La niña cumplió la orden paterna, y la pobre mujer, abrazada al jamón, salió jimplando de la cocina.

—¿Lo ves, Leonardo?—dijo la médica en tono de reconvención cariñosa.—¿Lo ves cómo no te enmiendas? Por este camino, al Hospicio. Vivimos al día y casi con miseria; cobras la mitad de la titular, renuncias a la mayor parte de las igualas, y, de lo poco que te queda, das la mayor parte...

—Calma, querida, calma, que ya caerá algún rico...

—¿Pero, cómo dices eso, hombre, si eres con ellos tan blando como con los pobres?

—Bueno, mujer, ¿y el premio de la Academia?

—Lo gastaste todo en libros.

—¿Y lo que me va a valer la cartilla higiénica, que tanto elogian los de Madrid?—dijo, ya acorralado, don Leonardo.

—¡Pero, hombre, si lo tienes ya cedido a beneficio del Sanatorio!

—¡Ai, María!—dijeron de nuevo en el portón:

—¿Qué ocurre?

—El amo José, el de Pedrazuela, que la dao a moo de un paralís.

—¿Traes caballo?

—Sí, señor.

—Pues andando.

Y, sin terminar el plato de garbanzos que tenía delante, D. Leonardo calzó sus botarrones, aún húmedos, montó a caballo, se envolvió en la gran capa de paño *deciocheno* y, echando por encima de las antiparras una tierna mirada a «sus mujeres», se despidió diciendo:

—Vengo pronto, queridas. Hasta luego.

—

Silvano y Gumisinda

—

EL MAJADAL DE LAS AMAYUELAS SE HABÍA CONVERTIDO EN un jardín así que cayeron sobre él las primeras aguas y los tibios rayos del sol marcino; bajo las encinas, en el lugar sombreado por ellas, había nacido el trébol agrietando la húmeda tierra, salpicada con amarillentas setas; en los claros, donde el sol calentaba sin merma alguna de su lumbre, la hierba, más crecida, había llegado a florecer y la verde alfombra estaba tejida con los variados colores de toda la flora silvestre. En el centro del majadal el chozo, rústico albergue con base de barro y cuerpo de hojarasca, a través del cual se filtra el humo del hogar, elevándose al cielo en espirales azules o arrastrándose, cuando el viento sopla, sobre el oscuro encinar, en cuyas ramas altas va dejando ténues vellones que pronto se disipan. A la puerta del chozo, sentada en un tajo, está *Gumisinda,* la hija del pastor, haciendo queso. Inclinada sobre el barreñón sujeta con las manos la masa que poco a poco va soltando el suero amarillento; de cuando en cuando levanta la cabeza y, sin soltar la masa, respira ansiosa dando señales de la fatiga que le causa su obligada postura.

Atravesando la verde nava y sacudiendo la hierba con sus botas sevillanas, se acerca al chozo Silvano, el hijo del montaraz, el mozo más garrido y valiente de aquella comarca; trae una mano en el cinto y la otra sujetando la culata de la escopeta que lleva colgada al hombro, la gorrilla caída sobre los ojos y el aire de quien cree que, desde el sitio en que se encuentra, hasta veinte leguas a la redonda, no hay otro mozo mejor ni más diestro en todos y cada uno de los veinticinco lances que comienzan en echar pardalas como husos y

terminan en la lucha de la bandera, sin dejar para atrás la danza, el baile y la calva.

Con la tranquilidad que da tan *humilde idea* de su persona, se acercó el montaraz sin ser sentido por *Gumisinda* y, aprovechando su posición, la dió un abrazo de los que se usan entre gente de buena conciencia, es a saber: apretao sin dañar y largo sin reparar.

La chica, ofendida, más que por el hecho, por la persona, le gritó malhumorada:

—Suelta, montaraz, que vas a dir goliendo a probe a la otra.

—¿A qué otra?—contestó él cediendo poco a poco.

—A esa... del pueblo, a la del tío *Avanza*. ¿No es ese ahora el tu amor?

—El mi amor; si va al dicirse—replicó el mozo con aire de protección—no es a lo de agora denguno. Andando el tiempo, si dejas de ser torcaz, no digo que no puea ser una presona que yo conosgo.

—Esa presona, galán, no se peina ya pa ti, aunque sea probe, porque no está aquí una pa que naide se le ría y la ponga colorá.

—Siempre has de sacar a cuento la tu probeza, y ya sabes que, al respeto, lo mesmo me darías a mí probe que rica.

—No dices verdad, Silvano, y más te valiera ir a dar güelta al monte, que ahí cerca están escascando, que no venir con peronias a quien no ha de creértelas.

Al propio tiempo que decía esto, vertía el suero en una artesa y se incorporaba retirándose los cabellos, que sobre los ojos le caían, con las coyunturas de las manos, porque tenía éstas mojadas, y alzó luego los brazos para que aquéllas goteasen sobre la hierba.

Silvano, ducho en artes de rústico amor, aprovechó el momento, cogióla por la cintura y mirándola de hito en hito:

—*Gumisinda,* una cosa dicen tus palabras y otra los ojos con que me miras—murmuróle al oído.

Y ella, agitada, más que por el trabajo por la emoción, arrebatada la color y con los ojos bajos, le contestó con voz temblona:

—Silvano... no me engañes; no abuses del mi querer. Te lo pido por el alma de mi madre que esté en gloria.

—Cordera, yo no te he de engañar, y lo que sea de tí, será de mí—dijo el taimado.

Soltóse ella de él, enjugó su mano en el picote, tomó su cayado y echó a andar.

—¿Dónde vas, prenda, sin decir ¡agur!

—A la mi obligación. Con darte oídos he dejado dir las ovejas y voy a carearlas pa que no me prenden.

—¿Y quién te prendará a tí si vas con Silvano?

—Si ya no lo estuviera por tí, nadie me prendaría—dijo la muchacha con acento de ternura.

Silvano, halagado por la respuesta, abrazóse con ella, y la pareja, alumbrada por el sol de primavera, al atravesar por los floridos majadales, parecía un brote más de la fecunda tierra.

Y para que nada faltase al idilio, a lo lejos, recostado en una encina, tocaba el caramillo el hermano pequeño de *Gumisinda,* y cerca, encaramado en otra, un macho cabrío miraba fijamente a la pareja con sus ojos de sátiro.

—

El Esgarra

—

EL POBRECITO ESGARRA JURABA Y PERJURABA QUE TENÍA bien pagados los delitos por que tan duramente se le castigaba; porque, si era verdad que jugando al *filipasante* había destrozado el *raquis* a un condiscípulo, ¿no le habían soltado a él cinco *estoles* cuando le tocó bajar la *morra?;* si él había amenizado el árido camino de la escuela haciendo saltar la *chirumba* a las narices de los transeuntes, ¿no le había, alguno de éstos, hecho saltar a él... sin gana?; y, por último, en lo que toca a la *perra* de liga pajarera que había metido en el bolsillo donde don Argimiro, su grave y severísimo maestro, guardaba los almendrucos, en lo que toca a la maldita liga, que era lo que más irritaba a la señá *Brígeda,* madre del que pudiéramos llamar *interfecto,* ¿no había quedado bien saldada la deuda con la bofetada monumental de don Argimiro, que todavía le estaba zumbando en el oído izquierdo?

Todas estas y otras razones, de no menor peso, daba el pobre *Esgarra* a su madre; pero ésta, sin escucharlas, le vapuleaba a calzón caído, y no hubiera cejado en el bataneo, a no haberle distraído de la faena el llanto del menor de sus hijos, un mamoncillo escuálido y pajizo que se revolvía sobre la cuna entre los andrajos de una raida sayaguesa.

—Coge el niño—gritó la airada mujer soltando al *Esgarra.*

Este, cuando se vió libre del furor materno, se dió el botón de la cintura, único broche de sus informes pantalones, aseguró el tirante de orillo que los sostenía colgados del hombro derecho y, yéndose hacia la esmirria-

da cría, le dijo con acento aún entrecortado por los sollozos:

—Mamos..., Pito..., men..., con tu..., con tu manito, no yores.. , rico..., no yores;—y le besaba, confundiendo sus lágrimas con las de la criaturita, imitando cariñosamente el habla de los pequeñuelos.

Poco a poco fueron cesando los sollozos de uno y otro hermano, y, *Esgarra,* sosteniendo con el brazo izquierdo al pequeño y rascándose con la mano derecha la parte aún dolorida, salió a la puerta de la casa, soltando todavía, de vez en cuando, algún suspirazo hondo, de esos por donde dan salida los angelitos a las últimas raíces de sus penas.

Sentóse después sobre las losas de la acera y, para arrullar al escuerzo que tenía sobre sus rodillas, comenzó a entonar la canción *A la muerte del Espartero.* La insoportable elegía torera sonaba en aquellos labios, extremecidos aún por el llanto, con tal acento de ternura y de dolor, que llegaba al corazón, sobre todo en aquel episodio en que la madre del diestro, loca de pena, se da a conocer a los que conducen el cadáver de su hijo.

¡Cuánta alma ponía *Esgarra* en aquella frase!

«¡Yo soy la madre del *Espartero!*»

—«Yo soy el hijo del carpintero»—cantó, en son de burla, un muchacho que a la sazón pasaba.

—Si voy a tí te vas a riir—dijo el *Esgarra.*

—¿Ya estás armando camorra?—gruñó desde dentro la señá *Brígeda,* que estaba comiendo con el Sr. Pedro, el *Pendolón,* su ilustre marido.

Y éste, por no ser menos, añadió:

—¡Chacho!, si no te callas te doy una que te pongo por teleraña en el cielo.

—Pus que no se bulren,—replicó el chico amoscado,

Con estos dimes y diretes, el pequeñuelo rompió a llorar, y *Esgarra,* indignado por la ocurrencia, dejó al *Espartero* camino de la huesa y, trocando lo elegiaco por lo épico, cantó, con entonación rabiosa, ese himno guerrero, apoteosis musical de nuestros desastres, que comienza:

«A España hemos llegado
De Cuba de pelear
Los mambises sin vergüenza
Independientes se querían llamar»
. . . . . .

Y termina con esta frase de una ingenuidad y un candor verdaderamente castizos:

. . . . . .
«Que el Gobierno nos sirve de guía
Para España morir o vencer».

Y *Esgarra,* con el mismo coraje que cantaba, hacía saltar al chiquitín sobre sus rodillas. Al fin éste dejó de llorar, y aquél, tomando vientos como un perro perdiguero, siguió el rastro de la olla paterna, tras de cuyas sobras le llevaba un apetito abierto de par en par por recientes y graves emociones.

—Dale con el puchero en los hocicos—dijo el señor *Pendolón* viendo acercarse al muchacho.

—Mal relóbado,—añadió la madre cogiendo el badil—como t' acerques te crujo las costillas: yo te diré que güelvas a sonarme los oídos con tus artemañas.

Esgarra, sorbiendo sus lágrimas, juntamente con el vaho del cocido, a que con tan amables formas se le hacía renunciar, salió de nuevo al sol, padre adoptivo de nuestra raza, el cual, bañándole en su lumbre, le fué amodorrando poco a poco, hasta que, doblando la cabeza sobre la de su hermanito y abrazado a éste, se quedó dormido profundamente.

—*Esgarra,* hoy son mis días y vienes a comer conmigo—soñó que le decía Enriquito, el hijo de D. Abundio, aquel señorón tan gordo que vivía en la casa de enfrente.

—Pus díselo a mi madre, no sea que me pegue, corian, que bien me ha tundío esta mañana.

—Ya se lo he dicho y te deja.

Esgarra, cogido de la mano con Enriquito, entró en aquel palaciote tan hermoso. Toda la escalera estaba llena de flores, y luego había una sala, y otra sala, y más salas, recontra, que te cansabas de andar por ellas, y después el comedor; ¡qué comedor! y ¡qué mesa! con flores y frutas y muchas cosas de plata y de cristal, que brillaban con el sol, y todo el mundo tan alegre al verlo entrar.

—¡Olé! *Esgarra,* hoy si que te vas a tupir de todo ló bueno del mundo—le decía D. Abundio, y D.ª Juana le señalaba el sitio donde había de sentarse junto a Natita, la niña mayor.

Esta, que era muy remilgada, le exigió, como condición precisa, que se lavase la cara y las manos, y *Esgarra,* después de una corta ausencia, volvió con la cara reluciente, el pelo alisado y las manos propiamente como los chorros del oro, y tomó asiento junto a Natita.

¡Ajajá! vaya una señora silla con muelles, para que no se resintiesen las posaderas de la tunda matutina; luego, Pepa, la doncella, que está muy guapa con su delantal blanco, le pone un babador con unas letras bordadas que dicen: «niño ¿tienes hambre?»

—Vaya si la tengo—dijo *Esgarra* para sus adentros... y llegó, al fin, lo bueno, la sopa que humeaba en una sopera grande de plata, con un cucharón. ¡Madre Santísima, lo que pesa! Juan, el mozo de comedor, se lo pone en las manos a *Esgarra* y éste lo hunde dos veces en el hirviente caldo, sacando, junto con el líquido, unas

colitas de cangrejos, que están pa chuparse los deos.

—Bien te vas a poner, *Esgarra*—dice el muchacho; llena la cuchara, la sopla encantado, abre la boca y... ¡zás! antes de catar el exquisito néctar, una bofetada de cuello vuelto de la señá *Brígeda* le despierta de su apacible sueño, tornándole bruscamente a la realidad.

—¡Grandísimo pillo! ¿No m' ha dejado caer la criatura? Anda, anda a la escuela, escuidao, endino...

Esgarra, sintiendo en el fondo de su almita la amargura del desengaño, tomó tristemente el camino de la escuela; pero así que perdió de vista la casa paterna, fué cobrando ánimos, sacó la *chirumba* del bolsillo y, al mismo tiempo que la hacía saltar con un golpe seco de la pala, decía para su camisa.

—Hoy lo he soñao; pero pué que al año que viene me convide de verdad Enriquito.

Y esta esperanza borró de su memoria hasta el último recuerdo de sus penas.

LA NUBE NEGRA

—

La nube negra

—

MI SEÑORA DOÑA FRANCISCA, LA MÁS BONDADOSA DE TODAS las maestras de primera enseñanza, era una cincuentona con ojos de ratón y cara de manzana, talla no muy alta, andares vivos, voz de órgano y maneras tan sencillas y adecuadas a su noble oficio, que no parecía sino que había nacido rodeada ya de la patolea de sus muy amados discípulos y enseñándoles las letras del Catón, con el indispensable alfiler de cabeza negra.

—Pito ¿qué letra es ésta?

—No zé—le contesta un arcángel de blonda cabellera.

—Tulio, ¿la sabes tú?—pregunta a un querubín de ojos azules y serenos, que la mira de hito en hito.

—Lar e corerito.

—Eso es—repite llena de satisfacción la maestra—la del corderito.

—¿Y cómo se llama la del corderito?

—Béee...—gritaron todos alegremente, semejando a un hato de recentales al salir de la majada.

—Y así terminaba la lección de lectura.

Luego venía la música. El método de Eslava, repetido de memoria por cien generaciones de solfistas, se colocaba en el atril del viejo clavicordio, y los dedos de doña Francisca, sentada frente al amarillento teclado y rodeada de sus chiquillos, sacaban de él las notas cascadas y quejumbrosas de un preludio, cuyo acorde final era un *do, sol, mi, do,* severo, reposado, medido a compás, que dejaba en el alma, después de oído, una impresión semejante al «*bien gracias a Dios*» con que termina el saludo castellano.

Y en aquel crítico instante, apenas terminado el preludio, a la señal que D.ª Francisca hacía con un movi-

miento de cabeza, toda aquella turba, cantando a grito pelado llenaba la escula con una algarabía que el mismo Wagner, diestro en sacar punta musical a los ruidos más informes, se vería apurado para poner en solfa.

—*Do miii, sol, do, soool... mi fa reee...*—cantaban aquellas criaturas, pretendiendo entonar la clásica lección de Eslava, cuyas notas límpidas y cristalinas conservamos en el fondo de los más dulces recuerdos de la infancia.

Un día interrumpió el coro musical un relámpago, que produjo en la escuela momentáneos resplandores de incendio, sobreviniendo luego el indispensable trueno con su tableteo, sus secos golpes de bombo y su ruido final de carro que se aleja, rodando por las nubes.

Aquellos chipilindrines, recién salidos del cascaron, mostraron más curiosidad que temor ante el fenómeno, y uno de ellos, Agapito, un moreno oscuro, con los ojos como carbunclos y la nariz respingada, dijo señalando una nube que remontaba la torre de la Catedral:

—¡Miá que nube más negra viene!...

—¡Negra! gritó D.ª Francisca—haciéndose doce cruces seguidas en memoria de los doce apóstoles.—No digas negra, hijo mío, dí parda u oscura; porque si llamas negra a la nube, te dirá Dios: «más negra está tu alma».

Y Agapito, aquel moreno de nariz respingada, a quien el ambiente de su siglo hizo más tarde un escéptico, no pudo jamás desechar de su espíritu la impresión que le produjeron las palabras de su maestra; y cuando presenciaba el imponente espectáculo de la tempestad y veía rasgarse las oscuras nubes con los vivos fulgores del relámpago, en el centro de aquel nimbo de luz se le aparecía el Dios de Sinaí que, dominando el trueno con su voz, le gritaba:

«Más negra está tu alma».

—

El último recurso

—

POR EL CAMINO MUERTO DE FUENTESANTA A LA HUMERA, va chapalateando en los barros la mula de D. Andrés, el más famoso médico de aquella tierra. Caballero y cabalgadura muestran a las claras estar acostumbrados a esos trotes. D. Andrés lleva su cabeza defendida con un pasamontañas de piel de *lúntriga,* rodeado el cuello de largo tapabocas de lana, el cuerpo con vistoso ponche, a la nueva usanza, cerrados los costados por grandes botones dorados que resaltan sobre el ribete azul, y embutidas las piernas en sendas perneras de vaqueta: la mula lleva tapados cuello y cabeza con una funda de badana que no deja al descubierto más que los ojos. Así caminan sobre la húmeda llanura, cubierta de sombrías encinas, cuyas ramas gotean en los surcos, a lo largo de los cuales, sobre el agua estancada en ellos, se refleja un cielo invernizo, pálido y triste.

De pronto el «chácala, chácala» de la mula se trueca en el clásico «tacatacá, tacatacá» del paso de andadura, denunciando el suelo firme del lugar, a la puerta de una de cuyas mejores casas fué a parar nuestro D. Andrés. Ayudóle a desmontar el amo de la casa, al cual el médico, apenas hubo echado pie a tierra y cruzado con él un breve saludo, dijo en tono de confidencia:

—Y ¿qué es ello, Sr. Antonio?

—Pus ya pué V. ver, D. Andrés, que cuando se causa a V. el molesto, no es pa poco mal.

—Pero ¿quién es el enfermo? La señá Olaya, o Vitor, o...

—No, señor; la enferma es la mi Malena.

—¿Magdalena? ¿aquella mocetona? ¿la que borneó con tanta sal la pica en la boda de Angel, el de la Fresneda?

—Aquélla, sí, señor.

—Y ¿qué tiene?

—Tiene un entreensí, un entreensí, que se desbrucia, señor méico.

El médico, que sabía a qué atenerse en lo que toca a los modismos de la tierra, torció el gesto y echó a andar mientras decía con aire y signos de disgusto:

—¿Qué dice D. Apolinar?

—Pus dice que es así, a móo de mal de pecho; pero bien sabe V. que en la familia no ha padecío naide de ese andancio...

Entraron en la amplia cocina, caldeada y casi alumbrada, porque la luz del cielo era poca, por la alegre llama de un brazado de carrascos que ardían y chisporroteaban en el hogar. En uno de los escaños cercanos a éste, rodeado el cuerpo de almohadas y las piernas con una manta de vivos colores, estaba la enferma: una muchacha alta y de facciones finísimas, estenuada por la fiebre; un cerco morado rodeaba sus grandes ojos, a los cuales, de cuando en cuando, daban brillo siniestro las llamaradas del hogar. La madre, consumida por la pena, tenía entre las suyas las delgadas manos de la enferma, y Víctor, el hermano, la ofrecía una cucharada de caldo.

—No puedo... ¡ah!... no puedo... Víctor... ¡ah!... no te empeñes, galán... ¡Virgen del Cueto, déjame morir en paz!... ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!...—y acezaba con angustias de muerte.

—¿Qué te pasa, Malena? dijo el médico clavando en en ella sus ojos inteligentes.

—No sé... no sé... Un acezo y un ahogo cuando acabo de toser... y... aluego... una fatiga...

—Pues hija, hay que hacer algo por curarse, porque eso no es bueno.

—¡Güeno será... cuando han ido por usté!

—Y ¿quién te dice que vengo por tí? Si hubiera sido por verte bailar una pica, pero para oirte toser, morena, no hubiera yo andado tres leguas con este tiempo.

Según hablaba se iba despojando de sus abrigos y los colgaba a secar cerca de la lumbre; calentóse después las manos, se las frotó, y sentándose en una silla a los pies de la enferma:

—A ver esa mano; las mías ya no te darán frío—le dijo.

La enferma extendió su mano, que el médico, más que pulsar, estrechó entre las suyas.

—Las tienes frías, muchacha.

—Como siempre, D. Andrés—dijo la madre suspirando—como siempre...

—Pero, ¿qué le ha pasado a esta buena moza para torcerse tan de repente?

—Y, ¿quién lo sabe? contestó la madre; desde hace cuatro meses le entró una malinsosis y ca día más amodorrá y más ahilaina, y más triste, y más... ¡Virgen Santísima del Cueto!—y se echó a llorar a lágrima viva.

—Calma, dijo el médico tratando de infundir alguna esperanza; ahora me lo va a decir todo este corazoncito. Y sin moverse del asiento, abrió el justillo de la muchacha y aplicó el oido al seno descubierto.

Hubo unos momentos de silencio, al cabo de los cuales, el médico, en cuyo rostro se dibujaba una gran contrariedad, preguntó a la enferma:

—Oye tú, muchacha, ¿sabes lo que dice éste?

—Ya poco le queda q' icir, D. Andrés, respondió aquélla suspirando.

—¿Poco? Pues a fe que querer todavía quiere.

—Unas miajas—dijo la enferma, animándose momentáneamente.

—Pues hija, si tadía le quieres—dijo la madre inter-

viniendo—que no te quede por deseo, que tus padres ya no te niegan ná.

—¡¡A...ho...ra...!! murmuró entre dientes la hija, y dejó caer el cuerpo inanimado sobre la cabeza del médico.

Este se incorporó con cuidado y, colocando el cadáver sobre las almohadas, dijo tristemente:

—¡Hemos llegado tarde, señá Olaya!

DECLARACION

—

Declaración

—

MADRE, ME DÉ USTED UN MOQUERO LIMPIO—GRITÓ JOSÉ ANtonio desde lo alto del carro.

—Pero, hijo—contestó la tía Eusebia en tono de reconvención cariñosa—¡si no hace ocho días que te dí el que tienes! Los mozos de agora váis sacando unas modas de pirdición. No eran asín los de antaño, que entadía gasta tu padre el que yo le lavé de novia.

—Pus, al respetive, guardaré el que usted me dé.

—¿A quién se lo vas a dar a lavar? ¿a la tísica de la molinera?

—U a otra cualisquiera.

La señá Eusebia entróse en la casa, y momentos después, saliendo de nuevo al portón, tiró a su hijo un pañuelo blanco que trascendía a membrillo.

El mozo lo guardó cuidadosamente entre el cinto, y, tendiéndose boca abajo sobre los costales, aguijó a los bueyes, que arrancaron sonando los grandes esquilones pendientes de anchos y ribeteados collares. A la salida del pueblo tomaron por la rodera molinera, derechos a la aceña del Aliso, famosa en todos aquellos lugares por la bondad de la molienda, lo módico de la maquila y lo guapo y desasquerado de la hija del señor Roque, el aceñero.

A lo largo de la arenosa rodera avanzaba el carro perezosamente. José Antonio se incorporó sobre los codos y recreó sus ojos en el hermoso panorama que tenía ante ellos: primero los viejos viñedos, con las añosas cepas retorcidas y los sarmientos adornados de pámpanos de color amaranto; más lejos las frondosas y sombrías alamedas que bordean el río; después los piélagos de las aceñas, bruñidos espejos festoneados de hierba

otoñiza, y, en último término, como telón de fondo, los azulados arribes de la orilla opuesta, cuya oscura silueta se destaca sobre un cielo transparente.

José Antonio, sin darse cuenta, rompió a cantar, con la misma inconsciente melancolía que los pájaros gorjeaban en las lejanas alamedas:

Pu-ña... dero de pelras,
ho-ji-ta d' oroooo...
m' ha cla-va-do en el pecho
la que yo a-do-roooo...

Así, cantando, cantando, con el ritmo monótono a que servía de compás el traqueteo del carro, llegó a una fuente que cerca de la aceña brota sobre un pequeño estanque. Arrodillada al borde de éste se hallaba Felisa la molinera, una moza sana y robusta, con un cuerpo más gracioso que esbelto y una cara en que trascendían todas las sales picantes de una naturaleza juvenil, llena de fragante exuberancia.

—No te daba aquí—díjole José Antonio, parando el carro.

—Ni yo a tí tampoco—contestó la muchacha, volviendo la cara encendida por el rubor y animada por la alegría.

—¿Y qué haces, que ni si quiá te remangas los brazos pa lavar?

—No tengo ya qué.

—Ahí te vá ese moquero.

—¿Moquero a mí? ¿Y a motivo de qué?

—¿A motivo de qué?—replicó el mozo tirándose del carro.—A motivo de que ca vez te quiero más. Y arrodillándose cerca de ella, y cogiéndola de la cintura, añadió apuntando al estanque:

—Mira cómo el agua nos ajunta, galana.

—Pus mira como nos desapara—contestó la muchacha, forcejeando por desasirse.

—¡Desapararnos! ¡quiá! ¡mientras los mis brazos no manquen!...

—Déjame lavar, José Antonio.

—¿El mi moquero, prenda?

—El tu moquero. Pero déjame en paz...

Y así, por modo tan breve y expresivo, se echó el nudo entre aquellas dos almas; que José Antonio, para que no todo fuese espiritual y simbólico, quiso sellar y selló con un mordisco en la mejilla de Felisa, que le supo como si mordiese en la tersa piel de una sazonada y olorosa manzana.

—

El mondongo

—

EL TÍO MANUEL SACÓ A LA PUERTA LO NECESARIO PARA EL sacrificio: el tajo de encina acanalado en el centro, el barreñón para la sangre, la paja para el chamusco y el recién afilado cuchillo; la señá Rita, Antonia y Josefa lucían mandiles y mangos de lienzo casero, y hasta José Pedro y el tío Manuel se habían provisto de semejantes prendas.

Por el portón de la casa salía a la calle cierto olorcillo picante a especias y cebolla, característico de los mondongos; la chimenea humeaba como en las grandes solemnidades, elevando sobre el bermejo tejado un penacho de gala, que el viento extendía horizontalmente; el sol se quebraba en los charcos helados del arroyo, en el reluciente cuchillo, en el vidriado del barreñón y, sobre todo, en los ojos negros de aquellas dos morenotas.

—Estaisus con cudiao—dijo el tío Manuel entreabriendo la puerta del corral—y apernai al jaro, que voy a soltarlo.

Al abrir la puerta apareció el jaro; un cebón catorceño, tambaleándose sobre las finas pezuñas, enseñando la geta y la enorme papada y los sonrosados lomos y los rasos y abultados jamones, entre los cuales sobresalía el rabinche retorcido como una culebra. Apenas pasó el umbral, José Pedro le echó mano a una pata, y el grandísimo cerdo (con perdón sea dicho) comenzó a lanzar por aquella boca tales gruñidos, que a no ser por lo crítico y justificado de la ocasión, habría que decir que el animalito se pasaba de raya. El tío Manuel acudió a cerrar los registros de aquel órgano estridente, echándole mano a la geta, y ayudado de la familia ten-

dió sobre el tajo la víctima propiciatoria; empuñó luego el cuchillo, y después de elegir bien el sitio en que había de herir, hundiólo sañudamente en la blanda papada de la cual brotó un raudal de sangre humeante que Josefa, con garbo y sandunga, meneaba sin parar en el fondo del barreñón.

Poco a poco los gruñidos del animalote fueron debilitándose y descendiendo de lo sobreagudo a lo grave, terminando en un ronquido apenas perceptible.

—Ya está—dijo el tío Manuel.

Josefa echó un paño blanco sobre el barreño, y colocándolo sobre su cabeza entró en la casa; los demás, cargando con el *interfecto*, lo tendieron de largo a largo en el suelo, y luego de cortarle morros, orejas, pies y rabo, le colmaron de paja, que a poco ardía caldeando por algunos momentos el frío ambiente.

Los chicos de la escuela, para los cuales habían sido llamamientos los gruñidos de la víctima, contemplaban llenos de curiosidad el cruento sacrificio.

Pedrín, el hijo del vinculero, se calentaba en redondo, dando vueltas delante de las llamas, y José Antonio, el de la Justa, le guiñaba el ojo diciendole:

—¡Güenos somarros tendrá el defunto!

—¡Y mejores chicharrones!

—Corian, pus ¿y las morcillas?

—¿Me da usté la vejiga p'acer una zambomba, tío Manuel.

—Lo que vus voy a dar, si no sus vais picando, es una patá en las ancas a ca uno.

Roque, el mozo grande del herrero, que cortejaba a Antonia, la hija menor del tío Manuel, pasó por allí con una azuela al hombro, como quien sale al campo, y parando ante la hoguera, ya casi extinguida, dijo al tío Manuel:

—Si algo s'ofrece, mande usté.

—Déjalo: ya nos desenrearemos—contestó el interpelado entre dientes.

—Traiga usté la escoba, replicó el mozo.

Y cogiéndola, empezó a barrer el ardiente rescoldo de los lomos del cebón que, ya limpio, parecía una masa informe.

Roque cogió entonces un cuchillo, y después de suavizarlo en la bruñida cheira, comenzó el raspado de la piel ennegrecida, que iba soltando grandes escamas y dejaba al descubierto el blanco y sonrosado tocino. Luego vino la *autopsia,* que el tío Manuel y Roque hicieron con el cuidado de los más diestros operadores, dejando al fin el canal descubierto y sostenido por dos palitroques, después de sacar de él las calientes entrañas.

Y a casa con todo, y tras de todos Antonia, cargada con los últimos *artes,* y tras de Antonia, Roque, que la llama delicadamente la atención, dándola un pellizco en lo blando.

—¿Qué quieres?—dice ella, arqueando la airosa cabeza.

—¿Entro?

—Entra.

Y Roque, encogido de vergüenza, penetra en la obscura cocina y se queda a un rincón.

Antonia, regazándose los mangos, hundió los torneados brazos en la gran artesa de pan reblandecido, mezclándolo con la espumosa sangre. De cuando en cuando descansaba, y levantando la cabeza miraba sonriente a su novio, mientras escurría de sus manos la roja masa.

—Me canso, dijo una vez, y aún falta que rebujar la cebolla.

—Yo te ayudaré, dijo tímidamente Roque.

Y después de lavarse bien las manos, comenzó a echar envuelzas de cebolla picada sobre la masa de las morcillas, que continuaba revolviendo Antonia.

—Paece que lloras, dijo ésta a su novio.

—Una miaja, contestó él guiñando los ojos por el picor de la cebolla.

—¡Pa qué poco servís los hombres! al momento se os vienen las lágrimas...

—Si no estuviera aquí tu madre, yo te diría si sirvo pa poco o pa mucho—murmuró Roque en voz muy baja.

La señá Rita, como si le quisiera dar gusto, salió en aquel instante de la cocina, y los dos novios se encontraron solos frente a frente, con las caras encendidas por el esfuerzo y animadas por la emoción.

—¿Y ahora? dijo él.

—Estate quieto, o te unto—respondió ella, sospechando sus intenciones.

Roque sujetó las manos de la moza dentro de la artesa, y alargó la geta buscando los rojos labios de Antonia...

En tal situación, y «con las manos en la masa», sorprendióles la señá Rita, la cual, dirigiéndose al mozo, le dijo secamente:

—Lávate las manos, Roque, y vete pronto, que este mondongo se acabó para tí. Tan sin vergüenza eres tú, como tu padre cuando era mozo.

Antonia lloraba hilo a hilo, y Roque, después de lavarse sin rechistar, salió mohino de la casa.

BROMA CHARRUNA

—

El alguacil alguacilado

—

Broma charruna

—

POR LA ANCHA CARRETERA, MÁS QUE DÉBILMENTE ALUMBRAda por la luna, envueltos en amplios capotes y medio dormidos, caminábamos sobre nuestras cabalgaduras que, lenta y perezosamente, nos llevaban a la feria de Salamanca, cuyas fiestas, entonces como ahora, eran famosas en veinte leguas a la redonda.

No era aún la del alba, cuando sentimos tras de nosotros el acompasado machaqueo que producía sobre el firme el paso de andadura de una mula que, pocos momentos después, dando alcance a nuestros caballos, nos presentó jinete sobre ella, al más vistoso, locuaz, alegre y dicharachero de todos los charros nacidos bajo el diáfano sol y sobre el llano y feracísimo terruño de la Armuña salmantina.

—Güenas nos las dé Dios, caballeros, u lo que seáis —dijo el charro medio cortés, medio zumbón, con tonillo propio de quien va de fiesta y quiere comenzarla con alegre coloquio.

Yo, medio dormido, apenas contesté. Mi compañero de viaje, un viejo militar solterón recalcitrante, hombre divertido si los hay y como tal dado a la broma, abrió desmesuradamente los ojos, se desperezó a sus anchas y mirando de hito en hito al recién llegado, le dijo con voz campanuda y sochantrosa:

—Malas te las dé a tí, grandísimo charro, el mismísimo demonio, por haber venido a despertar en su dulce sueño a los dos más grandes ladrones de Tierra del vino.

—¡Ladrones!—dijo el armuñés riendo—más bien parecéis señoritos del pan pringao que ladrones.

—Señoritos ¿eh? pues mira—y le mostró las pistolas que llevaba en el arzón de la silla; si en lugar de ser un pobre charro fueras un feriante rico, o habías soltado ya la mosca o te habías tragado el embutido de estas morcillas.

—¡Con que probe!—replicó el otro algo amoscado y tomando a broma las amenazas—puá ser que tenga más posibles que vusotros. Probe seré, pero a la feria voy a gastar una onza de oro en los toros, en el figón, en el treato y en mercar a la mi tía y a las mis hijas, artes pa el día de San Miguel.

—¡Onza de oro! No estás tu mala onza; como no sea de roña y de miseria.

No necesitó más el vanidoso charro para salir de sus casillas y, soltando con presteza el alzapón y metiendo trabajosamente mano en el estrecho bolsillo, sacó, a fuerza de tirar, un hermoso verderón. Sin soltarlo de la mano y con ella en alto, gritó a su interlocutor:

—¡Con que roña, con que miseria! Pus mialá qué roñosa y qué miseriosa. Pero cudiao, no te la ejo, no sea que te engarañes y no puea dimpués desengarabitarte los deos.

No quiso oir otra cosa el zumbón del militar para jugar al armuñés una de las suyas. Y diciendo y haciendo, al mismo tiempo que obligaba a girar rápidamente a su caballo por detrás de la mula del armuñés, dejando a éste entre aquél y el mío, me gritaba con voz de trueno:

—Sujétale tú por ese lado.

Lo rápido del movimiento, no dió tiempo al embromado para defenderse y quedó como petrificado, con la mano en alto y el semblante descompuesto, mostrando en toda su apostura ese temor excesivo que, traspasando los límites de lo justo, alcanza los caracteres de lo grotesco y lo ridículo.

Con ademán violento arrancó el militar el verderón de la cerrada mano del armuñés y, corriendo codiciosamente el anillo a lo largo del tejido torzal y metiendo mano por la abertura, sacó en ella una onza... *de plata.*

Fué de ver entonces la escena muda que pasó entre bromista y embromado.

Aquél, mirando a éste altivo y desdeñoso, con la moneda en la mano; éste, medio derribado sobre el aparejo, avergonzado y pesaroso. A la legua se comprendía que la herida del armuñés, más que en el bolsillo, estaba en la vanidad, mortificada por el descubrimiento de aquel pícaro duro.

—¡Si tan siquiera me hubiesen robao una onza!—decía para sus adentros.

Puso fin a la grotesca escena mi compañero de viaje, quien, guardando cuidadosamente la moneda en el verderón, se la entregó a su humillado dueño, pronunciando pausada y sentenciosamente estas palabras:

—Toma, morralón, toma tu dinero y para otra vez mira lo que haces, porque has podido perder a dos hombres por un miserable duro.

El interpelado cogió su bolsillo y el interpelante, después de una pausa, añadió:

—Pero ya que nos has abierto el apetito con lo de la onza, bueno será que nos digas dónde podemos dar un golpe para saciarlo.

Un ligero temblor hizo sonar las espuelas del armuñés, quien, sin casi desplegar los labios, contestó:

—Yo no soy de esos tratos.

—¿Con que no eres de esos tratos, eh?—le replicó el militar.—Y luego, inclinándose sobre la silla, depositó en voz baja y mefistofélica, estas palabras en el buzón auricular del embromado:

—Vamos, que si yo te llevase donde lo hubiera puede ser que no hicieras ascos a esas onzas de oro que

quieres y no tienes. Echa adelante, señala una casa de ese pueblo y no una, cien onzas te prometo.

Nuevo temblor más perceptible que el primero, cogió al rústico de la cabeza a los pies; dudó un instante, pero al fin la hombría de bien se impuso y contestó:

—Yo soy ya viejo. Eso allá a los de tu tierra, que les nacen los dientes en el oficio.

—Veo, mal charro, que no sirves más que para aparentar con lo que no tienes; que no sabes buscarte lo que te falta y que no mereces la honra de ir en compañía de dos hombres capaces de arrasar la feria de Salamanca. Echa atrás, mala sangre, y no vuelvas a juntarte a nosotros—gritó el militar.

El charro, mohino y cabizbajo, sin decir oste ni moste, fué acortando el paso de su cabalgadura, y nosotros, apenas alejados de él, soltamos la contenida risa y dimos comienzo a las alegrías de la feria salmantina, inaugurándola, a tiempo que apuntaba el alba, con una diana de estrepitosas risotadas.

* * *

Aún no habíamos dejado de reir, porque la risa parecía inacabable, cuando puso término repentino a nuestra hilaridad una numerosa cabalgata de charros que, sin darnos tiempo para decir esta boca es mía, nos rodeó, desnostando al militar primero y después a mí y atándonos a ambos, frente a frente, a dos negrillos de los que bordean la carretera. Era de ver la *morisca* algazara de aquellos hombres, mientras daban cima a su fechoría.

Uno decía, mientras sujetaba los brazos del militar contra el árbol:

—Ahora si que no te irás, grandísimo ladrón. ¿Eres tú el de la onza? Pus la vas a soltar de suor y con las setenas. En broma lo hicistes, pero te ha de rechinar el sol

en los mesmos sesos.—Y así era cierto, porque el sol se los caldeaba del todo.

Otro, con aire de fiel de fechos, jorobado y con la nariz larga, maliciosamente torcida a la izquierda, me rezungaba a mí, diciéndome con voz zalamera mientras apretaba las ligaduras:

—Vaya con el señorito, quererse bulrar de un probe charro. ¿Si creerás tú, gran misinguín, que los charros no tienen el ombligo atao como vusotros?

Sin bajarse de ella, altivo, arrogante, inconmensurable, el charro de la mula contemplaba su obra y dictaba disposiciones para su mejor ejecución. Cuando la vió terminada se quitó el ancho sombrero y, sonriendo de un modo insultante de puro canallesco, nos dijo:

—Quedaisus con Dios, que nusotros no queremos ajuntarnos con ladrones de mala muerte. Si al golver de la feria cuelo por aquí, acaso sus traiga un vaso de agua con azucarillo pa que sus pase el sofoco.

La cabalgata se puso de nuevo en marcha y desapareció bien pronto de nuestra vista. Yo levanté la mía y pude ver la triste figura de mi compañero, a quien la contrabroma tenía desesperado, al mismo tiempo que el sol le derretía la mollera.

El martirio, aunque le hiciese largo lo molesto de la situación, duró poco en realidad. No habían pasado cinco minutos cuando otro grupo de pasajeros, de los muchos que transitan en tal época por aquellos lugares, nos puso en libertad, sin otras consecuencias que el agudo dolor que las ligaduras dejaron en los brazos y la vergüenza que el recuerdo de la aventura suscitaba en el ánimo.

Antes mártires que confesores, dijimos nosotros, y hasta hoy, después de veinte años, no ha habido quien logre explicación satisfactoria de aquel secuestro, que fué inmediatamente del dominio público.

Ni entre nosotros mismos se volvió a hablar de ello.

Hace pocos días, encontrándome con el militar en un círculo madrileño, le invité a venir a la feria y él me contestó, recordando la aventura:

—No volveré a tu tierra, mientras no sepa que aquel armuñés está haciendo adobes debajo de ella.

LOS HIJOS DEL TÍO REJERO

—

Los hijos del tío Rejero

—

EN CALCETAS, CON LOS PIES DESNUDOS, SIN CINTO Y CON LA morena camisa de lienzo casero saliendo por encima del alzapón, el tío Blas el *Rejero* ahechaba cuidadosamente el trigo de la renta en el portal de su casa que, aun siendo amplio, apenas si bastaba a contener los repletos costales.

—Deo gracias—dijo asomado al portón el maestro del pueblo.

—A Dios sean dadas—contestó el tío *Rejero*.

Y el recién llegado, sin más cumplimientos, se encaramó sobre un costal, tomándolo a guisa de asiento.

—¿Qué trae por acá el señor maestro?—preguntó el ahechador, y sacudiendo airosamente la zaranda elevó el trigo hasta el techo, recogiéndolo después sin perder un grano.

—Pues, para no andar con rodeos—dijo el maestro—vengo a tratar de los estudios de Benjamín, su hijo de usted, que, no agraviando a nadie, me parece que no debe usted enviarlo a Salamanca, porque... la verdad... no sabe lo suficiente, y aunque yo trabaje...

—¡Otra que coino! pus si no sabe, que vaiga a Salamanca—dijo vivamente el rústico. Y acribando en redondo, rodaba el cereal por los bordes de la zaranda como si fuera oro líquido.

—Lo peor—replicó el maestro algo amoscado—es que Benjamín ni sabe aquí, ni aprenderá en Salamanca, ni en sitio alguno. Algo más vale José, y le tiene usted todo el santo día agarrado a la mancera.

—Claro está que le tengo; por eso, porque vale más, porque es juerte y desenrollao, y tié jijas pa tóo. El otro probe, siempre a la vera de su madre, sainando por las

narices o de viga erecha en los paramentos de la iglesia. ¿Qué quié usté que haga de ese escuerzo, como no sea un señorito?

—Pero tío Blas, venga usted acá—contestó el otro con aire persuasivo—si es que a Benjamín no sólo le falta la salud, sino la inteligencia.

—¡Otra te pego!—replicó el tío Blas—¿con que no tié inteligencia? ¿Y qué inteligencia se nesecita pa ser señor? Bien poca tiene el mi almenistraor, que no destingue un güe de un toro, y mié usté cómo me trae mientras él s'atusa los bigotes en el casino. Y lo que es pa esas cosas, el mi Benjamín no marra dos veces. El otro día estuvo aquí de caza el marquesito de la Enjará, y traía unos mejunges pa blanquear los dientes y otros pa sahumarse la ropa... Pus alistante le pescó el chico l'aición, y dende que se jué no para de refrotarse la entaura y la tié ya más blanca que un carbonero. To l'arte tié de señoritín, manque sea mala comparanza...

—Esas son argucias—interrumpió el maestro.

—¿Arguncias?—contestó el labriego, levantando la criba a la altura de la cabeza—verdá, como este trigo rollizo y sano que está caendo. Y se gozaba en aquella lluvia de granos que iba acrecentando el muelo en que tenía hundidas las piernas.

Echó después las granzas en un costal, dió de beber al maestro y bebió él de un jarro que a la mano tenía sobre el vasar, y luego, llena de nuevo la zaranda, volvió a su trabajosa faena.

Pasado un rato de silencio, el maestro reanudó el coloquio.

—Tío Blas, usted está obcecado; piénselo usted bien. De sus hijos de usted, José es el que puede hacer algo en Salamanca.

—¿Dónde irá el güé que no are, y dónde irá el mi José que no trabaje como un güé, señor maestro? El mi José

es una güena finja, tóo carne magra, tóo verdad; y si va a la ciuá, cualquiá cosa que haga será arar, porque ese es su genial, y hay en la ciuá gente que ara y gente que recoge; y de arar, vale más arar en el campo, al aire libre, que no trabajar, sin sol y sin aire, en aquellos tugurios enfermizos. Y el mi Benjamín es el viciversa de su hermano: tié asco a tóo lo que sea trabajo, y tocante a lo del señorío, no le faltan más que perras, y él se las buscará cuando tenga una carrera.

El maestro hizo aquí un signo de desconfianza, y el tío Blas, parando en seco el zarandeo, le dijo a gritos:

—Recoino, pus no sería el primero ni el segundo que empiezase por mozo e cesta y concluyese arrastrao en belranga; que muchos casos se han visto y de este mesmo pueblo algunos. Y no hablemos de inteligencia, porque más bruto que D. Albundio no le pare madre, y hoy apalea las onzas, y D. Locadio, el que se puso hogaño pa senaor, no tié más que gramática parda y maturrangas de raposa vieja.

A este punto llegaba cuando paró a la puerta un carro cargado de harina, arrastrado por dos bueyes que sonaban sus grandes esquilones. De un salto se arrojó al suelo uno de los dos mozos que venían sobre los costales; el otro descendió cogiéndose a una de las ruedas.

—Veloilo usté—dijo el tío Blas, soltando la zaranda: el uno se tira, el otro se agarra pa no esbruciarse.

—Padre—dijo José, que era uno de los mozos—me venga usté a desencañar los costales, que Benjamín no puede.

—¡No pué!—repitió el tío Blas, poniéndose en jarras delante del maestro.—¿Lo ve usté? ¡No pué! ¿Qué quiere usté que haga con él, más que hacerlo deputao, senaor, prestamista u marqués?

—¿Y el otro?—dijo el maestro suspirando, porque se malograse aquella esperanza de la ciencia.

—El otro...

En tal instante se oyó a la mujer del tío Blas que cantaba en el cernedero el conocido estribillo:

«Yo le quiero labriego,
labriego yo le quiero...»

—¡Ya ve usté lo que contesta su madre—dijo el tío Blas alegremente. Y saltando al deshojado del carro, empezó a desencañar los costales que José iba trasladando a la tina del cebo sobre sus robustas espaldas.

Mientras tanto Benjamín, con un trozo de espejo en una mano y un estropajo en la otra, salió a la puerta de la calle frotándose los dientes.

El maestro, agarrándole por el cogote, le llevó camino de la escuela, mientras el tío Blas, desde lo alto del carro, le gritaba en tono zumbón:

—¡Señor maestro, del agua vertía, alguna cogía! Sáquemelo usté pa menistro...

AL REMUDO

—

Al remudo

—

POR EL CAMINO DE LA HUMERA A SAN GRIGELMO, ESCOTERO y a buen paso, caminaba Prudencio, el ropero de casa del amo Felipe el de la Herrumbiosa. Iba al remudo, frase sacramental en la que, amén del cambio de ropa interior, se comprenden otra porción de cosas y, muy principalmente, la grata estancia de unas horas al lado de la familia, cuando el que va a remudarse es hombre casado, y el dulce y regalado coloquio con la novia cuando es mozo barragán.

Prudencio *(Pudrencio,* si fuésemos a llamarlo como le llamaban los más) era soltero, y como tal, rijoso de condición y dado a las mozas un si es no es más de la cuenta.

Y esta cualidad saliente de su carácter se dejaba ver en el atavío dominguero de su persona, en que resaltaban los más delicados presentes femeniles: en el escote del chaleco, le había bordado con oro las iniciales Josefa, la del tío *Tripita;* el tapabocas llevaba otras iniciales de a palmo, hechas con abalorios y felpillas por Colasa, la del tío Tomé; el deshilado del camisón, era regalo de Aurora, la del tío Polinar, y la cadena de la muestra estaba trenzada con pelo de los rizos de María Antonia, la de la tía *Beltraneja.* Y a esta *Beltraneja,* que era, a la sazón, la que reinaba en su albedrío, dedicaba el mozo todos sus pensamientos durante aquella caminata a través de los montes, la víspera de San Juan.

—Va a ser mentao el ramo de Antonia *la Beltraneja,* se decía. En cuantis llegue a casa cojo la destrala, me voy al huerto de la tía Eusebia y corto aquel guindo que tiene tanta copa, cargo con él y lo planto a la vera de la ventana de la mi María Antonia. ¡Y que no va a aparen-

tar el mi ramo cuando, entre las hojas y las guindas, asomen el pañuelo de seda, los hilos de aljófar, las rosquillas y los carambelos!...

Y cuando ella, al emparecer, abra la ventana y lo vea, ¡Virgen del Cueto! ¡qué respingo va a dar, la querida! Y yo estonces, dende lejos, le canto una toná y ella contesta al reclamo tosiendo con una tosina mu galana, como si juese una cogorniz en celo, y yo estonces m' acerco y la pido una fror de la su boca, y a ella se la sube la color y me la da y yo la cojo y...

A este punto llegaba Prudencio en sus meditaciones, cuando dió de narices, pues era noche cerrada, con las tapias del lugar. Entróse por él, y después de andar buen trecho a lo largo de las calles, cuyo silencio apenas era turbado por el ladrido de los perros o el jigeo de los mozos, llegó a su casa, y apenas llegado, comenzó a poner por obra su atrevido pensamiento.

Lo primero fué coger la *destrala,* una *destrala* recién *aguzá* que cortaba un pelo en el aire y *dirse* al huerto de la tía Eusebia con todo género de precauciones, hurtando las vueltas a los mozos que rondaban por el pueblo y que de cuando en cuando se agasajaban unos a otros con peladillas como puños; cuando, salvada la cerca, se vió en el huerto, fuése derecho al árbol elegido, y mirándolo con cariñosa delectación, se echó para atrás con el garbo del diestro que se dispone a dar una gran estocada, escupióse las palmas y empuñando el hacha... ¡ah! hendió el tronco por un costado hasta el mismo corazón; otros cuatro tajos y el guindo se desplomó sobre él, que recibiéndolo en sus brazos robustos y sudando a chorros por el esfuerzo, lo llevó trabajosamente hasta la cerca y lo estribó sobre ella.

—Ajajá, ya eres mío, galán—dijo mirando al árbol y limpiándose el sudor de la frente con las mangas del camisón;—pero ¿y ahora para saltar la parede?—pregun-

tóse contrariado por el temor de que sus fuerzas no pudieran llegar a tanto; al pronto desmayó, pero venció su desaliento el recuerdo de *la Beltraneja,* que le ofrecía entre sus frescos labios una rosa de cien hojas y, abrazándose con el guindo y luchando con él a brazo partido, lo elevó sobre la cerca y lo dejó caer del otro lado.

—Gracias a Dios—exclamó el mozo sacudiendo la sangre de unos arañazos que en las manos había sacado de la refriega.

—Ya tienes ramo, María Antonia.

Y así era verdad que lo tenía, pues es el caso que cuando Prudencio, sudando la gota gorda y derrochando pulsos, llegó cerca de la ventana de su amada, vió plantado frente a ella el ramo mayor y más vistoso que habían contemplado ojos humanos en toda la charrería: un verdadero árbol con un tronco tamaño como el cuerpo de un hombre y una copa *al respetive,* colmada de todo lo que hay de bueno en el mundo.

Prudencio, al verlo, sintió que toda la sangre de sus venas se le agolpaba en la cabeza y que todos los esfuerzos y fatigas le pesaban sobre las espaldas como un costal de *garrobas* y, vacilando sobre las piernas, cayó al suelo abrazado con su ramo.

Cuando volvió en sí, la luna alumbraba la ventana de *la Beltraneja,* ante la cual, el gran ramo, lleno de adornos, parecía un árbol nacido allí.

El pobre mozo, con el alma llena de sana amargura, sin mezcla de odios ni deseos de venganza, comparaba aquel presente con el suyo, que tantos esfuerzos le había costado llevar: y reconocía que era mayor;—«más grande y más adornado que el mío»—pensaba tristemente—«pero no, no lo ha podido traer un hombre solo» —añadía consolándose con la idea de que su esfuerzo no había sido superado por nadie.

De estos pensamientos le distrajo el ver que, sin darse cuenta de su presencia, un hombre se acercaba a la ventana sonando las espuelas y los botones de plata.

—¡Me valga Dios! murmuró Prudencio; si es el mi amo, ¡probe María Antonia! güen gavilán te ronda el níe. ¡Habráse visto hombre más arbolario!

Felipe, el de la Herrumbiosa, el amo o el hidalgo de la Herrumbiosa, que de los tres modos se le llamaba, era un mocetón alto y esbelto como un *arciprés,* majo si los hay, y rumboso hasta donde puede serlo quien viene de casta de gente ahorradora y económica; algo tenía de gavilán según lo aficionado que era a las palomas, y a no ser por la fama de su valor, probado en diversas aventuras y lances, acaso no las contara tan felices.

Tenía entonces puestos los ojos, por no decir las garras, en María Antonia *la Beltraneja,* moza garrida y sana, en la cual trascendía, con todos los aromas campesinos, el alma sencilla de las gentes de aquellas gañanías.

El de la Herrumbiosa, así que llegó, dió con los nudillos en las hojas de la ventana, las cuales, al abrirse, dejaron ver la cara de *la Beltraneja,* no menos fresca ni arrebolada que los amaneceres que comenzaban a teñir el lejano horizonte.

—Anda, hija, qué ramo—dijo ella, y soltó una risotada en escala cromática, cuyas notas puras y cristalinas envidiarían, no ya las divas, sino los propios ruiseñores.

—Pa tí es, rojeta, dijo el hidalgo acercándose.

—¿Pa mí? Es mucho ramo ese pa tan poca presona.

—¡Pa tan poca presona! Bien sabes tú que eso nadie lo dirá de tí mientras te ronde el amo de la Herrumbiosa.

—Dirán que soy la tu corteja, y eso es pior entadía.

Miedo me da de pensar lo que son las lenguas de este lugar.

—Si tú te fías de lenguas, mal andarás—dijo él, y acercándose al ramo y descolgando un vistoso pañuelo, se lo alargó a la muchacha diciéndola cariñosamente:—anda, póntelo al cuello, salá.

Ella rehusaba el complacerle; pero él insistió con tan felina ternura, que la hizo ceder y rodear su cuello con el pañuelo.

—Güena estaré yo con estos majos—dijo la chica; pareceré un escuerzo en seda.

—Mírate en los mis ojos, rojeta, y verás qué bien te pareces.

La chica soltó otra risotada menos alegre que la primera y, para ocultar la emoción que la producían los requiebros del hidalgo, retiró de él la mirada, cogió una rosa de una jarra que con ellas sobre el alféizar tenía, y luego que lentamente la despojó del follaje, la puso entre sus labios.

El mozo, que vió el efecto que sus palabras habían producido, dejó obrar el veneno sin precipitarse, y, después de larga pausa, la dijo a media voz:

—Dame esa rosa.

Ella vaciló un instante, y al cabo le contestó con la cabeza negativamente.

—¿Y por qué no?—dijo él cogiéndola una mano.

—Porque... me la dió Pudrencio y no quiero faltarle, dijo la chica casi gimiendo—y mira, Celipe — añadió cambiando de tono, toma el tu pañuelo, y déjame, y no me pierdas, que bastantes han llorao ya por tí, y no quiero ser yo una más.

—Dame la rosa, prenda, contestó él redoblando la ternura con el apresuramiento que tira del anzuelo el pescador a quien se le va de él una buena pieza.—Dame

la rosa, galana, y no te acuerdes de San Prudencio que esté en gloria.

—No está en groria, no está en groria, que está aqui —gritó Prudencio saliendo de la sombra en que se hallaba oculto.—Y aquí no eres el mi amo, y esa flor es mía y no la golerán nunca las tus narices.

María Antonia, aterrada por la aparición, cerró la ventana, quedando solos frente a frente los dos rivales.

—Salte paquí—dijo irritado el amo señalando una callejuela que daba salida al campo.

—Vamos dondi quieras, contestó el criado.

La lucha debió ser corta, porque momentos después, pálido, con la ropa llena de tierra, y algunos sonrostrones en la cara, volvió el hidalgo a la ventana golpeándola con brío.

—¿Qué le has hecho, al probe?—preguntó ella sollazando.

—Allí quea comiendo tierra. Y dame esa flor, prenda, que la tengo bien ganá. ¡Cómo se regolvía, el endino!

Ella rehusó de nuevo, pero él, ya no con ternura, sino con aires de vencedor, repitió:

—Dame la rosa, te he dicho.

La moza, gimiendo, entregó la flor que él puso en la gorrilla y lució por todo el pueblo.

Al oscurecer, terminada la fiesta de San Juan, volvieron a la Herrumbiosa por distintos caminos: el amo Felipe a caballo en su hermosa yegua, rodeado de gente de la alquería, luciendo la mustia rosa de *la Beltraneja* en lo alto de la gorrilla y Prudencio, el ropero, a pié y solo, con la conciencia tan limpia como la camisa que acababa de *remudarse* y contando sus penas a las yerbas, árboles y plantas que encontraba a su paso.

EL CATARRO Y LA ARAÑA

El catarro y la araña

JUNTOS, EN AMIGABLE CONSORCIO Y NO SE SABE CIERTAMENTE si casados por la Iglesia o por lo civil, pero haciendo vida íntima y marital, tiraban de la pícara existencia el catarro y la araña.

Cuando la noche los juntaba los separaba el día y, al encontrarse entre dos luces, bajo un frío voladizo, se daban mutua y menuda cuenta de los afanes en que cada cual había empleado la jornada.

La araña, ardiente, viva y nerviosa, apenas necesitaba de abrigo; pero, percatada de la debilidad y vejez de su compañero, le arropaba y envolvía cuidadosamente en sus finas telas y, tanto le amaba, que hasta su acezo asmático y su tos, llena de hipos y matizada de angustias, eran gratos a sus oidos.

Una noche, en que la helada les tenía desvelados, dijo al catarro su tierna esposa:

—Hijo, no se puede vivir en este pueblo. Las mujeres son cada día más limpias, los chicos cada día más insolentes, los caminos más frecuentados y hasta las tierras y las viñas que antes se araban de año en año, las están ahora revolviendo constantemente con esas malditas máquinas. Así es que yo me quedo, la mayor parte de los días, sin poder tejer una tela, ni tender un hilo, y ni siquiera puedo atrapar unos de esos ricos mosquitos que son tan de tu gusto y de los cuales te servías para propagar eso que antes llamábamos tercianas y cuartanas y hoy han bautizado los médicos con el extraño mote de paludismo...

—Pues si tú andas mal, yo ando peor ¡ejem! ¡ejem! —dijo el catarro echando espundias por la boca.—Hasta la gente humilde gasta chaleco de estambre y de frane-

la o cuando menos de algodón; el que no tiene capa se manga la anguarina; los antiguos encerados, por cuyo tejido me colaba, son ahora cristales que no pasa más que el sol, las grietas de puertas y ventanas han desaparecido con las pinturas, a las paredes del hostigo las recubren con latas y me paso los días acurrucado en los quicios de las puertas, esperando a penetrar en las casas en volandas de algún aire colado ¡ejem! ¡ejem! pero ni este recurso me queda ya ¡ejem! ¡ejem!, porque cada día inventan una cosa nueva para evitarlo y en el casino, que era mi gran refugio, han puesto una mampara giratoria a manera de cuenta ovejas, que no deja lugar ni para un mal resfriado ¡ejem! ¡ejem!...

—Se me ocurre una cosa—dijo la araña poniéndose la octava patita en la frente—se me ocurre que mañana vayas tú a casa del herrero, que tiene las puertas de la fragua abiertas de par en par y es hombre de grandes pulmones donde tú podrás trabajar agusto y caliente, y yo me iré a casa del cura que, distraidos en sus rezos y preocupado con su pie de altar, no ha de fijarse en mí.

—Gran idea; me parece digna de tu excelso magín, amada mía...

El catarro después de una tos cromática, con tonos naturales, bemoles y sostenidos, cayó, más que un sueño en un sopor. Y la araña, estirando todas sus patas vellosas, quedó, como una estrella, inmóvil sobre el tálamo.

Al llegar el alba, y poniendo por obra sus propósitos, el buen catarro se dirigió a la fragua y la espiritual araña a la casa rectoral.

Encontró el primero abiertas de par en par las puertas como esperaba y, sin ceremonias, en una gran bocanada de aire aspirada por el herrero, al dar con el mazo sobre el yunque, se le coló en el pulmón izquierdo.

—¡Ajajá!—dijo el catarro: —¡Vaya una entraña her-

mosa! ¡Qué espléndida cavidad! ¡Y qué admirablemente funciona! Aquí si que voy a hacer una labor de filigrana.

Y dicho y hecho: comenzó a colocar cuidadosamente sobre las paredes, en los repliegues y cavidades de los tejidos, una millonada de microbios, que, a buen recaudo, traía en una de las antiguas cajas de rapé. Terminada la obra púsose a contemplarla en un rinconcito, esperando ansiosamente el momento supremo, o sea el primer estornudo que señalase la iniciación de la dolencia. Mas ¡oh fatalidad! Cuando con mayor delectación lo esperaba, viendo con alegría dilatarse en extremo las paredes, penetró en el amplio recinto una tromba de aire, un verdadero ciclón que, barriéndole a él con todos sus microbios, le arrojó violentamente a la calle.

—¡Maldito herrero!—exclamó el catarro atontecido por el golpe, y recogiendo en la tabaquera los pocos miles de microbios que halló a mano.—¡Maldito hombre! La culpa la tuve yo que no reparé en que tus pulmones son más recios que los fuelles que maneja tu sonique.

Y renqueando y entristecido echó a andar camino de su guarida.

La araña, mientras tanto, tendiendo sutiles hebras de tejado en tejado, y cabalgando sobre ellas, penetró por el desván en la casa del cura y, colándose después por una viga carcomida, llegó a la pared frontera de aquélla donde el buen párroco tenía la camilla con faldas de bayeta verde y, sobre ella, el libro de rezos, el Crucifijo, los registros parroquiales y *El Siglo Futuro*.

No se dedicaba en aquellos instantes el buen sacerdote a ninguna de las obligaciones de su ministerio, sino a la peligrosísima tarea de hacer pólvora blanca para su escopeta, pesando y midiendo delicadamente el azúcar y el clorato, y echando luego la mezcla y atacándola con esmero dentro de cada cartucho.

Mientras tanto, la diligente araña, muy gozosa de pre-

senciar estas interioridades de la vida clerical, tejía rápidamente las mallas de su fina urdimbre.

De pronto apareció en la estancia D.ª Crisanta, el ama del clérigo, armada de un largo varal con unas colas de zorro a la punta y, encarándose con su amo, le espetó, con no excesivo respeto, la siguiente catilinaria:

—Pero, D. Fadrique de mi vida, ¿es ésta hora y lugar de esos menesteres? ¿No le tengo dicho a usted que no entre en el despacho hasta que yo limpie, y van ya tres días que se me mete usted aquí, así que viene de misa, con esos condenados cartuchos y no me deja usted ni siquiera dar la primera mano? ¡Mire usted, mire usted en aquel rincón!—, dijo señalando la pomposa tela que la araña iba labrando.

—¿Qué he de mirar?—dijo cachazudo el párroco, calándose las gafas.

—¿Pero no ve usted, santo varón, aquella sinvergüenza de araña que ha hecho allí una tela como un mantón de Manila?

Y, diciendo y haciendo, sacudió airadamente con los zorros y echó en un santiamén a tierra la fina red tejida por la digna esposa del catarro.

Regresó ésta entristecida a su casa y aún más se afligió su ánimo al tener noticia del fracaso de su fiel consorte.

Como ninguno llevó cena, recogiéronse pronto, y el ayuno, excitando la imaginación calenturienta, les hizo buscar arbitrios para salir de tan apurada situación.

De pronto la araña dió un grito y tornándose al catarro, exclamó llena de alegría:

—¡Ya dí con ella, marido!

—¿Con qué diste, mujer?

—Con la salida de nuestros apuros.

Hemos sido unos torpes, esposo mío, hemos errado

de medio a medio en lo que hicimos, y con volver las cosas del revés, está todo arreglado.

Yo debí ir a la fragua, donde nadie hubiera estorbado mi trabajo, y tú a los pulmones del ama empecatada, que tan mal trato me dió, y de allí no te saca ningún estornudo en todo el año.

Y patatín, patatán, que así quedó convenido; y, apenas amaneció, la araña se fué pian pianito a la fragua y se pasó allí el crudo invierno haciendo grande acopio de gusanos, sin que nadie la molestara, y tejiendo grandes redes que a veces, con el tiempo seco, se esponjaban sobre el hojato del tejivano, y a veces, cuando llovía, pendían lacias, como girones de encaje, de los renegridos cuartones. Y el catarro, colándose bonitamente en el pecho del ama del cura, invernó allí, cuidado a boquita qué quieres, con caldos, flores cordiales, leche con bizcochos, miel sobre hojuelas, torrijas, natillas y otras exquisitas golosinas, desde los primeros fríos hasta el cuarenta de Mayo.

Y así pudo vivir feliz un año más aquel extraño maridaje que celebraba sus misterios bajo un frío voladizo.

Y colorín, colorâo, está mi cuento acabâo.

«Y si, lector, dijeres que es comento
Como me lo contaron te lo cuento».
Y si quieres saber la moraleja
Dame pâ mi zamarra una pelleja.

LA CANCIÓN DE LA RIBERA

La canción de la Ribera

Niña de los negros ojos,
No me mires, si te enojas,
Que, como el viento a las hojas,
Me harán temblar tus enojos.

ASÍ, CON TODO ESE LUJO DE RETRUÉCANOS Y FRASES RETORcidas, cantaba, pared por medio de Julia, su enamorado Ricardo. Era ella una criatura tan delicada y fluída, que, a no ser por los destellos de su mirada, creeríasela fuego fatuo o espíritu puro.

El, en cambio, era un tenorazo de zarzuela antigua, robusto como una encina y con una voz penetrante y engolada que hacía temblar hasta los cimientos de la casa de huéspedes en que ambos vivían.

Ricardo, el gran Ricardo, el aplaudido Rodolfo del *Anillo de Hierro,* a quien la belleza femenina jamás había hecho mella, cuidadoso del tesoro de su voz, más que de cobijar afectos en el corazón, había recibido en él una inesperada y profunda herida con la presencia y el trato de Julia. Jamás durante su larga carrera, en que sus brazos habían estrechado tanta hermosa mujer en momentos de la más honda emoción artística, jamás había sentido un influjo tan avasallador como el de aquellos ojos negros, en cuyo fondo vislumbraba misterios de felicidad conyugal. Antes sólo le preocupaba su voz, aquel hermoso torrente que, desbordando de su garganta, llenaba los ámbitos del teatro y entusiasmaba al auditorio. Pero las mismas gentes que lo aplaudían declaraban que carecía de sentimiento, que era la menor cantidad posible de artista, que lo mismo cantaba el ¡aleluya! que el oficio de difuntos... *et sic de ceteris.*

Julia, en cambio, era una sensitiva, humilde como una

malva, tierna y cariñosa como una niña, y de tal ingenuidad y sencillez, que las miserias de la vida—y las venía sufriendo desde la infancia—, no habían dejado rastro en su espíritu. Tampoco habían llegado a él las regaladas endechas del insigne tenor, antes se tapaba los oídos cuando a través del tabique medianero le sorprendían aquellas notas, demasiado enérgicas para escuchadas de cerca.

Y tampoco le agradaban la presencia y el trato de Ricardo: le parecía hombre áspero, de maneras rudas, de reconcentrado carácter, de repulsiva gordura. No era su tipo, y ella, o no se casaría con nadie, o casaría con hombre de su gusto y, si no topaba con él, seguiría toda su vida tejiendo encajes, que tal era su arte, con aquellas delicadísimas manecitas que Dios le había dado.

—No sea usted bruta—le aconsejaba la patrona, que era mujer de mucho peso—no sea usted tonta y cásese con Ricardo. El la quiere a usted como a las niñas de sus ojos y es hombre bueno y el porvenir ya lo tiene hecho. Lleva muchos años cantando de primer tenor, gana una porrada de duros todas las noches, es económico y ordenado y al cabo de poco tiempo podrá retirarse con una fortuna y hacer a usted feliz.

—No, señora Rita; para mí lo de menos es el dinero —contestaba Julia—, gano con mi trabajo más de lo que necesito, y aunque fuese pobre de pedir, no me uniría a un hombre que, por bueno que sea, y reconozco que Ricardo lo es mucho, no me llene del todo el corazón, ¡ah! y lo tengo muy grande, señora Rita.

—¡Bah! Pataratas, pataratas. ¡El corazón y las entrañas, y mil de a caballo que se lleven todos esos romanticismos de las niñas de hoy en día! Al siguiente de la boda todos son iguales, Julia, todos son maridos y lo que importa es que sean buenos y ganen el pan nuestro de cada día y miren por la familia.

—No podemos entendernos.

—Es usted la que no me entiende, que yo también he sido joven y sé de esas candonguerías y soñaciones que a usted la desvelan. Y ¡ojalá no me hubiera dejado llevar de ellas! ¡Otro gallo me cantara!...

Y así las cosas,—y Julia erre que erre en que nó, y Ricardo bebiendo los vientos por ella, y la señora Rita sin lograr que sus buenos propósitos llegasen a pájaros nuevos—, ocurrió un caso que, aun cuando vulgar, enredó la madeja de aquella acción que lentamente iba saliendo del ovillo de la vida. Fué ello, que Julia dió en enfermar de la vista; aquellos hermosos ojos negros que cantaba el tenor, fueron perdiendo su prodigioso brillar, cansados del fatigoso y prolijo trabajo de los encajes. Julia dió en marrar con frecuencia, y su artística labor cada día era más lenta y menos perfecta. El comerciante a quien surtía, puso primero reparos, luego vinieron las quejas por la lentitud de las entregas y, por último, y después de rechazar algunas, el paro inevitable y forzoso. La joven, tan delicada de cuerpo como robusta de alma, no desmayó un momento en sus energías: cuando se convenció de su desgracia, puso todo su esfuerzo en la curación de la dolencia y no dió la menor señal de queja ni de desesperación cuando se percató de que era incurable.

Ricardo, que adoraba aquellos ojos cuando fulguraban en ellos todos los encantos del espíritu, los amó mucho más cuando faltos de luz, inmóviles sus pupilas, inciertas y distraídas sus miradas, vagaban por el espacio como buscando un ideal.

Aquella cieguecita de cuerpo enmagrecido, de vagarosa silueta, que, con las sainadas manos y los afilados dedos extendidos hacia adelante en guisa de defensa, caminaba por los pasillos de la casa, le parecía la representación sentimental de un arte excelso, algo que

él necesitaba hacer suyo para complemento de las aptitudes nativas, algo que le faltaba para ser un sublime artista.

—¿Quiere usted que la guíe?—le decía—, yo seré su lazarillo; su lazarillo enamorado y rendido; yo le daré a usted noticia de lo que no ve, con tan minucioso cuidado, que llegará usted a creer que lo está usted viendo.

—Gracias, Ricardo—contestaba ella con una ternura y unas lágrimas en la voz que partían el alma—gracias, mil gracias. Dios bendito, que me quitó la vista, me ha dado facilidades para el oficio de ciega y voy haciendo en él grandes progresos. Sólo me falta una cosa para ser una ciega perfecta.

—¿Cuál? ¿El lazarillo?

—No. Aprender a cantar. Nunca gocé de esa habilidad, aun siendo propia del oficio que tuve. Allá en mi pueblo, un pueblecito colgado de los arribes del Duero sobre una pintoresca *code,* las encajeras reunidas en talleres y seranos, cantan a coro, sentadas de rodillas para distraerse del penoso trabajo. Y yo, que nunca pude cantar, siento ahora unas ansias...

—Si yo me atreviera... le diría a usted... que yo sería su maestro.

—Lo agradezco mucho, Ricardo; pero yo he sido siempre una paloma torcaz y mi canto no se avendría a la medida y al ritmo de la música ciudadana.

—Eso es lo que yo más anhelo, Julia. Oir a usted esos cantos agrestes, pero llenos de sentimiento, y, más que enseñar a usted, aprender en ellos lo que todos dicen que falta a mi voz: esos acentos de pasión y esos dulces matices que nunca llegué a lograr, pero que adivino cerca de usted.

—Si esta pobre ciega sirviera a usted de algo, yo me atrevería a cantar delante de usted, aunque mi canto fuese tan selvático como el gorjear de las alondras gar-

banceras; pero no sé si acertaré; nunca he cantado más que en mis adentros.

—Será una delicia para mí.

La cieguecita puso su mano en la de Ricardo, y guiada por él, se acercó al piano.

—Vamos a realizar una primera tentativa; yo trataré primero de imitar sus canciones y luego usted cantará una romanza de las mías—dijo Ricardo.

Julia comenzó a entonar, con voz medrosa al comienzo, llena y sonora al final, una alborada ribereña.

Levántate, primorosa,
Levántate, resalada,
Levántate, niña hermosa,
Que ya viene la mañana.
¡Levántate!

El tenor quedó atónito: aquella copla popular, semejante a otras muchas que él escuchó antes con indiferencia, le pareció, oída a Julia, tan llena de poesía, tan rica de ternura y de matices, que se sintió transportado a la esfera de un arte superior y desconocido.

Intentó él cantarla y se le anudó la garganta, dando a su voz llena y poderosa, un timbre suave, y poniendo en ella una misteriosa cadencia y una dulce veladura de que antes carecía.

—Esa es otra voz, Ricardo—dijo Julia con acento de grata sorpresa—esa voz no es la de las trovas pasadas; tiene ahora un no sé qué, un tierno encanto, una celeste sonoridad, una delicada vibración... que me han llegado al alma, despertando en ella añoranzas de mi tierra y de mi infancia.

—¡Oh, Julia!—dijo el tenor con frase sinceramente apasionada—. Mi aspiración de artista alcanzó, al fin, su ideal si he llegado a conmover el fondo de tu espíritu. Ese era el anhelo de mi amor y me siento feliz al verlo

realizado. Lo que no pude leer en la hermosura de tus ojos, cuando eran vivos y refulgentes, lo ha declarado ese sencillo cántico, revelándome que tu corazón, invencible al artificio de mis endechas teatrales, abrió sus puertas al arte verdadero.

—Así es la verdad, Ricardo—balbuceó Julia enternecida—, al fin diste con la llave de mi arcano. Tuya es esta pobre cieguecita.

IDILIO MONTUNO

—

Idilio montuno

—

ARREBUJADA EN SU SAYAGUESA, JOSEFA LA CEVILA, QUE había ido a pasar la tarde en el pueblo, regresaba ya anochecido a la alquería sin esperar a sus collazos, que se habían quedado echando el último baile en la plaza.

En los andares de la muchacha se dejaba ver algún sobresalto; a veces avanzaba rápidamente, como si la persiguieran; otras, se paraba, como para escuchar, y cuando saltaba de unas a otras las pasaderas de la ribera, parecía como si estuviese electrizada.

Al fin llegó al monte y avanzó por entre las primeras encinas, recelando de las sombras que la luna naciente iba dibujando en el suelo.

Y el recelo era justificado, porque de una de aquellas sombras, tomando carne mortal, se destacó Manuel Antonio, el hijo de los ricos amos de la cercana alquería, sonando los botones de su chaqueta y los correajes de sus botas sevillanas.

—¿Dónde vas, morena?

—A la mi obligación—contestó la chica, apresurando al paso.

—Como sea a la de quererme, galana, no vas mal dirigía.

—Eres tú mucho amo, Manuel Antonio, para tan poca presona.

—¡Mucho amo! Pero aquí ¿quién es el amo, tú o yo, Josefa? Porque lo de que yo soy el amo son decires de las gentes, y la pura verdad es que desde los Mártires pa cá el ama eres tú...

—Déjame en paz.

—En paz te dejo, y yo ¡cómo queo!

—Muchos posibles tienes y no te faltará distraición.

—¡Distraición!—dijo contristado el mozo—. ¡Distraición! Si tú vieses lo que me pasa, no lo dirías. Ayer mañana fuimos a retajar unas vacas; juntas con los becerros estaban rodeás en la solana del Campanario; el sol mesmamente que se quebraba como en un espejo sobre los lomos de las madres, que no las hay más lucías en tó el campo; los hijos triscaban por entre los carrascos o daban topetazos contra las ubres de las vacas. Cosa mejor no la he visto en mi vía, y esta vez no me ha quitao el hastío, Josefa, y bien sabes tú por qué...

—No me apures, Manuel Antonio. Demasiado sufro yo.

—¿Y por qué sufres? Porque quieres; porque no me tienes querer; porque tó eso de que mis padres no quedrían son pretextos...

—¡Pretextos!...—dijo la moza suspirando.

—Pretextos, sí. ¿No basta que Manuel Antonio te lo diga? ¿No es naide Manuel Antonio?

—Pa mí mucho eres; más que debieras—dijo Josefa con una ternura no superada por mujer alguna real o fingida.

—Prenda, ya era hora de que palrases algo güeno—contestó él, lleno de pasión.

La moza se dejó estrechar la mano, y así continuaron lentamente su camino, unas veces alumbrados por la luna, otras ocultos por entre las sombrías encinas. Y no hablaron más, porque del fondo de aquellas soledades se levantó un himno misterioso de amor que, vibrando levemente en las hojas de los árboles y a lo largo de los surcos, en el lejano horizonte teñido por los arreboles crepusculares y en los oteros y majadas de los pastores, sumió aquellas dos almas en un inefable deliquio, cien veces más dulce y consolador que las más regaladas palabras...

—

El centenario de Aldeamojada

—

UN ILUSTRE CARDENAL, PAISANO NUESTRO, ES A SABER: UN salmantino hasta las cachas y un si es no es socarrón, como buen aldeano, giraba la visita pastoral en su diócesis, una de las más extensas y pobladas de España. Aquella sagrada inspección, siempre provechosa a los santos fines de tan elevado ministerio, no lo era menos en otros respectos porque, nuestro Cardenal, penetrado a fuer de hombre observador y cultísimo, tanto de su elevada misión religiosa, como de sus deberes sociales, todo lo escudriñaba y esclarecía, logrando por tal manera y mediante prolijos apuntes, una idea casi exacta del país, del paisaje, del paisanaje y de las relaciones, necesidades, virtudes y defectos de tan variados elementos; *uno verbo:* de todo lo bueno, lo mediano y lo malo que vejetaba en el poblado territorio de su jurisdicción archiepiscopal.

Y así era que, apenas llegaba a un lugar, por humilde que fuese, después de las ceremonias de rúbrica, lo corría de punta a punta, interrogando a los que le acompañaban sobre todo cuanto le sugería su cultivada experiencia y, cuando se le iban agotando las facultades inquisitivas, era de rigor que hiciera esta o parecida pregunta:

—Vamos a ver, señor cura, señor alcalde, señor médico, etc., etc.—según el personaje o *presonaje* a quien se dirigía. ¿Cuál es la cosa notable que hay en este pueblo?

La interrogación hecha así, a quemarropa, dejaba siempre perplejos y muchas veces atónitos a los interrogados, los cuales, después de rodear pupila en órbita y dar un vuelco a sus recuerdos, solían contestar:

—Aquí, Eminentísimo señor, no hay nada notable.

—¡Eso no puede ser!—replicaba enérgicamente el purpurado—, eso es de todo punto imposible. No hay lugar del mundo, por humilde y reducido que él sea, donde no exista alguna cosa nueva, distinta, saliente, mejor o peor que en los demás.

Nueva pesquisa interior del auditorio, nueva interrogación en voz baja y, la mayor parte de las veces, nueva y humilde negativa.

—Nada hallamos, Eminentísimo señor.

—¡Nada hallan—prorrumpía el sabio pontífice en tono angustiado—, nada hallan, y dicen que viven en el mundo! ¡Nada hallan sobresaliente o típico en este pequeño espacio de tierra que ha sido la morada de toda su vida! Y, si nada encuentran, mirando hacia afuera, de qué gloriarse y envanecerse, sea por gracia de Dios o arte del hombre, ¿cómo será posible que, mirando hacia adentro, sepan encontrar esa interior luciérnaga de la virtud preciada, para saberla cultivar y engrandecer? ¡Nada hallan!, tal es la usual respuesta de estas gentes, y he tenido que descubrirles el pino albar más alto de la región que está en Cabuérniga, y el más ingente peñasco que se eleva en Rinconete, y las higueras de fruto más dulce y temprano que son las de Higueruela y... ¿pero qué miro? ¿No es aquello un hermoso dolmen?

—No, Eminentísimo Señor—se atrevió a indicar tímidamente el párroco—, eso es una piedra grande apoyada, casualmente, en otra más pequeña a que llaman en estos contornos, con cierta irreverencia, «el cenador del señor Cura».

—¡El cenador del señor Cura, el cenador del señor Cura! ¡Válganos Dios y la santa ignorancia, que a duras penas saldamos con las santas virtudes del clero de esta bendita diócesis! Y ¿no sabe vuestra reverencia, que ese cenador o cenáculo o merendero del señor Cura

fué en otros tiempos, ya remotos, ara y altar donde los primitivos sacerdotes elevaban a Dios sacrificios y plegarias?

Y como ésta, desde una hasta ciento. Lo cual no es parte para que en tal o cual sitio se le contestase a derechas mostrándole, efectivamente, alguna particularidad notable y digna de tomarse en cuenta.

Así andando, andando, a través de su principado espiritual, llegó el insigne prelado a un lugarito tan diminuto y recogido en una oculta vagüera, que apenas se le distinguía entre la abundancia del verde follaje que rodeaba su caserío.

Salióle a recibir el párroco con el reducido vecindario, hizo su acostumbrada inspección y, al terminarla, soltó su pregunta consabida:

—¿Cuál es la cosa notable que hay en este pueblo, señor Cura?

Echó el buen pastor una mansa mirada a su reducido hato de ovejas, contestaron éstas con un tenue balido de sorpresa y, aquél, interpretando el común sentir, contestó con la más absoluta convicción:

—Aquí... nada, nada. Vea Vuestra Eminencia lo pequeño de la feligresía. ¿Como no sea eso? ¡Como no sea el que es la menor de la gran diócesis encomendada a vuestro paternal cuidado!

—Si lo fuera, con eso bastaría; pero no lo es. Y, no siéndolo, alguna otra cosa habrá digna de notarse. Nueva mirada al rebaño y, esta vez, ante la enérgica insistencia de la pregunta, verdadero estupor de todos. El párroco bordeaba su sombrero afelpado entre índice y pulgar, el alcalde se rascaba las greñas, el juez municipal se mordía las uñas, el maestro fruncía el entrecejo, hundiéndose en el mar de sus recuerdos, y el médico, un intelectual, recién salido de las aulas, se devanaba los sesos.

—¡Tiene que haber algo y no me voy de aquí sin verlo!—añadió el Cardenal, con ademán resuelto.—Si vosotros no sabéis buscarlo yo lo encontraré y pasaréis por el bochorno de que sea uno de fuera quien os descubra el cangrejo azul de Aldeamojada.

—¡Ah!—gritó el cura; mas tapóse luego la boca como si fuese a proferir una blasfemia—pero nó, nó, no tiene nada de particular.

—¿Qué es ello—exclamó el prelado en tono imperativo,—pronto, pronto, qué es ello?

—Nada, Eminentísimo señor, nada, una ocurrencia vulgar, como mía. Rebuscando en la memoria, por servir al deseo de Vuestra Eminencia, me acordé de que hay, en este lugar un hombre de más de cien años.

—¡Anchas y gordas y acabáramos!—dijo el Cardenal, con el mismo entusiasmo que si acabara de descubrir la India.—¡Y le parece a Vuestra Merced cosa vulgar un hombre centenario! Pues, ¿cómo las gastan los de este afortunado lugar que el roer los zancajos a Matusalén les parece puchero de todos los días? Venga, venga pronto ese buen viejo y coma a mi mesa y siéntese a mi diestra, que la sombra de una experiencia secular siempre sirve de grata enseñanza.

Y mi dicho con mi hecho; pues, muy luego de esto, el tío Alejo, patriarca del lugar, limpio, avellanado, enjuto, sarmentoso, coronado de las blancas guedejas, partía el pan con sus manos temblonas, de la misma hogaza que su ínclito prelado.

Hurgóle a este último, como hombre escrutador y de vivo ingenio, el deseo de averiguar el por qué, aquel hombrecillo, había alcanzado edad tan dilatada. El misterio de la longevidad ha sido siempre el gusanillo de los sabios, y el Cardenal sabía muy bien que no había ninguno que hubiese dado con la llave del arcano.

—Usted, ¿come mucho, abuelo?—Preguntó a su comensal.

—¡Phs! Rigular... Ya lo vé, señor, contestó pausadamente.

—Y ¿beber?... Poco, ¿verdad?

—¿Lo qué?... ¿Vino? Tóo el que me den. El agua cría ranas; pero no lo dejo subir a predicar—respondió sin inmutarse.

—¿No habrá usted trabajado con exceso?

—Toa la vida agarrao u a la mancera u al arau. Tadía cabo el mi huerto y cuela de tres cilimines.

—¿Penas, contrariedades de familia, desgracias, habrá usted tenido pocas?

—De tóo ha habío en la viña del Señor. Se me murió la primer mujer, que era de lo güeno. Casé aluego tres veces, tuve trenta y dos hijos de cuatro madres destintas; unos se me murieron, otros viven, los unos son güenos, los otros de lo mediano, y, con tanta casta de creaturas y los nietos y bisnietos, que son ya nube, algo ha tenío uno que sofrir.

El prelado comenzó a inquietarse y, viendo que no daba con la clave del misterio, volvióse a la siniestra mano, donde el joven médico del pueblo, avispado, despierto y atento al interrogatorio, sonreía con aires de profesional.

—No doy con la causa, señor médico, díjole el Cardenal.

—No es extraño, señor mío. Aun descontando la aguda penetración y la extensa y variada cultura de Vuestra Eminencia... se trata de cosa puramente técnica y que no puede alcanzarse sin dilatados estudios de la especialidad.

El Cardenal hizo un mohín entre socarrón y contrariado, y el médico continuó:

—Nosotros duramos tanto como duran nuestras arterias, dice Metchnikoff y, el doctor Arnold de Carlsbad, gran especialista en la materia—añadió con la tranquilidad de quien lo tiene bien digerido—, asegura que los fenómenos vitales y su duración dependen de tres glándulas fundamentales: la tiroidea o almendrilla, el hígado y el riñón. ¡Vida intensa, señor Cardenal, es vida breve! y...

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! ¡bah!—interrumpió el arzobispo en tono irónico—eso lo leí yo ayer en una revista enciclopédica. Lo que yo necesito saber no son leyes generales, más o menos abstractas, sino la ley del caso presente que usted, en el tiempo que lleva aquí ha debido procurar descubrir. Más claro, ilustre galeno, ¿por qué ha vivido ciento cuatro años el tío Alejo?

—Porque Dios lo ha querido ansina—dijo el anciano interviniendo.

—Dios no quiere las cosas a tontas y a locas como sus nietos de usted, tío Alejo.

—Pus las quedrá a cencia y concencia.

—Eso está muy bien parlâo; pero yo necesito saber, a ciencia y conciencia, por qué ha vivido usted más tiempo que otros mortales.

Y dicho esto y levantados los mantales, el Cardenal, sin preocuparse de la caminata que le restaba aún que hacer en aquella tarde, se cogió familiarmente de un brazo al tío Alejo y, paso a paso, llegaron, sin gran fatiga, a un altozano desde el cual se divisaba, a la terminación de la vagüera, un frondoso valle surcado por un arroyuelo que, desde la cumbre airosa descendía saltando por intrincados canchales.

Sentáronse en una peña, y aquella sedante perspectiva les mantuvo absortos algún tiempo, al cabo del cual, el prelado, con acento de gran sorpresa, exclamó:

—¡Tío Alejo! ¡Tío Alejo!

—¿Qué manda el señor Arzobispo?—respondió el viejo en forma sosegada.

—¡Qué cosa más asombrosa! ¡Si lo está uno viendo y no lo cree!

—¿Cuala? Señor.

—¿Pero hombre de Dios, no ve usted cómo ese arroyo, en lugar de descender al llano, como es ley de las aguas, asciende a saltos hacia la cumbre?

—Vuestra Eminencia está desajenado y no ve bien—observó tranquilamente el anciano—, no sube sino baja como tóos los de su casta.

—¡Digo a usted que sube!—gritó, irritado, el Cardenal.

—Digo que baja—insistió, reposado, el buen hombre.

—¡Digo que sube y sube, y no tolero que un viejo chocho como usted me niegue lo que estoy viendo!

—Sea, sea lo que Vuestra Eminencia quiera—dijo el centenario en tono de concordia—por eso no hemos de armar pendencia. Después de tóo, señor Cardenal, ¿qué más da, ni qué vamos ganando ni perdiendo con que el agua suba o baje por el cauce?

—¡Al fin! ¡Al fin!—exclamó el ilustre arzobispo, iluminado el rostro por una gran alegría.—¡Al fin he descubierto tu secreto!

Y, abrazando cariñosamente al anciano y dándole ósculo de paz en ambas mejillas, se despidió de aquel lugarito oculto entre la verdura de la fresca vagüera.

MARÍA ROSA LA DE ALDEAGOMEZ

—

María Rosa la de Aldeagómez

—

SERVANDO EL DE ALDEAGÓMEZ, TOMANDO DEL CABESTRO su alazana, empuñando un viejo lanzón que en el sobrado de su casa había, salió cuesta arriba camino de un cotorrillo cubierto de jara que se elevaba en la misma linde de la dehesa. Era aquel lugar punto de cita donde algunos de los bravos de D. Julián, naturales de la comarca, se juntaban para continuar sus correrías después de algunos días de descanso.

Iba ya llegando a la cumbre cuando una voz estentórea le gritó:

—¿Quién vive?

—¡Quién ha de ser—contestó Servando—, yo!

—U dices quién eres, u te escerrajo un tiro.

—¡Servando! ¡coino! ¿No me berruntas?

—¿Y a qué santo vienes?—dijo el centinela acercándosele.

—A santo de hacer la guerra como vusotros a esos maldecíos gabachos que ayer me estrozaron la besana d'arriba.

—¿Traes caballo?

—Véloilo.

—¿Y armas?

—Vélailas.

—Entra p'acá.

Servando ató su jaca a un árbol, arrimó a él la lanza, y siguiendo al áspero vigía, llegó a una rasa meseta, donde se regodeaban hasta una docena de atezados vaqueros en derredor de una caldereta.

—¡Uno nuevo, compañeros!—gritó el primero. Servando dió las buenas noches, y, como todos eran conocidos, entabló plática con ellos.

—Daile una cuchar—dijo el que parecía jefe de todos

—La traigo en el morral—contestó el recién llegado y diciendo y haciendo, metió mano y sacó una cachicuerna muy historiada a guisa de rústico estuche, del cual salían cuchara, tenedor y mondadientes.

Terminada la cena, el que parecía capitán díjoles en tono misterioso:

—Hay que dir esta noche, vadeando el Agueda, por embajo del molino de Pacho, a dar al rodeo de la Campanera. Allí nos espera el amo Julián con toa la gente. El camino está vegilao por destacamentos franceses y tenemos que desepararnos si queremos llegar con bien.

—Tú, Nicasio, por la vagüera del Bozo.

Nicasio requirió sus armas y emprendió el camino cuesta abajo.

—Tú, Lorenzo, por el Sierro de la Bruja.—Igual obediencia de Lorenzo.

—Tanasio, tú por las callejas de San Guinaldo.

Cuando no quedaba más que Servando, le dijo con ronco acento y hosco ademán:

—Tú eres novicio y hay que probarte.

—A prueba, los melones—contestó el interpelado.

—Y los hombres cuando no se han visto en estas andulancias, que no son cosas de broma. ¡Cruro! Hay que ver si los tienes bien puestos.

—¿Los qué?

—Los calzones, ¡recontra! Y basta de reparos. Tú, sin amontarte y haciendo poca huella, te vas camino de las casas de Albergaño. La querencia no te dejará perder, porque allí tienes la novia.

—¡Conto!, si es burlesca, dilo, que no he viníO yo a cortejar a naide.

—Calla y camina. Por casa de tu novia ha de pasar un destacamento de dragones; tú acechas. Si paran

allí, que los osequien bien; sobre todo mucho vino... y avisa, que ya sabes dónde estamos.

Servando, requiriendo su arma, se disponía a marchar.

—¿No traes más que ese varal de morcillas?—díjole el jefe en tono socarrón, mirando a la lanza.

—Truje lo que tenía.

—Pus toma una añaidura.

Y le dió un par de pistoletes de chispa cargados hasta la boca, un cuchillo de monte y dos cuernos de pólvora y postas.

Servando, adornado con las vistosas fornituras de que pendía el nuevo armamento, pero sin soltar su lanza, echó cerro abajo más contento que chico con zapatos nuevos.

II

Al llegar a la casa de Albergaño, donde habitaba su novia, hizo con los nudillos la señal convenida en la ventana, y María Rosa, enterada de lo que le traía, llamó a sus padres y abrióle la puerta.

Cuando se fraguaba en la cocina el plan de la asechanza, sintieron en el ejido cercano el pavoroso trotar de los caballos franceses.

—Ahí están ¡coino!—dijo el padre.

Servando, con el chico menor de la casa, ocultóse en un pajar cercano a la cocina, desde donde podía vigilarla; el padre cerró el portón, y María Rosa y su madre fingieron trajinar en la cocina.

Tres golpes secos sonaron en la puerta. Abrióla el tío Juan—que así se llamaba el dueño de la casa—, y levantando el farol a la altura de la cabeza, preguntó con acento humilde:

—¿Quién llama?

—¡Posada!—dijo el que mandaba el destamento con

acento gabacho.—¿Haber posada? ¿Comida hombres? ¿Sibada cabalos?

—Hay de todo.

—¿Mosas guapas haber osí?

El tío Juan torció el morro y rumiando maldiciones les guió hasta el boil, donde dejaron los caballos.

Fuéronse luego a la cocina, y sin separarse de sus armas, comenzaron la gresca o francachela.

—Hablan más en gabacho que en castellano chapurreado, pero siempre en bellaco estos endinos—decía la dueña de la casa; pero mujer al fin, en medio de su indignación, no le supo del todo mal el que los piropos no fueran sólo para su hija.

—¡Oh!, mon dié!—decía el sargento—, la hija mosa guapa, la mamá bona, ancor bona...

La abundante cena y el superabundante zumo de la vid alegraron a aquellas gentes más de la cuenta y, cuidando menos de sus armas, se dieron a toda clase de desenfrenos.

Las mujeres resistieron pacientes al principio; pero, cuando ya pasaron de raya los gabachos, defendíanse de ellos a arañazos y puñadas, y el tío Juan más de una vez se metió de por medio con intenciones poco santas; pero el sargento, menos bebido que los otros, intervenía entre ellos y ponía paz.

Servando, comprendiendo que era necesaria su presencia y no menos necesario dar aviso a los de Don Julián, hizo salir por el bocín del pajar al hermano de su novia, dándole señas precisas del lugar donde había de encontrarlos y, conteniendo su ira y esperando a los suyos, resistía a duras penas en el escondrijo.

Las cosas, por de pronto, no pasaron a mayores. El sargento, imponiéndose a la tropa, logró llevarla a un cobertizo, donde aquellos hombres, rendidos por el cansancio y la bebida, se entregaron confiados al sueño. El

tornó a la cocina, encendió su pipa y, mientras el tío Juan y su mujer apiensaban el ganado, entró en conversación con la moza. Esta contestaba a sus requiebros dándole la espalda y aparentando indiferencia. Y, aunque otra le quedaba, seguía sus faenas yendo con aire solícito de uno a otro lado, ora al hogar, ora a la espetera, ya atizando la lumbre, ya colgando el candil; pero el gabacho, que espiaba ocasión propicia, fuése derecho al bulto, y, pasando del requerimiento oral a la acción, se le acercó con los ojos encendidos por la pasión y los brazos abiertos.

María Rosa resistióle como pudo, y, aunque quiso, por temor a su novio, no pudo reprimir un grito ahogado. No necesitaba Servando del aviso; que, con la mosca a la oreja, espiaba por la gatera los movimientos del sargento; y, abriendo con estrépito la puerta, y acariciando sus armas, sin saber cuál elegir, se puso de un salto cerca de la pareja.

—¡O tú o yo!—gritó enfurecido.

El francés quiso echar mano a la bayoneta. Sujetolo María Rosa, y Servando le apuntaba a bocajarro; pero ella, más serena, le dijo con voz entrecortada:

—¡No descargues! ¡oirán los otros!

Y el charro, dándose cuenta de la importancia del caso, le hundió su cuchillo en el pecho.

Cayó el francés desplomado, y los novios, estupefactos, mirándose uno a otro, contemplaron con horror su obra.

El herido, en los últimos estertores de la agonía, clavó los ojos suplicantes en María Rosa, pronunciando algunas palabras. Ella, recobrando sus energías, dijo a Servando:

—Paece que pide confesión. Y, arrodillándose cerca del moribundo, le santiguó con su mano, y le rezó lenta-

mente al oído el *yo pecador,* mientras él cerraba los ojos dando los últimos suspiros.

Servando, aterrado, sentóse en un rincón, ocultando la cara entre sus manos, hasta que su novia sacóle de su estupor diciéndole:

—Ayúdame priesto. Hay que entierrarle en el pajar, y fregar el piso. Si ven las huellas, estamos perdíos.

Cuando se disponían a realizar la segunda parte de la tremenda aventura, gritos de rabia, descargas cerradas, y todo el aparato de una lucha encarnizada, les llevó al cobertizo donde los franceses habían sido sorprendidos y deshechos por los lanceros de D. Julián.

Este, cuando se enteró de lo ocurrido antes de su llegada, dijo a María Rosa:

—Muchacha, si fueras hombre te daría la mejor lanza; pero siendo, como eres, una moza garrida, te doy a Servando, que será lo que mejor quieres de mi banda. Y te lo doy, licenciado a las pocas horas de haber entrado a mi servicio, para que te guarde y te defienda, y no piense más que en tí, si son gustosos tus padres.

Asintieron éstos, y, en el mismo lugar en que poco antes humeaba la sangre enemiga, se celebró una comida, que, salvas las indispensables bendiciones entre gente cristiana, bien pudiéramos llamar banquete nupcial, o, para hablar en castellano, comida de bodas.

Y aquella María Rosa, la de Albergaño, tan guapa a la sazón y ¡cuánto ha! comida de gusanos, fué madre de la tía Ludivina, la de Carrascosa, que está haciendo adobes hace cincuenta años; y la tía Ludivina, la de Carrascosa, fué madre de la señá Javiera, la de Valderrugada, la cual, *plus minusve,* me dió noticia menuda del anterior episodio, una noche de invierno, al amor de la lumbre.

LA CASTELLANA DE ALTUERO

—

La castellana de Altuero

—

A MEDIDA QUE NOS ACERCÁBAMOS AL CASTILLO, EL PANOrama se iba ensanchando hasta transformarse en una vega extensísima, salpicada de verdura y serpeada a todo lo largo por un riachuelo. El cual, émulo de los grandes caudales, ora imitaba, despeñándose de lo alto, las cataratas del Niágara; ya se desbordaba luego mansamente, como el Nilo, cubriendo la hondonada feraz de la ribera; ya formaba su delta, como un río formal, al desembocar en una grande y cercana laguna.

Era aquél un espectáculo sedante. Y, si la palabra pareciese rebuscada y nueva, diría que apacible, y de una severidad y una calma que podrán lograrse en muchas partes; pero que yo sólo gozo en estos campos salmantinos, en que los grandes encinares parecen un valladar y una defensa contra el estrépito urbano.

Del castillo queda lo bastante para que llene en la perspectiva el lugar que de derecho la corresponde: la alta torre del homenaje, los abultados cubos de las esquinas, la gran barbacana almenada, y la airosa puerta central, coronada de enorme dintel, en el cual campean las armas señoriales. Todo ello surgiendo de un enorme espinazo de tierra amarillenta, cubierta a trozos de espeso monte de encina.

El tío Lucas, que cabalgaba a mi vera, dijo, al verme suspenso y admirado:

—Aquellos moros del diantre, las cosas que se hicían!

—¿Y fueron moros?

—A la juerza; u moros u romanos, porque eso no está pa uñas de gente cristiana.

—¿Y usted habita en la planta baja?

—Una miaja a mano erecha, sigún s'entra, y me sobra mucha casa.

—¿Pero vive usted solo?

—No, con la mi hija, la Gertrudis, la que estuvo criando en cá del señorito Otavio. La probe, se embaió por la ciuá más de lo consiguiente, y no se hace ya a esta vía tan soledaria. Yo la tengo dicho que se güelva allá; pero ella comprende que yo soy ya viejo, y no quiere desapararse de mí mientras no cierre el ojo. Tendrá mucho aquel en ver a usted, y ¡ya verá usted qué mano pa guisar la probeza que podemos ofrecerle!

En estas y otras, llegamos al castillo, ya más que atardecido. A la puerta nos esperaba Gertrudis, una moza (salva sea la excepción) opulenta y graciosa, limpia y atusada con aquel refinamiento y extremo que son más que frecuentes en la tierra.

—Bájese pronto, D. Arturo, que traerá mucho frío,—dijo, echando mano a mi caballo.—¿Y mis señoritos, cómo quedan?—añadió, cargando con mi capote y la caja del taquímetro, y echando a andar delante de mí hacia la cocina.

Era ésta una de las más hermosas estancias del castillo y la única verdaderamente habitada del mismo; pues, como el monte daba leña de sobra, era posible abastecer aquel inmenso hogar, donde ardían encinas ochentonas y mellones enteros de leña menuda. Y gente tampoco faltaba, entre guardas y ganaderos, que cocían allí su puchera. Con lo cual, es a saber: la abundancia de lumbre y la de gente que gozase de su calor, tenía la cocina todo cuanto le hacía falta para no quedar desairada en su elevado ministerio.

—Vaya una fogata!—dije yo, sentándome en uno de los dos escaños que flanqueaban el hogar.

—Pero se va usted a tostar,—dijo Gertudis, mientras,

arrodillada, me desceñía espuelas y polainas.—Le haré a usted un buen sombrajo para que no güelva a Salamanca hecho un chovito.

Y, diciendo y haciendo, colgó del alambre, que rodea por el interior toda chimenea digna de tal nombre, un berrendo serrano, cuya burda urdimbre mitigaba el excesivo calor de aquella lumbrarada.

—Y, ahora, vamos con la cena. Mal trato va usted a llevar con lo que usted acostumbra.

—¿A ver, qué va a ser ello?

—Pus poquita cosa: sopas de ajo con huevos escalfaos, tenca en escabeche, conejo estofao, queso, vino, y... su miajita de café.

—Pero eso es todo un banquete. ¡Y guisado por esas manos!

—Ya van perdiendo el tino, Don Arturo.

En éstas y otras, terminada la deliciosa refección (que lo fué por todo extremo), fumé un cigarro de espaldas al hogar. Y, apurando la colilla, salí camino de mi cuarto en pos de Gertrudis, quien, con el candil en una mano y el gran calentador de azófar en la otra, me guió por aquel laberinto de fríos corredores.

Ocupaba mi cuarto el hueco de uno de los torreones; las ventanas eran saeteras, rasgadas en las espesas murallas; y el techo, más bien bajo que alto, una media naranja, de cuyo centro pendía gruesa cadena, cuyos ennegrecidos eslabones tenían algo de siniestros.

Colgó de ella Gertrudis el candil; y, mientras calentaba la amplia cama y yo abría mi maleta y ordenaba los aparatos topográficos, entablamos el siguiente diálogo:

—Este cuarto está muy confortable.

—Tiene el güen tempero porque está al meodía; pero, a más, he tenío aquí lumbre bien pasá. Mire usted.

Y me señalaba hasta tres o cuatro tejas y lebrillos repletos de brasas, y repartidos por la estancia.

—Lo agradezco, porque soy friolero—dije yo correspondiendo a la atención—; lo que no me agrada tanto es eso de calentar la cama; debe ser cosa mala.

—Pa las sábanas mucho—contestó ella graciosamente—, pa las personas mu güeno. Así no se quedará usted engañío, que este climen no es el de la ciuá.

Terminada la calefacción, me dijo desde la puerta:

—Hasta mañana. Luego vendré por el candil, cuando se haya dormío. ¡Ah!—dijo volviendo, apenas había salido,—se me olvida preguntar a usted por el desayuno.

—Lo que tú quieras. Hecho por tí será siempre exquisito.

—Pus que me dé Dios güen acierto, señorito, y hasta mañana si Dius quié.

Razón tenía Gertrudis; aquellas sábanas de lienzo casero, sahumadas y calientes, eran cosa deliciosísima. Yo me extendí entre ellas de largo a largo, y, bien arropado, paré, inmóvil y rígido como estatua yacente, dejándome invadir por ese grato sopor que precede al sueño.

Aún no me había rendido a él por entero, cuando sentí abrir la puerta, y ví entrar por ella a Gertrudis, descalza y de puntillas. Descolgó el candil, echó una rápida ojeada a la habitación, y salió con iguales precauciones.

Yo soñé aquella noche con un castillo encantado, con una hermosa castellana transformada en sencilla montaraza, y un ilustre ingeniero que, al cabo de los años mil, venía a desencantarla y a permanecer allí para siempre, cabe de ella, en tiernas pláticas de amor.

Desperté, y el sueño, antes que borrarse del magín, persistió en él. Y aún tomó cuerpo de realidad, cuando, a la luz de la ventana, por la cual se entró de rondón el sol mañanero de nuestros campos, ví a Gertrudis, con aquella cara redonda y fresca, encerrada en el marco de una cabellera, negra y lustrosa como el plumaje de un cuervo; con aquella garganta, rodeada del hilo de oro; y

aquel escote, limitado por el crucero, blanco como la nieve, sobre el cual se destacaba el florido pañuelo; y aquel talle, tanto más airoso cuanto más amplias eran las caderas, y...

—Es la hora, señorito,—dijo ella, interrumpiendo mis pensamientos—¿qué tal se ha dormío?

—Como los propios ángeles.

—Pus a levantarse, porque si escomienza usted a midir por la raya del Cornejal, está güen rato.

Me levanté, y, en mangas de camisa salí a la barbacana del castillo, donde Gertrudis me habia preparado una jofaina de reluciente estaño, un espejo colgado de la pared, y mi estuche de aseo.

En aquella hermosa y soleada espaldera se gozaba una temperatura tibia, que contrastaba con las nieves de la cordillera lejana y con la escarcha que brillaba sobre los árboles cercanos. Chapucéme de lo lindo, recreándome en ver el destellar del sol sobre el fondo de la jofaina; enjuguéme luego con una blanquísima cuanto áspera toalla de lienzo casero, que me sacó los colores al rostro; y luego... a mi escaño, cerca de la lumbre, y a mi desayuno, que preparaba Gertrudis, inclinada sobre el ardiente rescoldo.

Era de ver la clásica cabezuela de ajo navegando en la sartén, entre las borboritantes ampollas de la grasa hirviente, y el chisporrotear de los huevos, y el hincharse del orondo farinato sobre el aceite de la fritanga, y el gemir y trasudar de las magras, y el olor de las patatas guisadas...

Y, rigiendo tan complicado laboratorio, iluminada por la fogata, Gertrudis, con los manteos entre las piernas, la espumadera en la diestra, y el hurganero en la siniestra...

—¡Oh, tú, quien quiera que fueres! ¡Oh tú, nobilísima castellana y señora de este encantado y recóndito asi-

lo; mal ocultas tu alcurnia bajo el disfraz de esta sencilla aldeana, porque, aun en los más humildes menesteres, descubres la alteza de tu origen y condición!

Tal pensaba yo ante aquella hermosa criatura de Dios, y aun a punto estuve de arrodillarme a sus pies; pero, antes de transformarse en acción mi pensamiento, vino ella trayendo entre sus manos un tajo redondo de encina, cubierto de blanco mantel, sobre el cual despaché el suculento almuerzo.

Y... a mi trabajo: el tío Lucas, los peones cargados con miras, jalones y demás instrumentos topográficos, y yo, «caballero» sobre un modesto rucio, salimos camino de la raya del Cornejal, donde comenzarían mis operaciones de campo.

La hermosa castellana, allá, entre dos almenas, me envió un saludo de despedida; y yo, al mirar ante mí aquel grupo de gente, sobre el cual se destacaban las banderolas, me sentí señor feudal caminando a conquistar en tierra de moros.

Engolfado en el trabajo, olvidé mis sueños; y, sin la más leve distracción, ni dar paz a la mano, estuve hasta el mediodía, llegando en la medición a un altozano de la linde, coronado por una hermosa encina. Dirigí allí la visual; y, cuál no sería mi asombro, cuando ví proyectarse la cruz de la retícula, no sobre los números de la mira, sino sobre la hermosa castellana... encaramada sobre un asno con aguaderas. Otra vez tuve pensamiento de arrodillarme; pero me pareció mejor ayudarla a descargar las aguaderas, que trascendían a la apetitosa comida que venía en sus senos.

Gertrudis me sirvió, atendiéndome con las más encantadoras preferencias, y, cuando levantados los manteles, reanudé mis trabajos, mostró curiosidad de conocer el extraño aparato de que yo me servía para la medición de la finca. Expliquéselo, como Dios me dió a entender; y

ella se hizo tan pronto cargo de todo aquello a que alcanzaba su cultura rudimentaria, que la primera vez, que tuve que variar de estación, ella se encargó de nivelar el aparato, haciendo grandes exclamaciones al ver claros y distintos, por el anteojo, los números de la mira.

Crecía en mí la inclinación hacia aquella criatura, bajo cuyo bravío aspecto había una ingenuidad de alma y una bondad verdaderamente admirables.

Ella se dió cuenta del estado de mi espíritu; y, aunque se recataba de corresponder a él más allá de los límites de su nativa afabilidad, bien se dejaba conocer que no le parecía el ingeniero saco de paja; y, aun leyendo más hondo, se descubría cierta secreta contrariedad, cierta lucha intestina entre el deseo de ser querida y el temor de ser pronto olvidada.

Llegó la comunicación de nuestros afectos a un grado verdaderamente inefable, porque, sin hablar de ellos, nos comprendíamos; y, cuando los días de mi estancia tocaban a su término, habíamos ya alcanzado el pleno convencimiento de la pasión recíproca que llenaba por entero nuestras almas.

Al fin llegó el momento de la partida, y nos separamos sin la menor frase de dolor. Yo la estreché la mano, diciéndole por toda despedida:

—Gertrudis, hasta pronto.

—Señorito,—contestó ella, ocultando bajo el mandil la mano, que retiró avergonzada de entre las mías—señorito, hasta nunca. El que se va de aquí no güelve—añadió, haciendo un esfuerzo para mostrarse jovial—. ¡Está esto tan desagenao del mundo!

—Volveré,—reiteré yo, con aires de juramento.

Y, montando a caballo y con el tío Lucas por escudero, emprendí el regreso a mi casa.

La primera hora de camino no abrí la boca, y mi acompañante, viéndome preocupado, no quiso inte-

rrumpir aquel silencio. Después, surgiendo del fondo del alma, vinieron a mis labios estas palabras:

—Señor Lucas, yo quiero a Gertrudis.

—Eso mesmo me dicen de ella—contestó el montaraz con una admirable calma—tóos los que vienen al castillo.

—Es que yo la quiero con buena intención.

—Así tiene que ser, señorito, porque ella no caería en otro engaño.

—¿En otro?—interrumpí yo, indiscretamente.

—Ya sabe usted que Gertrudis estuvo criando en casa del señorito Otavio.

—Es verdad—dije yo, sintiendo que se me desgarraban las entrañas.

—Por eso, y porque no es de la clase de usted, lo mejor que pué usted hacer es no golverse a riscordar de ella dende que vea las torres de la ciuá. Eso mesmo les ha ocurrido a otros.

Bajé la cabeza, y continué un gran rato taciturno. De pronto, el tío Lucas, tocándome en el codo, me sacó del letargo, diciendo:

—Señorito: las torres de la población!

Y así era, pues la gran urbe, con la quebrada silueta de sus hermosos edificios, surgía a nuestros ojos, destacándose en el azul del cielo.

Aquella aparición, después de una larga ausencia, despertó en mi espíritu recuerdos de convivencia, ansias de hogar, cuidados de la vida ciudadana que iban amontonándose en mi cerebro como las nubes se acumulan en los crepúsculos otoñales. Y el lugar de que todas estas remembranzas se apoderaban, lo perdía el recuerdo de aquella adorable Gertrudis, cuya imagen se desvanecía lentamente hasta transformarse en un lejano ensueño.

Atravesamos el río por el vetusto puente romano, y,

al llegar a la entrada de la ciudad, me dijo el tío Lucas:

—Señorito, ya no me necesita usted más; yo me queo esta noche en las ajueras pa salir de madrugá.

—Adiós, tío Lucas, y muchas gracias por sus atenciones.

Apenas nos habíamos separado, el astuto montaraz me detuvo otra vez, diciéndome con tono entre amargo y socarrón:

—¿Y no me dice usted ná pa la mi Gertrudis?

—¡Ah! sí—contesté quemado y corrido—que... que...

El tío Lucas se alejó sin dejarme acabar, señalando con el dedo las torres de la gran ciudad.

BANQUETE HOMÉRICO

—

Banquete homérico

—

COTO Y A BEBER—GRITÓ ENÉRGICAMENTE EL TÍO BLAS, QUE era algo así como el *leader* de aquel cotarro. Y, diciendo y haciendo, plantó en medio del arroz, tostado y vetado de rojos pimientos, un hito de a geme.

—Pus lo que es tú no debieras poner el coto pa beber—observó Venancio el herrero—; más bien lo nesecitas... pa dejar de chupar de la bota, que debes quererla más que a toa tu familia junta, sigún lo que la besas y abrazas.

—Lo que ices, que la mi gente no me da más que esazones, y ésta—dijo abrazando tiernamente el hendido pellejo—me sazona la vida, y gracias a ella no me he tirado cien veces al cahorzo del plao hondo.

—Razón tienes—añadió Ambrosio el de la Pascasia, a quien tocaba la vez—; que esta güena moza es la única hembra que no niega lo suyo.

—De hembras, ni mentarlas;—gruñó el tío Abundio el herbajero—tóo lo malo tiene nombre de mujer: la peste, la tormenta, la tifus, la agua, la vinagre, la... demonios fritos que las lleven a toas, y la primera a la mi tía.

—Malrelóbado te mate, ladrón, y con las bindiciones que nos estás echando, endino!;—gritó con voz chillona la tía Pascasia, que era una de las que servían el gasto—pos si no juese por mí andarías por las cunetas de los caminos cascando liendres, y agora estás tupiéndote de carne y de vino con lo más prencipal del concejo.

—Bien palrao!—contestó el tío Abundio en ademán contrito, y, alargando la bota al vecino, añadió:

—Anda, Pascual, bebe tú a la salud de la mi mujer, que a mí ya no me hace más el cuelpo.

—No nesecita la mi salud de que naide beba por ella,

que es güena, a Dios gracias, con bebío y sin bebío.

El concurso, celebrando el espeltre de la tía Pascasia, se dispuso a oir al tío *Regüeldos,* que era algo así como el pensador que sobresale en todo humano ayuntamiento.

Poseído el hombre de su elevada misión, y, para no beber como los otros, púsose en pie, alzó la bota sobre la cabeza, y dejando caer el vino, hilo a hilo, sobre la frente, y haciéndolo pasar por el lagrimal y las arrugas del belfo, logró, sin perder gota, darle entrada por la comisura izquierda de la boca.

Aquel alarde bufonesco entusiasmó al auditorio, el cual prorrumpió en vivas y aplausos. No de otro modo se apoderan del público urbano esos logreros de las ideas, que, ora con acertijos, ora con otros juegos de ingenio, se meten puertas adentro en el ánimo para robarles la paz, amén de llevarse de camino, si lo hallan, algo más positivo y substancioso.

Terminada la primera parte de su grotesca exhibición, el tío *Regüeldos,* previas dos o tres justificaciones de su mote, entusiasmó a la concurrencia con un brindis del tenor siguiente:

—La mi verdad, sus digo que sois unos inorantes los de este pueblo; porque aquí naide sabe más que yo en juerza de conocencia. Y la verdá naide la podrá niegar; porque es la pura verdá que pasamos la pena negra y sufrimos los imposibles y naide nos remedia.

Y ahí va la verdad en copla, pa que sea mejor ausentida:

Si quieres tener orejas
No pierdas noche de uvejas.

El concurso celebró estrepitosamente la copla.

—Quiero decir que anda mal el reparto de herbajería.

—Pus te has llevao una noche de más, recontra, interrumpió uno de los herbajeros repartidores.

—Pa eso soy el batuta del pueblo—contestó el hombre con la mayor frescura y en tono de suficiencia.

—Tié razón—dijeron los demás en son de protesta.

—Y ahí va la otra—siguió *Regüeldos:*

Al amo que suba renta
Dejar la tierra hace cuenta.

—Pa que aluego las cojas tú más baratas como el año pasao con las mías—dijo uno tímidamente.

—Porque tengo más dacatus que vusotros—dijo chupando, a guisa de entremés, una chuleta de cordero.

—Bien palrao—gritó el coro.

—Y allá va otra:

Al cura límpiale el diente
Y al meico por lo consiguiente.

—¡Güeno va! ¡Asina, asina, por lo claro!—exclamaron los más.

Algunos clericales torcieron el morro, y el sacristán, que era a la vez practicante, cirujano y muñidor de la herbajería, se atrevió a decir entre dientes:

—Eso será por las misas y las vesitas que debes, y, cuando te las quién cobrar, las encalmas a la tu mujer.

—¿Qué rezunga—gritó el orador—ese que es tres cosas y denguna güena?

El ofendido quiso protestar; pero el incidente se desvaneció entre el jolgorio del concurso.

—Y continuó *Regüeldos:*

Cuando vengan eliciones
No votes si no hay doblones.

El entusiasmo llegó entonces al delirio, siendo el sacristán el primero en aplaudir.

¿Maestro y Secretario? pues
Son dos y nos sobras tres.

—¡Bien por tí, galán!—aulló el corro, y como los aludidos, que se hallaban presentes, protestaran del apóstrofe, les tranquilizó *Regüeldos* con un guiño de ojo, como diciéndoles:

—Estái quedos; es pa engañar a estos brutos.

A los cuales dedicó la siguiente bomba final:

Si vas a la población,
Pacencia y mala entención.
Si tiés que ir a la ciuá,
Lleva dinero y maldá.

Los circunstantes celebraron el brindis a mandíbula batiente, pues terminada la ronda, el tío Blas levantó el coto y todos se apresuraron a meter el cuezo en el tostado perolón.

Y así acabó aquel episodio del rústico banquete, en el cual brillaron los Nestores y Ulises de la Herbajería.

—

La moda en Villamenor

—

EL TÍO DANIEL APARECIÓ, COMO TODAS LAS MAÑANAS EN la puerta de su casa, miró con atención al naciente, colocando su mano derecha extendida sobre las cejas a manera de sombrajo, santiguóse con mucha reverencia, y después, empuñando una escobilla que llevaba bajo el sobaco izquierdo, comenzó a barrer la mucha harina que cubría toda su persona.

—Buenos días, tío Daniel, le dije yo desde la puerta frontera.

—Buenos nos los dé Dios, señor amo.

—¿Qué dicen esas nieblas tan agarradas al naciente?

—Pus, que va a llover. Ya lo barrunté yo esta madrugá cuando estaba cirniendo, porque la harina se apelmazaba y los cedazos corrían mal sobre la artesa. Dios quiera que acertemos, que buena falta hace, a ver si acaba esa moda que anda por la ciudad.

Moda, en tierra de charros, singnifica epidemia grande. Con la palabra *andancio* expresan contagios menos graves, como el mal de ojos. El charro sabe lo que son el cólera, la viruela y el tifus, y los llama por su nombre, cuando andan lejos; cuando se acercan, huye de nombrarlos, temeroso de que se le echen encima, y si las circunstancias le obligan a hablar de una epidemia reinante, la llama moda, pronunciando la frase bajito, entre dientes, con la vista en el suelo y el pensamiento en todos los santos de la corte celestial.

La moda de que hablaba el tío Daniel, era el cólera del año 85, que asoló la ciudad y buena parte del campo de Salamanca.

Con gran parsimonia continuó nuestro hombre su limpieza, sacudiendo su cabeza con la escobilla; cubrióse

luego con el gorro morado de punto de media, caló encima la gorrilla cayéndola del lado derecho, y mirándome con aire entre insolente y burlón, me dijo:

—¿Quié usted algo pa la ciuá? Voy a llevar pan reciente a los misinguines de Salamanca.

—Ojo con los misinguines, le contesté bromeando; no sea que le peguen a usted el cólera.

—Con los males pocas bromas, señor amo, más vale no nombrarlos tan siquiera.

Y con igual calma que todos los días, repitiendo mecánicamente lo mismo que había hecho durante cuarenta años que llevaba siendo panadero, sacó su jaco del ramal, ató éste a una argolla cerca de la puerta, limpió cuidadosamente aquél, con la misma escoba que le sirvió en su toilette; y, después de contemplarle limpio, gordo y reluciente, comenzó a enjaezarle, con un esmero y una minuciosidad, que daban a entender la mucha estima en que el buen hombre tenía a aquel útil auxiliar de su pequeña industria. Primero, bien doblado y achicado, le echó sobre el lomo un costal a manera de sudadero; luego el aparejo largo, henchido de paja y dispuesto a propósito para la carga; y por fin ésta, constituída por tres pares de alforjas repletas de panes grandes y chicos, de dos y cuatro libras, calentitos, trascendiendo a la reciente cochura, y mostrando sus canteros dorados rebosando por los bordes de los repletos senos.

La escena anterior no fué muda, y, aunque parezca absurdo dado que sólo interviene en ella una persona, me atrevo a afirmar que era algo así a manera de diálogo, o, si se quiere, coloquio entre el panadero y su bestia, a la cual, si le faltaba poco para hablar, le sobraba mucho para hacerse entender. Yo no intentaré aquí dar traslado literal de la conferencia, porque, sobre no ser pertinente, a esta narración, apenas pude coger algunos cabos sueltos de ella.

Sólo diré que el amo prodigaba a su jaco el dulce epíteto de galán, y que éste, ya crispando las crines o echando hacia adelante las orejas, ora hiriendo el suelo con los cascos, ora con relinchos de diversos tonos, o usando de otras muchas formas no menos expresivas y elocuentes, manifestaba los diversos estados de su alma caballar.

—Ajajá;—dijo el tío Daniel, después de cubrir las alforjas con sendas sayaguesas de vivos colores—ahora voy a echar encima de tí la añadidura de mis sesenta y cinco años que a mí ya me van pesando demasiao.

Y, diciendo y haciendo, púsose en pie sobre una de las dos piedras que flanqueaban la puerta, echó una mirada de despedida a su mujer, que estaba en pie sobre el umbral, y después de santiguarse, medio saltando, medio trepando, logró sentarse a mujeriegas sobre el aparejo.

—Tío Daniel, ojo con la moda, no coma usted fruta, le grité yo apurando la broma, antes de que doblase la esquina de la calle.

Y él, parando en firme el caballo con un fuerte tirón del ramal, volvió hacia mí su rostro ya descompuesto, más que por el mal, por el temor, y con voz trémula y ademán de pedir auxilio me contestó:

—Ya está aquí... ¡la moda!

Y era verdad. Un ataque de cólera fulminante le llevó en pocas horas al otro mundo.

El tío Daniel llevó la moda a Villamenor.

EL SUEÑO DE UN NIÑO

—

El sueño de un niño

—

¡VAYA UN SEÑOR NACIMIENTO EL DE PEPITO, EL HIJO DEL SEÑOR Juez! ¡Parece que están hablando las figuras!

Aquellas lavanderas que jabonan los pañuelos sobre un río de hoja de lata, aquellos pastores con su pelliza y su zurrón, que apacientan ovejas con patas de alambre, aquella antipática mesonera que niega asilo a la Sagrada Familia, los Reyes Magos con su coorte de camellos cargados de presentes orientales y siguiendo al lucero de cristal azogado que brilla en lo alto y, sobre todo, el Niño, desnudito y sonriente en el establo, adorado por sus padres, y la vaquita que le echa el aliento para desentumecerlo, y la traidora mula que le vuelve las ancas... ¡vaya si está propio todo!

Pero, bien mirado, no es éste el mejor Nacimiento de la ciudad, porque el de Carlitos, el del Marqués, tiene más figuras y son más finas; como que han venido de París de Francia y no son de barro sino de *biscuit,* y además ¡qué telón de fondo y qué bambalinas azules con estrellas de papel de plata, y qué montañas de corcho, nevadas de almidón, y qué molinos de viento, moviendo lentamente sus aspas, y qué gran cascada, y, sobre todo, ¡qué ferrocarril con túneles y puentes! Gloria da, cuando pasa la locomotora silbando, delante, delante del portal, como diciendo al Niño: «Métete, métete en un coche de primera, y te llevaré lejos del bribón de Herodes que te quiere matar».

Y así debe ser, porque el tal Herodes, no lejos de allí presencia impasible, desde un solio de cartón, la destreza que ponen cuatro sayones membrudos en hacer cuartos a unos pobres chiquitines.

Al llegar a este punto, Manolito, un niño a quien todas estas cosas están pasando en sueños por la mente, siente que se le pone carne de gallina. ¡Matar así a los niños, a los pobres inocentes! ¡Qué bárbaro de Herodes! Y todo por ver si mata al Niño Dios que está en el pesebre, muertecito de frío. ¡Qué hombres más malos hay! Y ¿por qué Dios consentirá que haya en el mundo hombres tan malos? Porque, lo que es Don Ruperto, el de la esquina, el padre de Tonín, es también muy malo y, aunque sea señor, es otro como Herodes, sólo que, como no tiene sayones que le rajen a sus hijos, los tunde él a palos. Sobre todo a Tonín, que es un corderito de bueno, que, cuanto más le pega, más quiere a su padre. No, pues como yo fuera el Niño Dios, dijo Albertito dándose una vuelta en la cama, de otro modo andarían las cosas...

¡Ser Dios! ¿Habráse visto otra idea?

¿Y qué haría él, si fuera Dios, y estuviese en el cielo apuntando con el dedo a las criaturillas que andan por la tierra?

Manolito sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho con el gozo de poder hacer y deshacer a su antojo... no, a su antojo no, que eso de gobernar al mundo no es cosa de broma; obraría como debe obrar un niño bueno, como obrará el Niño Dios cuando suba al cielo.

Lo primero que haría sería quitar del medio a D. Ruperto, para que no pegue más a sus pobrecitos niños. Y lo haría sin palo ni piedra, de repente, y lo hundiría, con cuerpo y todo, en los mismísimos infiernos; luego daría tras de D. Atilano, el pasante cojo, que, cuando no sabe la lección, le tira despiadadamente de las orejas; después metería de patitas en el purgatorio a Isabel, la doncella, que, al peinarle, le hunde las púas del peine en la mollera... ¿y al chico del herrero, que me anda siempre lla-

mando misinguín, y que echa ajos?; ¿y a los de la escuela de D. Prudencio, que juegan a la pedrea?; ¿y a los de la parroquia de San Jorge, que hacen corridas con *tora* de navajas?; ¿y al borracho del señor Manuel, el portero, que insulta y patea a su mujer? ¡Ah, pillos, todos vais a las calderas de Pedro Botero, a rebozaros bien en la pez derretida! Manolito apuntó con el índice, y aquellos sayonazos de Herodes, transformados en servidores del demonio, comenzaron a ejecutar la sentencia. Era de ver zambullir en la enorme caldera, llena de líquido borboritante, a todos aquellos pilluelos para quienes el índice de Manolito había sido la señal de la eterna condenación! ¡Qué ayes lanzaban tan desgarradores! Pero el Niño Dios no se inmutaba, y, sereno y grave, continuaba desde lo alto del cielo señalando con su dedito. De pronto se quedó pensativo; le había medio despertado un ruído en la puerta de la calle. Era su padre que volvía del casino donde se pasaba tarde y noche; su padre, sí, un señor muy elegante, pero muy frío, que les besaba poco y les reñía mucho, y que hacía llorar a su madre, que era tan buena y tan cariñosa para todos. ¿Será papá malo?, se preguntó Manolín lleno de temor. Dudó un instante, y al fin se contestó valientemente: Sí, lo es, porque no nos quiere y tiene abandonada a mamá y nos juega la fortuna, como dice abuelita.

¿Y qué haremos con él?, se preguntó, recordando el divino papel que representaba; ¡a la caldera!, exclamó el chiquillo resuelto a no ceder en sus justicias. ¡A la caldera papá!

Y aquellos terribles sayones, con las mangas regazadas hasta el codo y los brazos tintos en pez, cogieron al elegante señorón y lo zambulleron en el hirviente líquido.

Manolín resistió al principio, sin inmutarse, la cochura paterna; pero después, cuando, con la cara descom-

puesta por el dolor, se dirigía a él pidiéndole perdón y llamándole ¡hijo mío!, sintió que el corazón se le oprimía, que le faltaba el aliento y, despertando de la terrible pesadilla, gritó lleno de angustia:

¡Mamá, mamá, que no quiero ser Niño Dios!

EL DE LAS BURRAS

—

De la tierra

—

El de las burras

—

ATROCHANDO CON SU HERMOSA YEGUA, PARA LA CUAL NO había trampales, iba camino de Salamanca D. Abundio, rico hacendado de Paradilla, el amo de alquería más famoso de todos aquellos contornos.

La nieve caía en hermosos copos que cuajaban en el suelo, levantando ya sobre él más de un palmo; y como el frío era intenso, el jinete no daba paz a la espuela y el noble bruto, resoplando nubes de vapor por la dilatada nariz, avanzaba sobre la nieve tragándose leguas como una locomotora.

Así caminaba D. Abundio, con las piernas bien defendidas por las perneras de baqueta y el cuerpo envuelto en la amplia capa, pensando en cómo le entraría al administrador del duque de Tal para lograr un buen arriendo de pastos de primavera.

Engolfado iba en estas meditaciones, cuando, al trasponer de una ladera, oyó que desde lejos le voceaba un ganadero que por allí andaba al cuidado de unas burras. Al principio D. Abundio, aunque era persona amable, no quiso dar oidos, y continuó espoleando a la cabalgadura; pero tanta fué la insistencia del ganadero, y tales sus voces y alaridos, que, presumiendo que ocurría alguna desgracia a que él debía y podía acudir, paró la yegua en firme, y, sufriendo la ventisca y la nieve, esperó a que llegase hasta él el voceador; y éste, como lo viera quieto, moderó el paso, y fué acercándosele cada vez más roncero, aunque sin dejar de alarmarle con sus gritos. Ya que le tuvo a buen trecho, y

cuando D. Abundio, aburrido con la espera, le preguntó un tanto amoscado:

—Hombre de Dios, ¿qué te ocurre? Acaba pronto.

El ganadero le contestó:

—¿Va V. a Salamanca, señor amo?

—Voy.

—¿Quiere V. hacerme un encargo?

—Quiero, pero acaba.

—Pues si ve V. al señor Gobernaor, dígale V. que me he vuelto a quear al cuido de las burras.

D. Abundio, más corrido que mortificado por la broma, picó de espuelas a su yegua, y se perdió a lo lejos tras una espesa cortina de blancos copos.

LAS ÚLTIMAS COMUNERAS

—

Las últimas comuneras

—

DICHOSA EDAD Y TIEMPOS DICHOSOS AQUELLOS EN QUE EN LA Horcajada era todo comunal, desde los dilatados baldíos en que se espaciaban los ganados vecinales, lucios y clamorosos, hasta el corral de Concejo, y desde la media fanega que, ya colmada, ya *raserada,* ya vacía, corría de casa en casa, hasta la sangradera y ¡la ayuda!

¡La ayuda! sí, lector amigo, que no pudo llegar a términos más íntimos y vedados la práctica de la comunidad.

¡Y qué extremos de afecto, de amor mutuo, de altruismo (para hablar en modernista) se veían a cada paso en aquel abreviado paraíso de la Horcajada!

No hay sino oir lo que decía, en la solana de las Pulgas, la tía Risona, una de las pocas supervivientes de aquellas dichosas edades.

—Entonces sí que era otra cosa el pueblo; si te se ocurría, pongo por comparanza, una mata de pirigil, entrabas en cá de la vicina y la cogías; si a ella una cabezuela de ajo, por lo consiguiente; y si algún día mentao se te ocurría lavarte la cara u las manos u dambas cosas, que a las veces sucidía, te ibas en cá el cura y te escolgaban 'e la espetera una esjofaina de azofar más limpia que los chorros del oro; pero ahora, ¡ya! ¡ya!, pué que te dé el vicino con la puerta en los hocicos, con sólo que barrunte que le vas a pidir algo.

Rieron de la gracia las comadres; pero una de ellas, Julia, la Mentada, menos crédula que las demás en aquella evolución de los tiempos, la arguyó con la manera y el tenor siguientes:

—Tía Risona, ¡mal relóbado me mate! si la creo a usted una palabra de lo que ha palrao. Entonces y ahora se dan entre gente güena una mata de pirigil o un dien-

te d'ajo; pero otra cosa, ni entonces ni nunca, que eso de atar los perros con longanizas y empiedrar las calles con manjar blanco... ¡pa Jauja!

Dijo esto último semitonado y con un retintín de los diantres.

—¡Conque pa Jauja!—contestó en igual tono la disertante—¡como no has visto el mundo más que p'un buraco! ¡velay!, porque si hubieras tenido conocencias y trataciones, como yo tuve en mis mocerías, te acordarías de la boda de la madre de Don Fermín, que en tá vive y come, que andaba el trigo por esas calles más que en las del Cid, y el vino corría a espita suelta en metá de la plaza, y si metías el garabato en una olla de las del gasto, pescabas, cuando no longaniza, chorizo del cagalar u morcilla ovejuna...

—Claro—interrumpió la Julia—las de Camacho, que nos lee el señor Juan el herrero en los seranos del invierno para entretenernos las hambres.

—Las de Pijota, que no tenéis virgüenza las jóvenes de hoy en día, ni respeto pa oir a las presonas mayores.

—«Por mayor te respeto y la cincha t'aprieto»--replicó la Mentada. Limpióse luego la nariz de codo a mano, volvió... la espalda al concurso, y, contoneándose de un modo no menos expresivo que cualquiera cantante de café concierto, hizo *mutis* por una esquina cercana.

La tía Risona quedó corrida del caso, y las otras dignas solaneras no la regatearon la zumba; mas tampoco le faltó lo suyo a la Mentada, de la cual, lo menos que dijeron, fué el declararla quinquillera de *nación,* que es como si la hubiesen llamado ladrona y los demás anejos de esta profesión por todos cuatro costados.

Luego, la conversación volvió serenamente a su cauce, y las más viejas de aquellas comadres, restos vivos de la perdida comunidad de aldea, recordaron, con lágrimas en los ojos, «aquellos egidos donde mandabas la tu yunta, y aquellas besanas ayugadás en la vega y el

oraño, y aquel monte espeso, rebosante de frutos otoñales, donde cebabas la tu matanza, y aquel adrear las reses muertas y las mieses quemás, y los demás daños pa que las perdas juesen menos...»

Estando en éstas y las otras, el pregonero del pueblo apareció en una encrucijada, cerca de la solana y, con el sonsonete de costumbre, echó el siguiente bando de buen gobierno:

—El señor... alcalde... prohibe... a las vicinas... de este Concejo... que güelvan... a reunirse... en solanas... y seranos... por me de la giene... y las güenas costumbres... y que cada cuala... hile el su copo... en la su casa... y Dios en la 'e tóos... Amén.

Fué de ver la indignación de las buenas solaneras al escuchar aquel pregón que arrasaba el último asilo de la vida comunal. ¡Qué de cosas dijeron del alcalde, del cura y del médico, a cuya trinidad o trimurti atribuían todos los males del pueblo!

—¿No quieren que mermuremos de ellos? Pus se van a oir güenas cosas, que los tres tienen por qué callar.

Con la palabra en la boca cogiéronlas los tres aludidos que, por la calle Mayor, se dirigían al campo. Y, viéndolas parar en tan agresiva y tumultuaria actitud, dirigiéronse al corro, y tomando la palabra el cura, que era el que más años juntaba a la autoridad, y, oseándolas como a gallinas, las dijo entre merced y señoría:

—Vaya, buenas mujeres, ¡os! ¡os! y a hilar cada una su copo, que se acabó aquello de echar la tela, que era como venderse al diablo de la murmuración; ¡os! ¡os!

Y así se disolvió la inolvidable solana de las Pulgas; así acabó para siempre en la Horcajada la vida comunal, inaugurándose la era moderna a que dan relieve y carácter los candiles de petróleo, los bailes *agarraos,* las botellas de *gasiosa* y las botas de media caña.

CELOS MONTARACES

—

Celos montaraces

—

—¡SEBASTIANAA! QUE SE ESGARRA EL TU MUCHACHO.

—Déjalo, que el umbligo tiene atao.

—Pus hija, si ahora no se le esata, nunca.

Y la Cuca, Paca la Cuca, rentera de la alquería, de cuya boca salieron las últimas palabras, continuó echando las veras al enjabelgâo del marco de su puerta, cuya blancura inmaculada, al cabo de algunas semanas, habría de servir de fondo a las birrias y antruejos.

La Sebastiana, Sebastiana la montaraza, vecina frontera de la Cuca, a pesar del desden con que hablaba de su crio, no tardó en acudir, y, sentándose con él sobre el regazo en el poyo de la puerta, comenzó a consolarle, mostrándole, a través del blanco crucero, la teta morena henchida de tibio nectar.

¡Y era de ver la cara de aquel lobezno, en que se reflejaban a un tiempo la rabieta pasada y la esperanza cierta de un próximo hartazgo! Los que viven en las ciudades, entre ángeles y querubines simplones, de blondas cabelleras, con bucles y lazos de seda, no saben lo hermosas e interesantes que son esas criaturas montaraces, en cuya faz se revelan, desde muy temprano, la personalidad futura.

El de la Sebastiana era un moreno, tirando a más oscuro, con unos ojazos que relampagueaban energía montuna, los labios rojos y finos, la sonrisa entreverada y huraña, y unas cejas tan pobladas, y unas pestañas tan largas y abundosas, que, cuando se cruzaban sobre los ojos entreabiertos, apenas si dejaban pasar entre ellos los reflejos de las negras pupilas. ¿Y aquel rezungar de cachorro, y aquel tragar de becerro, y aquella serena morbidez del sueño, sin perjuicio de dormir, con

los puños cerrados, y el ceño de pocos amigos, como de quien quisiera descansar velando, y despertar a tiempo de defenderse?...

Es el caso que Sebastiana, después de ahitar al crio y de cubrirle con un pañuelo para que las moscas no le molestasen, se fué por derecho contra la jabelgadora con estas palabras, tasadas y medidas:

—Mira, Cuca, el mi Juan es pa mí sola, y a la primera que güelva a ver que te mira, te queas sin moño.

—Hija, ¡vaya un espeltre! ¿Soy yo culpante de que él me mire?... Si me mira, que a menos tendría yo el averiguarlo de un hombre casao.

—Y casao conmigo, que es como si lo juese tres veces.

—Pa mí tanto se me da como si no lo juese denguna.

—Pus no lo paece.

—¡Que no! Y ¿por qué?

—Porque me está dando el corazón que me lo andáis embaucando tu madre y tú.

—¡Ave María!

—Güenas aves estáis vusotras. Dime, el otro día caminito del chozo ¿qué vus decíais?

—Güenas tardes, y a Dios sean dadas, y ca uno pa su lao.

—Güenas me las dísteis a mí.

—Si estás celosa, ¿qué culpa te tiene una?

—Algún causal habrá pa estarlo.

—Por el presente, denguno, Sebastiana. Al día 'e mañana no pué una dicir: ¡d'est'agua no beberé!

—Pus pide a Dios que no te eje beber, porque...

En esta se hallaban, cuando apareció Juan, el montaraz, con su escopeta colgada del hombro, su bandolera de ante, con el escudo reluciente, y su fiel perdiguero detrás.

No tardó en hacerse cargo de lo que ocurría, y, echándose el sombrero atrás y limpiándose el sudor de la

frente con un gran pañuelo de hierbas, morreó diciendo:

—Estos celos tuyos, Sebastiana, barrunto que nos van a perder a dambos. Es ya mucho cansar eso de que un día, y otro, y otro nos estés acumulando cosas que naide magina, y... ¡si no valiera más que levantarse la tapa 'e los sesos!

—¡Juan!, predona—gritó Sebastiana abalanzándose a la escopeta.—Haslo por esta criatura.

El chico, molestado por los violentos movimientos de su madre, abrió los ojos, y, mirando a su genitor entre huraño y risueño, articuló perezosamente:

—¡Pa...de!

—¡Ven acá, galán—dijo Juan levantándolo en sus brazos—; que a no ser por tí, sabe Dios qué sería de tu padre.

—También tomas tú las cosas de un modo y manera...

—De modo y manera que, si no las tomo así, u me corren los chicos por la calle, o tengo un compromiso a la güelta de cá esquina.

—Si no te quisiera una tanto... sería menos celosa,—dijo Sebastiana haciendo pucheros.

—No me llores; que no pueo verte llorar con calma.

—No pueo menos... Juan.

—Habrá que consolarte encima... Ven acá, asiéntate aquí—, dijo acariciándola y llevándola hacia la cocina.

Al ver esto el muchacho, envidioso de las caricias paternas, de un zarpazo señaló en la cara de su madre los cinco mandamientos.

—¿Lo ves? Dios te castiga con tu propio hijo,—dijo Juan al ver a su mujer herida.—¿Lo ves? Celoso como tú, celoso como tú,—repitió tiernamente, y, abrazándose con la madre y el hijo en medio del escaño, alumbrados por las llamaradas del hogar, formaban un admirable grupo que no hubiera superado la escultura griega.

En tal instante, por ante la ventana frontera del escaño, pasó, como una sombra Paca la Cuca. Vióla Juan, y le guiñó el ojo como diciendo:

—Hasta luego, Cuca.

LAS ERAS DEL TÍO JERÓMO

—

Las eras del tío Jeromo

—

CERES, LA RUBIA DEIDAD HIJA DEL GRAN DIONISIO, HA COLmado de frutos las besanas; y los haces de dorada mies, acarreados penosamente por los bueyes, rebosan de la pequeña era, bien encuerada y seca, del tío Jeromo.

Y allí está él, acompañado de la tía Eugenia, trajinando entre las hacinas, cortando vencejos, extendiendo al sol las mieses, aún cerezonas y húmedas «a motivo» del último aguacero, o enchinarrando el trillo, o remendando las coyundas, o ensebando el yugo; y ella, «la su cónyugue», siempre a la vera, ayudándole «en tóo», echando mano a lo que se tercia, con su cara apergaminada y morena, y sus ojos vivos y descarnados, y su pañuelo a la molinera, y su gorra de paja, llena de espejuelos, abalorios, lazos y colgantes...

Es la hora de la siesta. Los mozos y temporeros duermen a la sombra de los carros; las mozas y trilliques en la cabaña formada de seca retama. El perro, gran sabidor, junto a una cerca, por aquello de que «sombra de peña y abrigo de leña». Sólo velan el tío Jeromo y la tía «Ugenia», los únicos amos, los señores absolutos de aquella espléndida cosecha.

—«Ugenia»—dice el Jeromo a su mujer—: ¿No te pae una miaja de esigual y de enjusto eso de que tóos ronquen a pierna suelta y que nusotros, ¡contra!, nusotros, que somos los amos de tóo este negocio, trabajemos como burros de carga?

—Me pae—contestó el ama «Ugenia»—, me pae que tóo eso lo dices por descansar, que cada día se te hace más cuesta arriba el trabajo. Esobra sabes tú que los que duermen puén dormir porque no tienen que dar

cuentas a naide, y tú y yo nó, por devina memoria de aquel hijo...

—¡Cuenta, cuenta!—replicó gruñendo el tío Jeromo—, ya va siendo larga la cuenta de los tus escrúmpulos.

—¿Escrúmpulos, condenao, Dios me predone, escrúmpulos el trabajar pa ganar el cielo pa un hijo? Algún día me darás las gracias en el otro barrio.

—Pero ven acá, galana. Bien sé que laboramos pa la Virgen del Cueto, que ná queremos de lo que tenemos, que tóo este tesoro y lo que hay embajo de las baldosas de la sala, es pa hacerla el camarín; pero ¡una miaja de holgura, mujer! ¡Un ratito de siesta, un trago 'e vino, una limoná los días de acarreo, una brisca los días de preceto y una cajetilla.

—No, Jeromo, eso no es sacrificio. Si te das esas holguras, ¿qué será lo que des a la Virgen que ella no te haya dado endenantes? Nuestro suor y «nuestra vegilia», único regalo que la hacemos. Y hay que suar, Jeromo, que, en entrando el grano en la cilla de la iglesia, ya habremos cumplido el voto por aquel hijo güeno que Dios nos llevó, sin confesión y en sana salud, tan ainas que no lo vió vivo la su madre.

—Sea, mujer, sea, ya que poco falta dimpués de diez años de briega; pero, en entrojando, me tiés que dejar un día entero entre mantas.

—Siempre que no sea de misa.

—Y echar un trago ¡mu largo, mu largo!

—Siempre que no te alegres.

—Y comerme un cuarto asao de carnero.

—Eso hasta que te ahites.

—Y fumar un puro de perra grande.

—Y darte un abrazo, morena,—añadió el buen hombre en tono picaresco.

—¡Miren el cotralón! ¡Güeno estás tú pa esas cosas ¡Asco da oirte!...

—Pos tadía siento un remusguillo en el lao izquierdo, —dijo el tío Jeromo, llevando la mano al corazón.

—El demonio de la carne que tadía te tienta.

—¡Ay, Jeromo, ni te corriges ni te enmiendas, y te están abriendo la fuesa!

Aquí llegaba el coloquio, cuando el perro, venteando algo extraordinario, se levantó, irguió las orejas, estremeció el hocico y empezó a ladrar rabiosamente.

—¿Qué barruntará el perro?—dijo alarmada la tía Eugenia—, nadie pasa por el camino.

Mas de pronto un leve chisporroteo, que fué creciendo rápidamente y aumentando como por ensalmo hasta convertirse en terrible hoguera, con densa humareda, fué devorando las hacinas y haciendo irrespirable el ambiente.

—¡Fuego! ¡Fuego!—gritaban los ancianos.

—¡Que se queman las mis mieses! ¡Arriba los mozos! ¡Vecinos, socorro, socorro!

El socorro llegó a tiempo para aislar el incendio; pero aquellas mieses de la colmada era del tío Jeromo, desaparecieron en un instante, y nunca pudo emplearse mejor la frase del poeta:

«Como arista seca el fuego».

Ambos ancianos acudieron a cortar el incendio con tal olvido de sí mismos, que, ahogados por la humareda, chamuscados por las llamas, y enloquecidos y desesperados por la destrucción de su hermosa senara, cayeron mortales en una cabaña cercana, donde el vecindario entero les cuidó caritativamente.

Acezando con los últimos estertores, pero aún entero de ánimo, el tío Jeromo descansaba sobre unas parihuelas cerca de su mujer.

Ya confesado por el párroco, rogó que diesen vuelta

a su llagado cuerpo para morir mirando a su buena mitad. Hiciéronlo así; pero apenas se percató de ello la tía Eugenia, que también andaba por los últimos, le dijo con acento indignado:

—¡Mal relóbado, no me mires, endino!

—¿Qué es eso, tía Eugenia, así las gastamos en tales instantes?—interrumpió el párroco.

—Dios me predone, señor Cura, pero yo no puedo predonar a este hombre que por su causa no se cumple el voto a Nuestra Señora por aquel hijo... que murió de repente... sin confesión,—dijo la pobre mujer en las últimas angustias. En tanto el tío Jeromo, cogiéndola una mano, gemía con voz apagada:

—Predón, Ugenia, predón, predón...

—¿Perdón de qué? ¿No está todo perdonado?—interrogó el párroco.

—No... no... no—dijo con los ojos y la cabeza, más que con los amoratados labios, la tía Eugenia—. Si no... fumara... no quemaría...

El cura comprendió que la causa del incendio fué la colilla mal apagada de un cigarro que fumó a escondidas de su mujer el tío Jeromo, y entonces, acercándose al tardo oído de la pobre vieja, la dijo, recalcando las sílabas.

—Perdónele usted, tía Eugenia, él no lo quiso, el voto está cumplido y su hijo de usted no reclamará nada de sus padres. Perdónele usted, si quiere usted que Dios la perdone.

Asintió trabajosamente la tía Eugenia, unióles el cura piadosamente las manos trémulas, fluyó por ellos un estremecimiento cordial, y ambos ancianos, en corto espacio, dieron a Dios y a la Virgen del Cueto sus almas generosas.

LOS VEYUDOS DEL JUNCAL

—

Los veyudos del juncal

—

I

AQUELLA VIUDA, ALEJADA YA DEL MOTIVO DE SUS PENAS, purificada por ellas, limpia de toda torpeza carnal, enmagrecida y exangüe andaba casi hita pidiendo limosna para decir una misa en sufragio de su buen esposo.

Y no era que ella necesitase de ajeno auxilio para cumplir ese piadoso deber, sino que la sombra, el fantasma, o, por mejor decir, el ánima en pena del difunto, se le había aparecido más de una vez, cubierta de blanco sudario transparente y vagarosa, como fuego fatuo, y la había revelado que, para saldar sus cuentas en el Purgatorio, necesitaba de una misa de a duro costeada con limosnas de ochavo, que había de colectar la viuda pidiéndoles humildemente a los vecinos.

Y la buena mujer, cumpliendo al dedillo el enojoso encargo, llamaba a las puertas de amigos y enemigos (que en la vida rural y aun en la urbana, siempre hay de lo uno y de lo otro), y gimiendo bajo el espeso velo, que la cubría casi de pies a cabeza, repetía invariablemente:—Vecino, el ánima de Pedro, que Dios quiera llevar pronto a la gloria, me pide una misa del común de vecinos, *chavo* a *chavo,* y vengo a pedir su caridad.

Tal género de postulación, que causaría cuando menos extrañeza entre gente ciudadana, parecía la cosa más natural a la de aquel pueblo, sin duda muy acostumbrada al trato con los difuntos, por lo cual nadie la negaba aquella monedilla que no parecía sino que se tratase de algún tributo o arbitrio municipal.

Y aconteció que, cuando no faltaba a la viuda más de un real de vellón para completar el ansiado duro,

fué a dar, rendida de cansancio a la puerta de otro viudo no menos enternecido de recuerdos y extremado en lágrimas y suspiros.

Llamó ella al portón suavemente, y, a poco, salió él hipando de lo más hondo, con la anguarina mangada, la cinta negra al cuello, el pañuelo apuñado, los ojos vidriados y los calzones flojos.

—Pasa, Eufrasia,—la dijo.

Ella, sin contestar, repitió la fórmula consabida.

—Pasa—replicó él—, que vienes cansá.

Eufrasia, dando un suspirazo, pasó el umbral y cayó rendida sobre uno de los escaños del portalón.

Recogió después el velo sobre la frente y luego de larga pausa, dijo en acento dolorido:

—¡Qué penas, Manuel!

—¡Quién lo había de icir, Eufrasia!

—¡Aquel hombre tan santo!

—¡Aquella mujer tan güena!

—Si paece mentira que, cuando nos casemos tan ainas con ellos, los habíamos de sentir tanto—y, entre mocoso y lloroso, se llevaba el pañuelo, hecho pelota, de los ojos a la nariz y viceversa.

—No digas eso, Manuel, yo le tuve ley siempre y me casé con él por querencia.

—Por querencia de tu padre... güeno.

—Pus nadie dirá de mí que no le guardo el luto.

—Naide, y de mí al respetive, que tengo el corazón cachao; pero eso no quita para que uno se acuerde de otros tiempos.

—Pues mejor es olvidarlos, Manuel, que ya no han de volver.

—Más bien digo yo que ahora es cuando pueden tornar: porque libre tú, sin que tu padre te obligue a casarte con letrado, y libre yo y rico en fuerza de suor, ¿quién nos podría impidir que juésemos lo que debi-

mos ser, sin hacer de menos a los defuntos, y luego de cumplir con ellos como es razón?

—La razón es guardarles el luto toda la vida,—dijo Eufrasia disponiéndose a marchar.

—Sea lo que quieras—contestó Manuel, comprendiendo que toda insistencia sería entonces malquista. Y luego sacando un ochavo moruno del farraco de los calzones, lo besó devotamente y lo puso en la mano de Eufrasia, añadiendo por despedida:

—Vaite con Dios, mujer, y que te se cumpla el voto... y si algún día pués embairte una miaja de las obligaciones del defunto, ven a echar una mano por acá que, dende que estoy solo —y aquí comenzó de nuevo a hacer pucheros—anda tóo manga por hombro en esta casa.

—Pues dicen que tienes una criada que te hace mu buen servicio—dijo Eufrasia por toda contestación, en tono entre misterioso y enojado.

—Decires de malas lenguas...— se apresuró a replicar Manuel; pero no llegó a oirlo Eufrasia que, cubierta de nuevo con el tocado viudal, se alejó apresuradamente.

II

No habrían pasado dos semanas cuando se celebró la misa por Pedro—que fué en vida un rico Abogado de secano—, sufragada por la colecta de la piadosa viuda.

La iglesia, iluminada con los numerosos cirios que ardían sobre las sepulturas, estaba llena de devotas mujeres, quienes, según lo acontecido en otras ocasiones, esperaban que, terminado el responso, el alma de Pedro, ya en forma de paloma, ya en otra cualquiera, solamente visible para la viuda, se apareciese a ésta y le notificase hallarse satisfecha del sufragio.

Y ciertamente que tal debió ocurrir y aun con cierta

añadidura; pues Eufrasia, cuyo éxtasis fué notorio y manifiesto durante el responso, dijo a sus convecinos, ya de vuelta en el portal de su casa:

—No sé cómo explicarlo, porque, siendo verdad, creerá la gente que es invención mía.

—Dilo, mujer,—exclamaron a coro todas las vecinas. Y una más avisada añadió:

—Ya sabemos que las cosas del otro mundo no son como las de esta tierra que nos ha de comer.

Eufrasia, llorando hilo a hilo, hizo signos negativos con la cabeza.

Las vecinas retiraron cien veces la súplica.

—Una cosa imposible—dijo la viuda desesperada—, imposible, imposible...

—Aposta—interrumpió la avisada de antaño—a que te manda que cumplas con Manuel.

—Eso — exclamó Eufrasia en tono de a quien desahogan de un gran quebranto—: «cumple con Manuel, que conmigo ya tienes cumplido».

III

Al cabo de un año Manuel y Eufrasia eran esposos felices, y sobre el ara, desierta y solitaria, volvió a brillar el sacro fuego de Himeneo.

LAS ESPUMADORAS DE ORO

—

Las espumadoras de oro

—

Era el señor Pepe, el anticuario de La Alberca, el serrano más avispado y dicharachero de todos los de mulo, reata y medida, que recorren el campo de Salamanca, y que lo mismo hacen a limas que a limones; quiero decir, que lo mismo sirven para un *fregao* que para un barrido, o, más claro, que tanto les da vender vino como aceite, y lo mismo compran pellicas de liebre que ponen en precio tal bargueño o cual bronce o porcelana.

Y fué el caso que, habiéndole dado encargo un aristocrático comitente de buscar platos con reflejos metálicos, y habiéndole a él dado el fato de que había un buen modo de ellos en Fuenterrubia del Campo, encaminó los pasos de su mulo al dicho lugar, y, casa por casa, aquí vendo higos, allá me compran vino, en ésta pidiendo agua, en aquélla preguntando por la salud, corrió todas las del pueblo, husmeando vasar por vasar y alacena por alacena, hasta hacer el más minucioso inventario de cuantos cacharros había con esos reflejos, entre dorados y cobrizos, con tornasoles y cambiantes. Y hecho el inventario, puso mano a la obra de adquirirlos, y, como hombre de meollo y poco dado al menudeo, reunió al pueblo a toque de campana y le habló de esta *manera:*

—Habreis de saber que el conde de Tal, aquel que compró el escritorio de la tía Eusebia, la muestra de la Pantaleona y el catre de barco del señor cura, le ha dado ahora por pidirme de esos cacharros viejos que teneis pá adorno de vasares, y que relumbian a modo de cuello de pichón, u cola de pavo rial. Cada plato grande daré dos duros, cada chico uno, jarras y ollas

a cinco. La que así lo quiera que vaiga a la posá con lo que tenga, y la que no, que me pida la receta de sacarles el oro.

Acudieron a la posada pocas mujeres, y tan desconfiadas y deseosas de hacer valer el oro y el moro a sus cacharros, que, la que más y la que menos, se dejó pedir por los suyos a peso de plata.

El buen serrano gastó no poca saliva en convencerlas de que se trataba de un capricho de señor, pagado de retesobra con lo ofrecido; pero aquellas buenas o malas mujeres (que de todo habría) no le dieron crédito, y cuanto más a derechas las hablabla, más torcidamente le entendían.

Montó el serrano en el mulo, quiero decir, que se amoscó, y montando luego, real y verdaderamente sobre la bestia, salió del lugar, mohino y cariacontecido, diciendo para su capote:

—Coino, sei honrao, y dí la verdá a la gente, y verás el nigocio que jases.

Al llegar a una encrucijada del camino, dos mujeres, que allí le esperaban agazapadas, saliendo al encuentro, le preguntaron con ademanes de la mayor reserva:

—¿Y la receta, tío Pepe?

—¿Qué receta ni qué coino?—respondió el serrano.

—La de sacar oro de los cacharros que ofreció usted en la plaza.

Un rayo fulgurante de venganza cruzó por el magín del tío Pepe, y una leve e irónica sonrisa frunció sus labios; pero, serenado al instante, contestó en tono mesurado:

—Pus mu fácil: poneis a herbir un güen caldero con agua de pozo jondo sobre lumbre de paja garbancera; moleis el cacharro bien molío, que parezga propiamente harina 'e flor bien cernía; echaislo aluego en el caldero, y batís sin parar cuatro horas con la erecha y cua-

tro con la zurda. Aluego, con una espumaera, arrecogeis la espuma que jaga y... toa es oro de lo fino.

. . . . . .

Es cosa sabida, en el llano y en la sierra, que aún no había pasado una semana de la entrevista, cuando el señor Pepe volvió al lugar sobre las *mesmas,* y cuál no sería su sorpresa al saber que no había quedado en él un solo cacharro que no sufriera molimiento, y al oir de labios de aquellas acongojadas mujeres que no habían sabido sacar de la espuma... ¡ni una mala monea de cinco duros!

LOS BANDOS DE VILLAUSENDE

—

Los bandos de Villausende

—

AL LLEGAR AL PUEBLO MI MAYORAL Y YO (PORQUE ESO DE yo y mi criado no me parece cristiano) descendimos de sendas mulas a la puerta de una posada cervantesca, sacudiendo la nieve que cubría nuestras grandes capas dieciochenas; las cuales, cuando las separamos de los hombros, endurecidas con la humedad, se quedaron tiesas en medio del portalón. Del fondo de éste, arrastrando las tachuelas sobre las frías losas, salió el tío Blas, el Arcediano, el más discreto y silencioso posadero de aquella tierra.

Una vez puestas a buen recaudo y apiensadas nuestras cabalgaduras, a lo cual nos ayudó el huésped, hábil manejador de celemín y zaranda, fuímonos derechitos a la cocina, en que ardía y chisporroteaba un buen *mellón* de carrascos humedecidos.

Sentéme yo en el escaño del Evangelio, mi mayoral en el de la Epístola, y, frente a la lumbrereda, en un tajo de encina, con las manos abiertas sobre las rodillas, el ventero, en cuya figura terrosa y seca, no hacía el calor más mella que en el pote y en los pucheros que borboritaban en derredor del hogar.

—Señor amo, ¿mandamos poner algo de comer?—preguntóme el mayoral.

—Manda—contesté yo.

—Puén Udes. mandar con satilfación—dijo el ventero, terciando—, porque en esta posá, gracis a Dios, hay de tóo cuanto pué haber en cualisquiera parte.

—Pus escuelga un pernicote, pa hacer boca, y aperna un cabrito cestón, si lo tienes en el chiviritil.

—Dos cosas pides—contestó el huésped tranquilamente—que no te pueo dar: el jamón porque s'acabó, y

el chivo porque ni con cesta ni sin ella lo han parío las cabras.

—Pus traete un recental o un par de pollos—replicó el otro—, gran maestro en achaques posaderiles.

—De nenguna de dambas cosas tengo—dijo el tío Arcediano, imperturbable—; pero pide lo que quieras, que de lo emás no ha de faltar.

Yo apenas contenía la risa; pero el mayoral, que era hombre de malas pulgas, le increpó iracundo.

—Recoino, y usté predone—el inciso era para mí—; ¿cómo quiés que te desamine, por los de la Santa mare Ilesia? ¡porque de la Ley de Dios no sabes denguno!

—Confiesa por dondi quieras, montaracillo—rezungó entre dientes el posadero—, que, como vus conforméis con sopas y buevos, no tendréis mucho que endagar.

—Dijeras y acabaras, endino, y menos mal que no nus osfreces chinarros rebozaos, canguingos en mojo 'e gato, u resalvos cocíos.

El posadero se levantó, pesó el pan, midió el aceite, arrecadó la sal y el pimiento, que, con las demás especies, tenía en unas saleras sobre el borde de la chimenea; y, después de entregar todos esos adminículos a una silenciosa maritornes, volvió a sentarse con la cazuela entre las piernas y el pan sujeto al pecho, y comenzó a tajar sopas, rizadas y finas como virutas de carpintero.

Hubo un rato de pausa. El mayoral lió con sus tijeras un cigarro como una tranca; yo saqué otro de mi petaca; la doméstica nos dió brasa para encenderlos, con unas tenazuelas muy historiadas; y el tío Blas, estimulado por nuestra acción, echó mano a la oreja, y sacó a relucir una colilla recalentada que tras de ella tenía, y siguió su operación culinaria. Paróla luego en seco dos o tres veces, y miróme como quien desea hacer una pre-

gunta y teme ser indiscreto; pero al fin, no pudiendo contenerse, me espetó la siguiente:

—¿Y ustés aonde caminan, si no es mal preguntao?

—A La Usenda, a retajar unas vacas—contesté yo ingenuamente.

—A otra cosa será, que este es mal tiempo de retajos,—murmuró el hombre, acostumbrado a los engaños con que los viandantes solían contestar a interrogatorios semejantes.

—Pues a lo que a V. le dé la gana,—dije yo picado por su desconfianza.

—Siempre será a los votos, porque pae que anda eso de las eliciones y los partíos.

El mayoral, que era un cazurrón aficionado a dar cuerda al prójimo para gozarse en sus dislates, intervino preguntando:

—¿Pero, qué, también hay partidos en Villausende?

—¡Que si hay!, reconto, como en cualisquiera lugar; ¿dónde no hay partíos? ¡Y menúos son los de aquí! Como que han venío los motes de Salamanca.

—¿De Salamanca?—interrumpió el otro, rematando la cuerda y guiñándome el ojo.

—Sí, señor, de la propia Ciuá, y cá uno del su papel, como que a unos los llaman los talentuales y a otros los curantistas.

—Tiene gracia—dije yo adivinando lo que era—; querrá V. decir los intelectuales y los obscurantistas.

—A zurrón tira el nombre. Es cosa así como del magín.

—¿Y quién trajo esos motes?

—Pus el cura, que es un bufo, puso talentuales, u lo que sea, a los del meico; y el meico, que es de las de Caín, curantistas a los del cura. ¡Y tien que ver los dos partíos! Denguno traga al otro.

—¿Y V., de cuál es?—interrogó el mayoral.

—Yo, ¡collan! de nenguno, porque tié uno que vevir con tóos, y... a más, porque... porque...—el tío Blas, con la punta de la navaja, distribuía las sopas en la cazuela como buscando entre ellas la solución de su embarazo—porque aquí se pué dicir tóo aunque no seamos del mesmo pueblo..., dambos me paecen arrematáos.

—Sólo las paredes y nosotros lo sabremos, tío Arcediano—dijo el mayoral, muerto de gusto de lo que iba a oir, pues todas las gentes del pueblo le eran conocidas.

—Lo dicho, dambos arrematáos—siguió el ventero.

—Los del meico son cinco; él, el maestro, el retirao, el secretario y Paco el de la tía Pelta; y, tras ellos, muchos de la probetería. El meico dicen que escribe en los papeles por lo devino; pero es cegatoso y a lo mejor toma el pulso por las orejas, como a las bestias. El otro día, por estar forastera la partolera, le llamaron para un alumbre y, en lugar de atar el umbligo al chico ¿qué coinos dirá V. que le ató?

—¡Pobre criatura!—dije yo sintiendo que se me ponía carne de gallina.

—Pus eso mesmo—, siguió el tío ventero, riendo con una bocaza de a cuarta.—Por eso le llaman Galeno los del cura.

—Pus el maestro, tié que iñir—dijo, animándose el hombre—. Al día siguiente de llegar se cogió a los chicos camino alantre a herbolear al Castrizuelo. ¡Tié gracia esto de ir a esencuerar plaos y otras mogigangas por esos campos de Dios, y dejar muertos de risa el Catón y los carteles! Modas de la ciuá maldita que quiere meternos en la cholla; que paseen ellos, que están tóo el santo día asentaos, y nus dejen a nusotros. Asina luego, impués de tanto herboleo y tanta cosina nueva, no hay dengún chico que sepa hacer una *o* con un vaso. Y de cuentas, ni verlas, cuando allá, en mis tiempos, deprendimos tóos hasta la francesilla y la regla de compañía.

Y luego ¡qué empeño en que los chicos no coman carne, ni beban vino, ni echen trenos!, las tres cosas más güenas que pué hacer un hombre que tenga posibles. Porque no hay que andarse por las ramas—dijo acercando la cazuela a la Maritornes para que calase las sopas—: la carne es carne y cria carne, el vino es espíritu y cria ánimos y gijas, y el soltar un treno ¡recontra! es cosa que deja la concencia mu tranquila.

Y eso de comer sólo herbolagas me paice a mí que es porque no puén comer cosa mejor, porque ¡coino! lo que es cuando el hidalgo les convía a comer, allí es el ahitarse de todo lo güeno, sobre tóo el maestro que se tupe hasta el ganguero y se esculpa dijendo: «ondi jueres haz lo que vieres». Lo que él querría era ver tóos los días unas magras tan desengañás como las de casa del hidalgo.

—¿Y el hidalgo?—pregunté yo—¿de qué partido es?

—¿De qué partío? Del que le peta cuando le peta; pero, si va al dicirse, de denguno. ¿Qué más partido que él en este pueblo, si todos, por fas o por nefas, estamos embajo? Los partíos son de gente probe que se ajunta y se apega como los ganaos en el campo pa defenderse del lobo. Pero el hidalgo no tié que temer al lobo, porque es de la su casta.

—No está mal la comparanza—dijo el mayoral en tono de chunga, mientras soplaba una cucharada de sopas.—¿Y el Pelta?

—Ese, onde lo véis con calzones, es al que más se l' ha pegao de la ciuá. Tóo lo quié arreglar a móo señorito. Se lava y se peina a diario tóos los días, ha comprao máquina pa coser a la su tía, y, cuando fué alcalde, ¡híspete pavo!, puso en metá de la plaza un ignodoro de esos que olen a demonios, lo mesmito que en la plaza mayor de la capital. Y tóo por mor de la giene; asina es que, cuando pasa por allí la gente, arrodea por no topoarse con ella.

—Pero en el fondo es buena gente ¡eh!—observé yo.

—¡Hum! mi poco cristiana. Les tié la Ilesia mu sin cuidiao, y no les entra frío ni calor de no oir misa ni confiesarse. Pero ellos son de güen aquel; no hacen bien ni mal a naide y, en dejándolos que palrucheen tóo lo que quieran, y lean sus papeles... tan contentos.

Los curantistas sí que es una frasca del diantre, sobre todo cuando se ajunta a ellos y les da alas el hidalgo, que tan pronto está con unos como con otros, tan pronto es deputado como eja 'e serlo, y de todo hace bulresca como amo y señor que es de tóos.

—Y ¿qué mál hacen?

—Ahí es poco: se pasan la noche con la mocería dándole al julepe, al tresillo, a las siete y media u a cosas piores; el día, mangoniando en la ciuá con los pudientes, que les tapan todas sus macas pa que les vuelquen el puchero; y aluego, y esto es lo pior, son unos endinos, que al menor escuido te la pegan, y tién corrompido al pueblo con sus malas costumbres.

—Pero el cura...—insinué yo—eso no es posible.

—Le digo a V. que es lígrimo de los de tierra 'el vino, que naide les ha puesto la ley, y lo mesmo le da del obispo que si le dijeran truco. Los de por acá no son asina; pero a nusutros nus ha tocao el garbanzo negro.

Terminado el frugal almuerzo, montamos a caballo y, mientras el ventero me arreglaba oficiosamente las perneras y estiraba mi gran capa sobre las ancas de la cabalgadura, decíame entre dientes:

—En esto de los partíos, quien vió Pajares vió tóos los lugares; porque ese mal de dir unos por un lao, y otros por otro, y no poderse sufrir y tirar a matarse, es un andancio que está ya corruto por toa España.

Y decía verdad el tío Blas el Arcediano.

EL AMOR Y LA POLÍTICA

Cuentos de la tierra

El amor y la política

MEDIO DORMIDA, MEDIO DESPIERTA, HABÍA ESCUCHADO FILOmena, acurrucadita en el tibio lecho, bien henchido de lana churra, los jigeos y cantares de la ronda. ¡Los había oído tantas veces, tantísimas veces cuando sus hermanos eran solteros, y seguidos de golpeteos de nudillos en la ventana y de cuchicheos amorosos! Pero esta vez no era por sus hermanos, ya casados y en lejanas alquerías. ¿Sería por las criadas?... ¿Sería por ella, por Filo...? ¡Uy qué vergüenza! Y, como si media humanidad se hubiese enterado de su atrevido pensamiento, se arrebujó en las sábanas y metió la cabeza bajo la almohada.

Los jigeos continuaban, y los cantares se oian cada vez más claros. ¡Y qué cosas dicen! ¡Válgame Dios, si parece propiamente que lo dicen por una! Porque no hay en la alquería otra Filomena, y lo que es a esa... a Filomena, bien claro la nombran. Paróse un punto a escuchar; y al pie de la ventana, y, tras un corto preludio de pandereta, cantó una voz juvenil:

Asomate a la reja,
Filo querida,
oirás la triste queja
de un alma herida.

Un coro de mozos entonó después el estribillo:

Con el amor,
con el querer,
con el mirar
de esta mujer.

Y luego el consabido jigeo, que taladró los oidos de Filomena, ya resentidos con la impresión del cantar.

Es por mí—se decía—; y la sangre, agolpándosele a las sienes, la martillaba en ellas cruelmente. Porque no era lo peor el canto; lo grave serían los golpecitos de los nudillos en las maderas de la ventana. ¿Qué haría si los diesen? ¿Salir? ¡Qué vergüenza! ¿No salir?... luego dirían las mozas que faltaba a las costumbres. Y en los pueblos las costumbres hay que guardarlas, porque son las costumbres... y la palabra de Dios no se le niega a nadie.

El timón de mi arado
va a tu ventana;
contentos van los güeyes
labrando en mi alma.
Con el amor,
con el querer,
con el mirar
de esta mujer.

—Y es él, es Quico el de la Juncalera, que no me deja a sol ni a sombra cuando voy a las fiestas. No, pues éste no me hace salir aunque se rompa los nudillos de las dos manos. Presume mucho de güen mozo, y aunque lo es... ¡Vaya si lo es! ¡Y qué bien palrao! ¡Y qué cosas dice más tristes y más... alegres a un tiempo... ¡Si no juese del otro partío!...

Al llegar a este punto, un escalofrío la coge de la cabeza a los pies.

Había oido la llamada, primero tímida, luego insinuante y acompañada de toses, por último repicoteada y vehemente...

—¿Quién eres y qué quieres?—dijo, abriendo la ventana y echándoselas de valiente al pronunciar las consabidas palabras del ritual ventanero.

—Soy Quico y vengo por mor de tí, resalá.

—¿Por mor de mí? Pus no te lo había conocío.

—Pus conócemelo, galana, porque, menos tú, ya tiene la conocencia toa la gente en treinta leguas a la reonda.

—¿Tan largo ascanzas?

—Tan largo u más.

—Pus como supiera tu padre que habías ascanzao hasta aquí, presto reculabas.

—¡Recular yo! ¡Manque trujesen a tóos los justiciales! Yo a las veces estoy retuso p'hacer una cosa, pero como morre pa un lao, no hay quien m' haga tesar.

—¿Y qué van a decir los de tu partío?

—¿Y los del tuyo?

—Los del mío segura me tienen, que a mí no me cambia naide la voluntad.

—Pus a mí, el querer tuyo pudiera cambiarme, que no es de ley el que ande uno siempre con los mesmos.

—Pus mía, Quico, yo no soy al respetive; porque piazos me han de hacer antes que dirme yo contra los míos.

—Es que tú no me tienes afeto.

—¿Y qué tié que ver eso con los partíos y con que nus haigáis hecho alcalde a ese misinguín de la ciuá, echando a un lao al hijo del pueblo?

—Quico soltó una risotada franca.

—¿Por qué te ríes, borrico?

—Porque me hace gracia el oirte esas cosas. Te pones tan galana pa icírmelas, que de güena gana me iba a pedir perdón al hijo del pueblo, si no juese por el temor de que me cobre reutos por el tiempo que le he sido contrario.

—Mira Quico, eso no te lo sufre la hija de mí madre. Y, diciendo y haciendo, le arrojó un cacharro con albahaca que había sobre el poyo de la ventana.

—Si me pescas, me esbrucias.

—Bien esbruciao queas pa mí.

Y cerró con aire la ventana, murmurando iracunda: —¡Mal relóbado que te dí uido! Serías el primero del partío del Sangritas que tuviese una miaja de vergüenza.

—

Fiesta boyal

—

LOS LABRADORES DE ALBORAÑA CELEBRABAN EL GRAN FESTín de la Herbajería, comiendo la machorra de los arrendados.

La mesa, con su gran tablero de castaño de la sierra, estaba cubierta hasta cerca de los bordes por un mantel de lienzo casero con flecos anudados, y franjas de deshilados con iniciales de a cuarta. En el centro humeaban dos enormes fuentes de Talavera, hondas como cahorzos, llenas de chanfaina. En derredor de las fuentes, en orden de regular formación, las servilletas dobladas y, sobre cada una de ellas, el cubierto de cuerno, y rebanadas y canteros de pan curruscante. A uno y otro extremo de la mesa, sendas bandejas con vasos grandes para el vino, y chicos para el agua, rodeando los jarros en que se contienen. En torno de la mesa, a cuya cabecera se halla el tío Pantaleón, el de la Josefa, mayordomo herbajero de hogaño, toda la cofradía de labradores. Y de pie, al servicio de todos, la tía Josefa la Pantaleona, su hija y su entenada, dos mozotas tiernas como rodeznos, con las caras arreboladas por el calor del hogar.

—¡Hermanos!,—gritó el tío Pantaleón, bendiciendo la mesa con la cuchara—que quien nus ha ajuntao hogaño nus ajunte a otro año, y, si este es cordero, al otro que sea carnero, y en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿De cuánto reza la orden?—preguntó después.

—¡De un geme!—contestaron a coro los comensales.—Y diciendo y haciendo, puso cada uno su geme entre panza y mesa, y comenzó la refacción.

—¡Vaya una alegría!, ésto es gozar de la vida y dar a

la tierra lo que es de la tierra—decía el tío Sindo gran sabidor de cosas del mundo.—Porque esta pícara vida es, a móo de cérculo, que los unos mus comemos a los otros, y asina anda la cosa: la herba comió a la tierra, la machorra a la herba, tu te comes a la machorra y la tierra te comerá a tí.

Los comensales, con la boca llena de arroz y menudillos, mostraron su aprobación, gruñendo por las narices, mientras les chorreaba la rojiza grasa por las comisuras, rodeando los labios de un cerco con más reflejos metálicos que cacharro árabe.

Cuando la comida iba mediada, el tío Pantaleón, echando un mendrugo de pan en el caldo, exclamó con voz tonante:

—¡Hermanos herbajeros: coto y aguarde!

La cofradía se puso en pie como un solo hombre, y el insigne mayordomo añadió con voz sochantrosa:

—Ahora, hermanos, *¡ad recalcandum!,* como decía el Padre Boleos.

—*¡Ad recalcandum!*—gruñó el concurso, y comenzaron a bailar un zapateado con las tachuelas sobre el barro blando de la estancia, aullando como fieras en jaula.

—La tía Josefa, que entraba con una gran fuente de asado, exclamó entre risueña y contrariada:

—Habrase visto qué harbolarios, ¡si se mazca el polvo! O sus sentáis u me llevo lo que traigo.

La amenaza hizo efecto, y todos volvieron a sus asientos, excepto el tío Blas, un vejete tocado de alferecía, que, arrastrando la pierna, y con el bazo colgando, se fué derecho a respingar al ama de la casa.

—Déjamela a la probita, que ya va cansá,—dijo bromeando el herbajero.

—¡Mal relóbado mate a este tío!—gritó la herbajera defendiéndose.—¡Es lígrimo!, mancao de media presona, y entadía retoza.

Terminada la comida, que fué larga y sustanciosa, las mozas rodearon la mesa sirviendo el anís y los puros.

Eran de ver las miradas chispeantes que los comensales, con el horno bien caldeado, echaban a las escanciadoras.

Y no eran sólo blanco de miradas y deseos, porque al que más y al que menos de los comensales, se le iba la mano a la cintura o al redondo morcillo de aquellas rústicas canéforas.

Después, la manta sobre la mesa; y la baraja, abarquillada y grasienta, sobre la manta, y... ¡venga la brisca!

—Echa el caballo—dice el tío Jorge el de la Cuca, riendo—y verás cómo te lo apiolo.

—Pus suelta tú esa brisca, que tienes tres—contesta el señor Juan el molinero,—y verás cómo me salgo.

—Ahí va esa... sota que quié ser ama 'e un cura—aulló el gran herbajero.

Y, mientras juegan, rondan las copas y los puros, y la jarra sale de cuando en cuando de debajo de la mesa, donde recibe caricias de un preñado zaque que jamás la deja agotar; y, como si esto fuera poco, cada jugador, individualmente, casca, ya nueces, ya piñones o almendrucos, ya las ricas garrapiñadas, ya garbanzos salados, o chochos, o pepitoeas, de las que llevan buena provisión en los bolsillos.

En aquella atmósfera espesa, en que el humo y los vapores velan las figuras como en los cuadros holandeses, continuan jugando las horas muertas (sin otro vagar que las salidas frecuentes de los comensales al hastial grande de la casa), y gozando de su fiesta boyal, porque

«cuando holgan los güeyes
fiesta boyal,
cuando holgan los gañanes
fiesta cabal».

LA MUERTE DEL TÍO JEROMO

—

La muerte del tío Jeromo

—

EL TÍO JEROMO ERA UN VIEJO VAQUERO, POR EL ESTILO DE aquellos de su abuelo, tan maravillosamente descritos por Galán.

Había alcanzado la francesada, y fué uno de los heróicos y legendarios lanceros de D. Julián. Al terminar la guerra, trocó por el cinto y la honda los bélicos arreos, y pasó el resto de la vida careando el ganado en rodeos y majadales, ahijando terneros, retajando vacas, castrando novillos, sacando puntas, y arreando tropas por veredas y cañadas.

De tal modo, llegó al fin de su vida, sin que le postrase en el lecho de muerte otra enfermedad que el desgaste de los años que había ido lentamente acabando con aquella recia máquina.

Aún así, la separación de un alma y de un cuerpo no debería ser cosa grata; pues el tío Jeromo, que todavía era hombre alegre y decidor en sus últimos años, paraba en su lecho de muerte, un camastro de leña, con cara de pocos amigos.

—¿Qué es eso, tío Jeromo?—le dije yo desde la puerta.

—Pus una cosa natural, señorito; que me están allegando las fines.

—No será tanto.

—¿Que nó? pus si a usted le parece, traiga el tamboril y la gaita y echaremos un son.

Dijo esto entre accesos, fatigas y sudores; y, alargando la mano temblona a una jarra que cerca tenía, echó un trago de vino con romero, bálsamo de Fierabrás de nuestros campesinos.

Luego, como el esfuerzo le exacerbase los dolores, gimió mirando a una estampa del Crucificado que, pe-

gada en la parte superior y libre en la inferior, aleteaba a merced del viento:

—¡Pernea, pernea, Jesús mío, que yo también perneo!...

Siguió una larga pausa, entre contenidos estertores, y, cuando pudo vencerlos un instante, añadió con voz apagada:

—Tres cosas había pedío a Dios y me ha concedío dos solamente. La trecera y prencipal no allega y es la que más diseo.

—¿Y qué cosas son?

—Pus mi usté—dijo incorporándose trabajosamente:—la primera, confesión y Viático, que el viaje es largo y hay que llevar la concencia libre; la sigunda, perinchir las hijuelas de los mis hijos. Sólo falta que llegue la postrera, y anda embaida ahí juera, acaso segando gente moza, y a mí, ¡ah!, a mí...

—¡Al fin!—dijo el tío Jeromo, dando un último suspiro con el cual se le fué el alma por la boca.

«Y tranquilo quedó de la manera
que si sentado en tálamo estuviera».

LAS TABAS DE LA ENDRINERA

Las tabas de la Endrinera

Non in rebus fides, sed in Deo.

I

UNA DE VARIAS COSAS QUE DABAN FAMA A LA ENDRINERA, sobre todos los pueblos en diez leguas a la redonda, era el relicario de la tía Eusebia, de virtud tan prodigiosa y aprobada (según el dicho vulgar), que lo mismo se aplicaba a un parto que a la caída de un carro, y de igual modo se lograban, mediante él, los buenos temporales, que se evitaban los malos. Por eso la gente del lugar, a los catorce artículos de la Fe, había añadido uno más, que era el de creer a pies juntillas en la eficacia de las veneradas reliquias; habiendo, en esta fe que (pudiéramos llamar vecinal), una sola excepción y, ésta, guardada y escondida bajo siete llaves: la de Ambrosio el vinculero, seminarista renegado y, como tal, curado de espanto, descreído y maldiciente, cuando hallaba para ello, de todo lo tocante «a la iglesia y sus arrabales».

Este tal Ambrosio, tenía una mujercita delgada como un alfeñique, y menuda como una lenteja, que, cada vez que se ponía en trance de aumentar la sucesión, pasaba las de Caín, y aun las de Abel; porque las crias que echaba al mundo, trasuntos fieles de su genitor, que era un hombrachón de tomo y lomo, no encontraban para venir a la vida aquel holgado espacio y fácil salida que demandaba su robustez.

Y fué el caso que, en la última de las ocasiones en que la pobre mujer se vió en trance tan apurado, volviendo los ojos mortecinos y la cara angustiada a su atribulado esposo, le dijo en tono suplicante:

—¡Ay! Ambrosio, si quisieras pedir el relicario a la

tía Eusebia, yo saldría con bien de estos ahogos. La ayuda de Dios *nesecito,* que las mis fuerzas están ya *agotás* y la *partolera pa* maldita la cosa que me sirve.

Ambrosio que, como hemos dicho, era un renegado de lo fino, torció el gesto y, evitando el contestar a derechas, dijo entre dientes:

—Yo creo que no es el caso para tanto; peor te has visto otras veces y has salido adelante, cordera.

—¡Ay, Dios Santo!—replicó la mujer, echando los pulmones con cada sílaba—no me quites *ese aquel,* Ambrosio, tráeme las *riliquias,* que si me muero con ellas, moriré más agusto; y, si no me sirven ya pa este mundo, *pal* otro me *sirvirán.*

Ambrosio, sin replicar una palabra, salió del cuarto; y volvió al poco tiempo con el relicario, que dejó sobre una mesilla, cercana a la puérpera, con la presteza misma que si soltase una brasa ardiente. Era él hombre sin fe, pero verdaderamente encariñado con su esposa; y el temor de perderla, el pensar en la orfandad de sus hijos, y las cabilosidades propias de su temperamento, le arrastraron, sin quererlo, a ese mundo de lo sobrenatural, de donde, hasta los menos creyentes, buscan alivio y consuelo en los grandes apuros de la vida.

—No, yo no creo en esto—decía mirando el relicario cuando le llevaba a su casa—yo no creo en nada de tejas arriba—repetía con la sangre fría, propia del que ha saldado la fe primitiva con el descreimiento posterior...—pero si esto salvase a Magdalena, ya desahuciada, si le ayudase a salir de su estado, sería cosa de creer en algo.

Y allá de lo hondo del alma, donde sólo llega la agitación producida por las grandes tristezas, surgió el recuerdo de aquella fe sencilla que tuvo en su infancia, y sintió que, por un instante, se apoderaba de él una emoción inefable, y que el relicario temblaba en sus manos. En tal situación llegó cerca de la infeliz paciente,

la cual, poniendo sus ojos en aquél, y, tornándolos luego al afligido esposo, le dijo con voz desfallecida:

—Gracias, Ambrosio, y que Dios y las Santas *riliquidas* nos ayuden a dambos.

Ambrosio no pudo resistir más, y, transigiendo con lo sobrenatural, y agarrándose a lo divino como a un clavo ardiendo, cayó de rodillas junto al lecho.

—Señor,—decía entre sí mientras sollozaba con hipos de angustía—Señor, si quieres convencerme, ahora tienes ocasión de hacerlo. Mi pobre mujer está humanamente desahuciada. ¡Sálvala y creeré en tí y en las reliquidas y en todo, en todo..., pero sálvala, Señor, por mí, por mis hijitos!...

Levantó la cabeza, y vió a la moribunda abrazada a las reliquias y acezando con el estertor de la agonía. Unos momentos más, y aquella vida había terminado, dejando, como recuerdo, señales indelebles del sufrimiento en las amoratadas mejillas del cadáver.

Ambrosio sintió una violenta sacudida en todo su ser. Al decaimiento que le produjo la penosa agonía de su compañera, sucedió una terrible agitación, un estado de esos que los psicólogos modernistas llaman pasionales, en que el alma y el cuerpo, dóciles a la sugestión, se dejan subyugar por una idea dominante y avasalladora.

Y nuestro viudo, apenas se dió cuenta de que lo era, al ver juntos el relicario y el cadáver de su mujer, es a saber: lo que más odiaba y lo que más quería, el objeto de todas sus prevenciones de renegado, y el de sus mayores afectos, cogió el primero entre sus manos trémulas, mirólo después con ojos extraviados, y llegó hasta hacer ademán de tirarlo; pero, cambiando repentinamente de idea, lo apretó contra su pecho y salió de la estancia con trazas de loco rematado. Encerróse en su cuarto, y sin vacilar, dió comienzo, con diabólica sonrisa en los labios, a la obra más sacrílega que puede idear

un enemigo jurado de la fe: abrió primero el relicario, sacó de él las venerandas reliquias, que despedían un suave aroma de flores secas, arrojólas por la ventana, sin el menor asomo de temor, y las sustituyó, tranquilamente, por unas tabas o choquezuelas de carnero con que jugaban sus pequeñuelos.

—¡Ah!—se decía en su desvarío—¡van a adorar las tabas estos brutos de la Endrinera! ¡Y las atribuirán milagros y prodigios sin cuento, como a esos otros huesarracos que acabo de arrojar a la calle! ¡Pobre mujer mía, te voy a vengar!

Cogió el relicario y, con fingido ademán de reverencia, se lo entregó a la tía Eusebia, diciéndola con alientos de resignación:

—Tome V., buena mujer, y que Dios le pague a V. su buen deseo. Si esta vez no sirvieron no fué culpa de nadie.

—Usted lo ha dicho, señor Ambrosio, contestó aquélla, y que Dios le dé a V. salud *pa* encomendar a la *difunta*.

Esta última palabra le hizo volver a la triste realidad, y, vencido por ella, se arrodilló de nuevo deshecho en lágrimas ante el lecho mortuorio.

II

La fama del relicario y la de loco que había cobrado Ambrosio crecieron por igual, no sólo en la Endrinera, sino en todos los pueblos del contorno. Y había razón para que éste que pudiéramos llamar paralelismo de ambas reputaciones. Pues nuestro hombre que, al principio se gozaba secretamente en los prodigios que obraban las consabidas tabas, y reía, sin que lo oyera el cuello de su camisa, de la credulidad de sus convecinos; cuando la fama del relicario llegó a punto de que se le

dedicase una ermita y a ser objeto de devociones y romerías, entonces, la oculta satisfacción de aquél se tornó en rabiosa protesta, de que daba, a cada paso, públicas muestras. Y lo mismo era ocurrir un milagro que estar allí Ambrosio para decir, a grito pelado y con ademán descompuesto, que aquello no eran reliquias sino tabas de carnero; y que no fueran tan estúpidos que prestasen fe a cosa semejante, cuando a su mujer no la pudieron salvar las verdaderas reliquias.

Pero cuanto más se esforzaba menos creían en él, y la fe en aquéllas aumentaba en la misma medida con que él trataba de desacreditarlas, y al mismo tiempo que la conmiseración que, creyéndole orate, sentían por él sus convecinos.

—Pobre Ambrosio—decía la tía Eusebia—, está más loco que una chicharra en verano, y *tóo* por *mor* de que vino tarde, cuando el parto de la su mujer, por las *riliquias*.

Y sucedió, y aquí viene lo bueno de esta verídica narración, que un día caluroso de verano, a cosa de las once de la mañana, se desencadenó sobre la Endrinera una furiosa tempestad, de esas que justifican el conocido adagio:

«¡De *nublaos* por la mañana
y concejos por la tarde
Dios nos guarde!»

Temeroso el pueblo de que la nube, que había arrasado las cosechas de los pueblos cercanos, hiciese lo mismo con las suyas, corrió en masa hacia la ermita, y, sacando de ella el relicario, lo llevó procesionalmente hasta la plaza.

Hizo allí alto el concurso para cantar el trisagio, devoción solemnísima y edificante espectáculo, en que, a

la voz grave y quejumbrosa del sacerdote, contestaba el pueblo al unísono y con acento contrito:

«¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de Tu gloria!»

En tales instantes, abrió paso entre la gente Ambrosio; y, cogiendo el relicario, antes de que nadie pudiese evitarlo, lo arrojó contra el suelo gritando:

—¿Lo véis, estúpidos de la Endrinera, lo veis? ¡Son tabas de carnero, con que jugaban mis hijos al salir de la escuela! ¿Lo véis?... No pudo decir más. Un rayo lo derribó en tierra carbonizado, y un trueno formidable siguió al fulgurante relámpago.

Desde entonces, el pueblo, que estimó aquella muerte como castigo del cielo, cambió de opinión respecto de Ambrosio; y, así como antes le creyó loco, desde su trágico fin le consideró como un réprobo condenado a las llamas eternas. Pero el párroco, que era varón prudente y discreto, obligó a sus feligreses a que encomendasen a Dios el alma del difunto. Y, así que tuvo ocasión, subió al púlpito, y les predicó una muy sentida plática, reprendiéndoles por su ligereza en los juicios, a la que puso por remate, sacándolo del fondo de su patrología, el conocido texto latino:

Non in rebus fides, sed in Deo.

Y he aquí, caro lector (como me lo contaron te lo cuento), la verídica historia de *Las tabas de la Endrinera*.

EL SALUDADOR

—

El saludador

—

—DEO GRACIAS.

—A Dios sean dadas.

—Si tienen alguna presona mayor, u niño, con sarna, tiña, berrugas, rabia u andancio de ojos; u algún animal con lóbado, cocos, rabia clara o tullida; casada que quiera familia, moza que quiera amover, aquí está el saludador, que lo sanará por lo que tengan voluntad de darle, que él nada pidirá.

—Y ¿quién te dió la gracia si no está mal preguntao?, —dijo la tía Josefa, la Pantaleona, acercándose al umbral y regazándose el picote por una punta.

—La gracia la da Dios a todos los cristianos,—contestó el interpelado serenamente.

—Digo la de curar toas esas lacras,—replicó la mujer, sin inmutarse, y como si el interrogatorio estuviese ensayado.

—Me la dió la mi madre en el vientre, y por eso, desde la mesma nascencia, tengo esta cruz en el cielo de la boca.

Los circunstantes, pues ya se habían acercado al oir el pregón algunas gentes, examinaron la bocaza del saludador, en cuyo paladar, negro como el de un perro de Terranova, había algo que todos reputaron como cruz de *Alcaravaca,* hecha y derecha.

—Qué emonche de cosas éstas—dijo el tío Roque el animero, expresando entre dientes la admiración del concurso—, mesmamente que es una cruz de a geme. Asina, con esa gracia, curan luego ellos por lo devino, que ni visto ni uido.

El ilustre taumaturgo, severo con la gran *melenera* ceñida por un pañuelo de seda, y el sombrero en la diestra, repitió su pregón:

—Si tienen alguna presona...

—Pus aquí hay un crio con andancio, que el probito no pué abrir los ojos,—dijo una mujer joven acercándose con una criaturilla en los brazos.

—Ya los abrirá—dijo el hombre.

Hizo luego una cruz con saliva en cada uno de los párpados de pequeñuelo; aspiró después a bocanadas el aire de los cuatro puntos cardinales; y sopló, al fin, sobre aquéllos, tan suavemente, que el enfermito, en cuyo rostro se reflejaba el alivio producido, sin duda de momento, por la tibia caricia, entreabrió los ojillos. Viólo la madre, y, gritando: ¡milagro!, ¡milagro!, ¡mi hijo sanó!, echó a correr como una loca.

Aún no se había recuperado la gente del prodigio, cuando la tía Josefa dijo al santón:

—Pus aquí tengo una garrapa, que así se llaman, sin agraviar a naide, con una coquera que no la eja andar.

—Y ¿es de las manos u de las patas?

—Las cuatro pezuñas tié dañás.

El iluminado puso el sombrero sobre sus manos juntas, alzóla vista al cielo, bajóla luego a la tierra; hizo con el pulgar y el índice la señal de la Cruz, y con ella otras cuatro cruces en el aire, como quien bendice a los cuatro vientos; sacó después del bosillo dos pajitas, cruzólas también, y, luego que besó la cruz con ellas hecha, la arrojó hacia atrás por encima del hombro.

Después de todas estas solemnes ceremonias, que el concurso presenciaba estupefacto, dijo con acento sosegado:

—Ya está sanada la tu garrapa.

La señá Josefa, sin dudar de la curación, echó mano al *devental* y espigando, de entre las bellotas, dedales y botones que allí tenía, hasta diez o doce *perras chicas,* las puso discretamante en el sombrero del saludador, diciendo:

—Que Dios te conserve la gracia pa bien de tóos.

—Pero paeces tonta, ¿por qué no has sacao antes el animalito a ver si te lo ha curao?—dijo el herrero que, como muchos de su oficio en los pueblos, era un saco de picardías y un pozo de desconfianzas.

—Porque de las cosas que no son de este mundo carnal—contestó tímidamente la interpelada—no es güeno esconfiar.

—Pus digo yo más bien—insistió el incrédulo—que la esconfianza y el caldo de gallina no han dañado a naide.

No se inmutó por esto el saludador, y, sin dignarse mirar al hijo de Vulcano, dijo a la tía Josefa:

—Buena mujer, si lo eres, saca p'acá la garrapa.

Obedeció la beneficiada, y el animalito salió al punto sin resentirse de mano ni pata. De la concurrencia, formada ya por todo el pueblo, se elevó un murmullo de asombro; pero el herrero que, sobre ser zumbón, no daba su brazo a torcer así como quiera, se atrevió todavía a rezungar:

—Coino, y ¿quién me ice a mí que la garrapa, con perdón sea dicho, que así se llaman, tuviese cocos endenantes?

La gente iba a lanzarse indignada sobre el incrédulo; pero el profeta, que no parecía menos que tal el saludador, extendió la mano en actitud de poner paz, hizo luego señal de que se guardase silencio, y, dirigiéndose al herrero, dijo:

—¿Tiés la fragua encendía?

—Tengo—contestó el otro.

—Pus traete un jierro malvado.

Trájole a poco el hierro enrojecido, y el saludador, hecha con él la señal de la cruz, que precedía a todos sus ensalmos, sacó media cuarta de lengua, y pasó aquél tres veces, chisporroteando, sobre la húmeda superficie de ésta.

—Cosas veredes—dijo el herrero, con acento entre humillado y contrito—que no las creerías, si te las dijeran.

—Si te lo ije, hombre—exclamó el tío Roque, tirando por alto un gorro de punto—, si te ije que era ligítimo saluaor, que tiene, salva sea la parte, una cruz de Alcaravaca, más grande que la de las misiones; si es lígrimo, como tóos los que vienen de pa esa parte de Peñabusende, que denguno marra.

Mientras hacía el tío Roque tales encarecimientos, el saludador, dueño ya del cotarro, y seguido del mismo, repetía su quejumbroso pregón en la cercana encrucijada.

LA TRAGEDIA DE ARBOLEÑA

—

La tragedia de Arboleña

—

QUIEN NO HA VISTO UN CREPÚSCULO OTOÑAL EN ARBOLEÑA del Prado no ha visto cosa buena. El cielo transparente deja filtrar, desde el lejano horizonte, una veladura rosada, que, a medida que se acerca al luminoso disco, forma, en torno de éste, una esplendorosa aureola, a veces cortada por sombríos estratos, otras arrebolada con un nimbo verdoso, siempre refulgente de luz y de maravillosos colores.

A tal hora, propia para dar holgura al pecho, dejándole libre del ahogo que producen los ocultos sentires, las muchachas de Arboleña van a la fuente del Prado con sendos cántaros al cuadril. Pero lo del agua no es más que un pretexto. En realidad, van a triscar por la fresca pradera y por la umbría cercana; ni más ni menos que lo que pudieron hacer, si es que lo hicieron, en la clásica era, las náyades, ninfas y ondinas pobladoras de bosques y linfas. Porque, dado que alguna vez riesen y jugaran, no serían sus risas más alegres y argentinas que las de las mozas arboleñas; y, en cuanto a triscar, lo hacían éstas como cabras montaraces, dando al aire el zagalejo un punto más de lo que demandarían las conveniencias urbanas.

No así Jesusa, la cual, para justificar aquello de que no hay regla sin excepción, permanecía acurrucada y silenciosa al lado de su cántaro, medio adormecida por el arrullo sonoroso del agua. Digo medio adormecida, porque el sopor no llegaba al extremo de privarle de todo el sentido; pero sí lo bastante para endulzar sus penas, en tal grado, que esperaba aquella hora del día y aquella faena doméstica, con el ansia que el enfermo el momento en que ceden los sufrimientos.

Así era, que permanecía como en éxtasis largo rato, sin percatarse de que el cántaro rebosaba, y sólo salía de su ensimismamiento cuando las otras mozas, dando fin al jolgorio, venían a llenar los suyos.

Entonces Jesusa se encaminaba lentamente a su casa, buscando la sombra de los olmos que bordean el camino, pues hasta la claridad de la luna le era enojosa, y mucho más la algarabía de sus compañeras.

Alguna de éstas, ora curiosa o compasiva, se le acercaba; pero ella evadía todo coloquio, dando suspiros por respuesta.

Mas las penas son como el fuego que, comenzando oculto, al fin se manifiesta y busca libre desahogo; y llegó un día en que Jesusa, apremiada por María-Josefa, que era una buena amiga suya, dió rienda suelta a sus angustias.

—Mi verdad te digo, María-Josefa—le dijo—, que los quereres la cogen a una, y la emboban, y la dejan sin sentío y sin juicio denguno. Era yo más libre que una paloma torcaz cuando conocí, mal hora le conociera, a ese endino. Se me metió por el alma dende el primer día, porque lo que es labia no le falta; pero tóo se queó en palabras güenas y hechos malos.

—¿A tanto llegó?

—A tanto que, sin pasar muchos días, si Dios no quiere antes llevarme, seré yo la risión del pueblo. Asina están los probes de mis padres de avergonzaos.

—Y tú ¿por qué no le pides?

—Le he pidido cien veces ante el Juez, pero siempre niega; ha deprendido a niegar con un picapleitos de la ciuá, y no hay quien le coja en rinuncio.

—Ya caerá, que la verdad ella sola se esclara.

—Más digo yo que se escurece, porque cuantis más la nesecito, más se clisa.

—A la fin y la postre, él cantará.

—Coplas contra mí es lo que canta el maldito, que, si mi hermano no estuviese en el servicio, puá ser que se le atragantaran.

—Fía en Dios, mujer.

—Me tiene abandoná, hija... Tú no sabes lo que rezo, lo que pido, y ni El ni la Virgen del Cueto me oyen.

Así platicaban, camino del pueblo, Jesusa y María-Josefa, cuando, medio oculto por una cerca, divisaron un grupo de enamorados en misterioso palique.

—Míralo, exclamó Jesusa, míralo con la otra.

—Dejó el cántaro, saltó ligera sobre la cerca, y, extendiendo los brazos como una loca, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Andrea! ¡Andrea! fíate de ese mal hombre, que lo que fué de mí será de tí.

La pareja se deshizo, y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron por los distintos caminos los amantes.

Jesusa, incapacitada por la emoción para sostenerse de pie sobre los pedruscos de la cerca, cayó desplomada sobre el camino, y María-Josefa apenas si tuvo tiempo para recoger estas últimas palabras:

—Que Dios le perdone... por que yo... la verdá... me muero queriéndole.

DON QUIJOTE Y SANCHO EN LOS ESTUDIOS DE SALAMANCA

LUIS MALDONADO

Don Quijote y Sancho en los Estudios de Salamanca

> GETA.—Este dicho conforma con el precedente, porque PANZA es un SANCTO que celebran los estudiantes en la fiesta de Santantruejo, que le llaman SANCTO DE HARTURA, y así Lisandro, loando a su señora, la llama hartura de panza, y que no sea laurel que no da fructo.
>
> SIRO.—¿Dónde aprendiste tanto?
>
> GETA.—En el general de Phesica, cuando llevaba el libro a un popilo, oí al bedel de las Escuelas echar la fiesta de PANZA.
>
> Tragicomedia de Lisandro y Roselia Acto I, esc. 2.ª. Salamanca 1542.

REBUSCANDO UN DÍA, POR FERIAS DE SEPTIEMBRE, EN LOS puestos de libros, dí, entre otros menos curiosos, con un legajo amarillento, envuelto en viejos pergaminos, cuyo rótulo, traducido por un arabista amigo, decía poco más o menos:

«De cómo el gran caballero de la Mancha hizo su entrada en la inmortal ciudad de Salamanca, y del agasajo que recibió en los estudios y demás hechos memorables de esta famosa visita».

Llenóme el ojo tan suculento epígrafe y, ni corto ni perezoso, concerté con el susodicho arabista la traducción; y él que a tanto por línea, y yo que a tanto por pliego, llegamos a concordia en un tanto cuanto por párrafo, y he aquí la versión que, si valen juramentos de moriscos, me juró ser del todo fiel y exacta.

«Digo yo, Cide Hamete, que, después de las andancias y aventuras relatadas en los capítulos anteriores, Don Quijote, seguido de su buen escudero Sancho, se encaminó por el más corto camino, que era la orilla derecha del Tormes, a Salamanca. Era razón de tal apresuramiento el platicar sobre ciertas dudas filosóficas con el

sabio maestro Ciruela, y, más que todo, el ardiente deseo de desautorizar unos comentarios de su vida que andaban muy en boga en las escuelas, el de pisar aquellos claustros y aquellas aulas, de donde el saber fluye a raudales, y el ansia de departir con docentes y discentes, gozando de cerca los sabrosos frutos de tanto peregrino ingenio.

El había ya mandado embajada por delante, valiéndose de un mercader en sedas, que posó con él dos noches antes en Peñaranda, con lo cual los estudiantes, que conocíanle ya de fama, andaban alborozados, urdiendo tretas y bromas para hacer más sonado y chocante el recibimiento.

Cerca ya de la ciudad, y en el sitio que llaman de La Flecha, que es ameno retiro y granja de la Orden de San Agustín, con unas aceñas de varaseto, rodeadas de sauces y alamedas, D. Quijote dijo a su escudero:

—Amigo Sancho, tú que tienes menos cansada la vista y no precisas de los espejos de Arión, echa en torno tuyo una mirada, y hallarás el famoso manantial y pura fontana cantados en horaciana silva por el P. Maestro Fray Luis de León.

—No veo tal Merenciana, ni tal hontana, ni tal silva, ni tal fraile, sino unos juncales bravíos que crecen en terreno pantanoso, donde se atolla mi rucio.

—Y la cumbre airosa, ¿tampoco la divisas?

—Cumbre sí, veloila; pero de si es o no airosa, nada digo, porque aquí abajo no se mueve ni una brizna.

—Obra será de encantadores el que tú no veas con los ojos del cuerpo, que ha de comer la tierra, lo que yo estoy viendo con los del alma. Y, antes de entrar en la Atenas española, bueno será que refrigeremos nuestros cansados miembros con abluciones de este manantial de sana poesía.

—Agua veo; pero no manantio, aunque no será emposible que nazga en aquel mojantial.

—¡Oh buen Sancho! pásate lo que a todos los rústicos y personas vulgares y mal nacidas, que ven los efetos y no las causas que les dan origen, y así miras aquí abajo el agua, y no coliges que de arriba ha de venir, cayendo por su peso; y que, si aquí se extiende y esponja por la húmida tierra, arriba se contendrá en un estrecho conduto.

—Acabáramos. Si tal es la hontana, allá lejos, a media ladera, destingo yo el cañuto que dice vuestra merced.

—Pues encamíname a él.

Lo hizo así Sancho, y llegaron a una extensa plazoleta, oculta entre yedras y zarzales, y tan solitaria y llena de plantas florecidas, que, al penetrar en ella, exclamó Don Quijote con sentido acento:

—¡Oh lugar delicioso! ¡Oh huerto sellado, recóndita alcancía de la rústica belleza, virgiliano y poético retiro! ¡No seré yo quien huelle con mis plantas el aterciopelado césped de tus carriles y senderos, por donde un tiempo discurría serenamente el gran agustiniano!

Y, arrodillándose a la entrada, dijo a Sancho, que trataba de hacer lo mismo:

—Ve, tú, Sancho, a la fuente, y llena este yelmo—y, entregándole el de Mambrino, que llevaba puesto, añadió:—En él beberemos, como si fuese el Santo Grial de Monsalvato.

—Si vuestra merced no puede pisar estas yerbas, siendo tan gran caballero, ¿cómo podrá hollarlas un villano harto de ajos, un jayán sin honor ni cosa que lo valga? — dijo Sancho que, aunque cristiano viejo, es fama que tuvo sus puntos y ribetes de zumbón.

—¡Ay Sancho, Sancho! tú eres ingenioso; pero no tanto que te percates de que cuando tú vas, yo vuelvo.

¿No has visto más de una vez, cuando hay obra en algún templo o santuario, cómo penetran, sin réplica de nadie, en lo más sagrado de él los asnos cargados de cal y de ladrillo? Pues, salvando la diferencia de asno a villano, que no es mucha cosa, ¿qué reparo ha de haber en que tú vayas y vuelvas de rodillas para servirme el agua?

—¿De rudillas ha de ser?

—De rodillas o de pies y aun calzado—contestó Don Quijote algo alterado—, sea como quieras; que para tales menesteres que, como te he dicho, se encomiendan a los asnos en lugar sagrado, no se les manda dejar las herraduras a la puerta.

—No ya de rudillas, a gatas, como me parió mi madre he de ir—dijo Sancho dolido del enfado de su amo.

Y, diciendo y haciendo, fué, lavó y recogió en el yelmo el líquido cristal, y se lo sirvió reverentemente al caballero.

Este, con ademán solemne, elevó al cielo el colmado vaso, bebió levemente por uno de sus bordes, y volviéndolo a elevar, vertiólo pausadamente sobre el propio colodrillo, a tiempo que decía:

—¡Oh licor sagrado de la poesía, espíritu sereno de los campos, alma excelsa del gran maestro salamanqués, divino Dionisio, sustancia y jugo de la madre tierra! Refresca y vigoriza mi voluntad para nuevas empresas que sean asombro de las edades venideras.

—Amén. Y vamos pronto a nuestras cabalgaduras—dijo Sancho—, que allí columbro gente alegre y bullanguera que puede espantarlas.

Y así era la verdad, que ya Rocinante erizaba las orejas. La tal gente era una turba estudiantil vestida al uso de las naciones en que está dividida la Escuela: los murcianos, con montera y zaragüelles, llevaban una col a guisa de bandera; los extremeños, una longaniza; y así

los demás, según el uso y costumbre de cada nación. Uno de ellos, que revelaba ingenio pronto y zumbón, acercándose con muchos rendimientos a D. Quijote, que ya era jinete, le dijo:

—Mi señor D. Quijote, flor y espejo de toda la caballería andante, luz y guía de las presentes y venideras generaciones...

—No sigáis, no sigáis—interrumpió D. Quijote un tanto envanecido—. Ante el alma mater de las Españas, cuyas cúpulas y chapiteles ya diviso en la lontananza, nadie es grande, y yo soy humilde peregrino que viene a postrarse en vuestros umbrales.

—¡Salamanca y su escuela os saludan! — gritaron todos.

D. Quijote hizo zalema de agradecerlo, y luego, el que hacía de cabeza, destacándose y llevándole a una parte, le dijo en gran reserva:

—Señor, en medio del júbilo de vuestra llegada, tenemos un gran dolor y sentimiento: sobre a quién corresponde la honra de hospedaros ha surgido gran contienda, y han resucitado los bandos que ensangrentaron la ciudad por tantos años. Monroyes, Maldonados, Anayas, Varillas y Ramos del Manzano han apelado a las espadas, y la entrada de la ciudad, donde se os preparaba el acogimiento debido a vuestra alcurnia y heróicos hechos, es un campo de Agramante.

—¡Voto va!—dijo D. Quijote, apoyándose en los estribos y requiriendo el lanzón.—¡Voto va, y que por tan poca cosa han de reñir batalla estos salamanqueses, y que han de ser los mismos de siempre! Id, y decidles de parte del Caballero de la Triste Figura, que allá voy, y que, si por razones, como aquel buen padre de Sahagún, no logro avenirles, tornaré al camino sin hacer estancia en ese humano avispero. Y, cuanto a lo del hospedaje, no lo haré en los palacios de los próceres mentados, sino

en alguna posada, que por malas que sean las de Salamanca (y no es esto afirmar que lo sean), no han de hacer buenas a las manchegas.

Partió rápido el emisario, y volviéndose al concurso, gritó D. Quijote con voz de trueno:

—¡En marcha!

Metiendo espuelas, hizo dar una carreruela al pesado Rocinante, el cual, apenas llegado al arenal del Angel, atollose y paróse en seco. Llevado a duras penas por Sancho del ronzal, y cien veces malditos por el jinete los encantadores que detenían su carrera, llegó al fin a la entrada de la ciudad, descendiendo por el Rollo a la puerta de Toro.

El concurso, allí numerosísimo, gritaba con entusiasmo, disparando cohetes, tracas y arcabuzazos; y la clave de las campanas, que se concertó para las bodas de Felipe II, elevaba, sobre el griterío humano, sus solemnes acordes. Todo era júbilo en la Roma chica, y de la pasada discordia, conocida la amenaza de D. Quijote, no había quedado el menor rastro, antes los partidarios de las distintas banderías rodearon y aclamaron juntos al ilustre huésped, como si entre ellos no hubiera mediado tan airada contienda.

Así, agasajados desde los balcones, con flores, trigo y aleluyas, llegaron a la puerta principal de los Estudios Mayores donde, descabalgando a duras penas, penetró Don Quijote, llevado en volandas de la grey estudiantil.

¡Al aula magna!, gritaba el concurso, y al *aula magna* fueron a parar, y en ella entraron, precedidos de los pífanos y atabalillos, al mismo tiempo que campaneaba en las alturas el címbalo universitario.

Nuestro insigne manchego, demudado el rostro, temblando de pies y manos, confuso y anonadado, subió a la cátedra y, destocándose el yelmo, ofreció a la vista del auditorio aquella descarnada cabeza, aquella

lánguida faz y lacios bigotes que le dieron nombre de Caballero de la Triste Figura.

No tardaron poco, rector, bedeles y alguaciles del silencio, en poner orden en aquel concurso de gente zumbona, que no sólo en aquella ocasión, sino en otras más solemnes, ensordecía el ámbito con sus gritos.

Hízose al fin, a medias, el silencio; y fué entonces cuando el rector, que era un garrido joven dieciocheno, abundante de palabras y sobrio de ademanes, dió al auditorio noticia y presentación del heróico hidalgo, quien fué acogido entre las más ruidosas aclamaciones.

Llegado el turno a D. Quijote, enmudeció el concurso, de tal modo, que se oiría el volar de un mosquito.

—Nunca tembló mi ánimo—comenzó diciendo con voz apagada—en las mayores aventuras de la vida caballeresca, y ahora me sobrecoge el pavor de pies a cabeza; y es—continuó un tanto animado—que yo he luchado con gigantes y malandrines, con mesnadas y aun con ejércitos visibles e invisibles, reales y aparentes; yo he realizado las más grandes proezas de las armas; pero mi alma impertérrita, mi brazo de hierro y mi espada invencible se rinden, anonadan y humillan ante esta excelsa institución, monumento prodigioso de las artes y las ciencias.

Un estentoreo ¡víctor! llenó el aula anchurosa, y Don Quijote, ya a plena y segura voz, continuó:

—Yo tiemblo ante vuestras mercedes, maestros y discípulos; que, aunque sea cierta la hermandad entre las armas y las letras, siempre fueron éstas el hermano mayor, el primogénito, el que representa y vincula el solar y la raza, a quien los menores deben honor y pleitesía. Por eso yo os pido perdón, yo, el más humilde de los caballeros nacidos, yo os pido perdón de mi atrevimiento. Y hecha esta declaración, voy derecho, por no cansaros más, a deciros el motivo de mi visita y la razón de

esta audacia caballeresca, la mayor de todas mis empresas y aventuras, de atreverme a venir ante vuestras mercedes y dirigiros la palabra.

Aún no hace dos años, caminando a la ventura, tuve contienda singular con un vizcaíno que, ocultas, cautivas y no sé si encantadas, conducía a dos damas principales. Mi espada, después de mal herirle y derribarle, iba a sellar sus labios para siempre; pero las hermosas cautivas, implorando por él, me obligaron a perdonarle.

No le impuse otra condición ni concierto, ni exigí de su gratitud mayor prenda que la de ir al Toboso y presentarse de mi parte a la sin par Dulcinea, para que ella ficiese de él lo que más fuere de su voluntad.

¿Y sabéis cómo ese vizcaíno ha correspondido a mis larguezas y magnanimidades? Pues escribiendo una falsa historia mía, que bien sé que corre con gran crédito en vuestras manos, y que él llama *Comento de mi vida,* en la cual lo menos que dice es que yo, el más sesudo de todos los caballeros andantes, estoy loco, si bien declara que él también lo está de remate.

Y aquí viene bien aquello de: cree el ladrón que todos son de su condición. Cree el vizcaíno que todos estamos tan faltos de seso como él, y, cuando pretende escribir la historia mía, escribe la suya que es, por cierto, una continuada cadena de las más disparatadas empresas; y, como es natural, la escribe en su jerga vizcaína, que no hay quien la entienda ni resista a leerla de corrido, ni aun con descanso y por jornadas.

¡Ah, vasco selvático, Sancho de Azpeitia endiablado! Apéate de la mula de tu gerigonza, cuya falsedad tú mismo lamentas, y, si quieres ser cronista de caballeros andantes, lo primero que debes hacer es echar pie a tierra y seguir humildemente la huella luminosa de mis pasos, y el surco profundo y sangriento de mis heróicas aventuras, y escribir luego en castellano corriente y mo-

liente, sin prematicas, hipérboles ni otro linaje de hueras filosofías.

¡Y aquí está D. Quijote—gritó con voz estentórea—aquí está D. Quijote, aquí está D. Quijote! ¡Tres veces lo digo y lo diría tres mil! para decir a vuesas mercedes y al mundo entero, que yo no tengo esas honduras y recovecos de que habla el vizcaíno, que soy hombre liso, llano, sencillo y honesto como lo manda la orden de Caballería en que profeso, y que esos otros Quijotes del tordesillano y del vizcaíno, desmemoriados y locos, que nadan entre las dos aguas del genio y la demencia, no tienen conmigo más ligamen que la historia de Amadís con las coplas de Calaínos.

Yo, señores míos, soy el único Quijote: el del páramo y el de las verdes montañas, y el de toda la raza española hasta las más remotas latitudes, y no admito par ni mellizo ni segundo.

Y tocante a lo que ese vizcaíno dice de Dulcinea: que si él la hubiera visto, se hubiera él enamorado perdidamente de ella, y aun ella de él, yo accedo a la primera afirmación, aun siendo irreverente, pero niego y reniego mil veces de la segunda, y...

En tal momento, destacándose sobre la amplia plataforma, apareció un hombre alto, recio, con grandes espejuelos de concha sobre la corva nariz, y vestido a lo golilla.

—Mi señor D. Quijote—dijo con voz serena, una vez que cesó el bullicio de la gente—: he aquí rendido a vuestras plantas al vizcaíno Sancho de Azpeitia...

—¡Ah! malandrín, follón y bellaco, ¿tú aquí?—rugió Don Quijote, echando mano a la espada y sin dejarle acabar—¿tú aquí?

Puso paz el rector a duras penas, logrando que Don Quijote se viniese a razones, y el vizcaíno siguió con igual tranquilidad.

—Aquí yo, sí, mi señor D. Quijote; aquí yo, que, después de lo pasado, he convertido mis rencores en afeto y en veneración al mayor caballero que vieron los siglos.

Cierto que escribí vuestra historia y que dije que vos y yo estamos tocados de igual locura; pero esta locura nuestra no quiere decir que fuera demencia de orate, sino llama y delirio de infinito amor a nuestra Dulcinea...

—¡Dulcinea! ¡Dulcinea! Mira bien lo que dices, Sancho de Azpeitia, que ibas razonable, y vas desvariando y...

—No desvarío, señor. Tu Dulcinea y la mía y la de todos los caballeros del ideal que han sido en el mundo, es una misma y única persona: su frente toca a los cielos, sus pies huellan nubes de nácar, sus cabellos son rayos arrancados a Febo...

—No sigas, no sigas; esa es... ¿tú la viste?

—Yo la vide, y no ocupada en oficios vulgares, como te dijo tu sencillo escudero, sino ensartando gotas de rocío caídas de los collares de la aurora. Yo la vi y la amé como vos.

—¡Azpeitia, ten tu lengua!

—La amé como vos, y ella como a vos me amó... Aguardad, aguardad, señor—dijo el vizcaíno, viendo que D. Quijote se le venía encima—, que antes de morir a vuestras manos sin defenderme, ya que por ser de ella soy vuestro, tengo que cumplir un encargo de ella recibido.

—Habla pronto y claro, que tus horas están contadas...

—Ella me dijo: ve, Sancho de Azpeitia, ve presto en busca de mi señor D. Quijote, y dile que su Dulcinea no es ni zafia aldeana, ni altiva princesa, ni doncella encantada, ni otra cosa material tangible y deleznable, sino espíritu puro que escapa de las manos de los mortales, esencia vagarosa que cruza por los cielos, alma de las

almas buenas y germen sutil de todos los grandes pensamientos de los hombres.

Dile que yo le asisto en sus aventuras, y enciendo su valor en los combates, y velo su sueño, y ahuyento a sus enemigos; pero que nunca me verá, porque soy invisible; ni me tocará, porque soy impalpable; ni seré suya, porque soy la gozada de todos y de ninguno poseída.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo, y dijo también: dale mis brazos con tus brazos, y, tocados del mismo amor y de la misma locura, salid nuevamente; pues a vosotros y a todos los que con vosotros crean en mí y me amen pura y honestamente, como tú y D. Quijote, está reservada la salvación del mundo.

Echóse D. Quijote en brazos del vizcaíno, y ambos a dos, llorosos y enternecidos, acordaron salir al día siguiente: uno hacia el brumoso Norte, y otro hacia el radiante Mediodía, resueltos y decididos a conquistar la tierra para su hermosa Dulcinea.

Con gran algazara festejó la turba escolar el gentil y por todos celebrado remate de la contienda entre Don Quijote y el vizcaíno. Destacóse, en esto, de entre lo espeso de la gente un grupo de estudiantones pardales, gente arriscada y de buen humor que, acercándose a nuestro Caballero, le subieron en hombros, saliendo con él en tropel del aula magna, precedidos de otros tres que despejaban el camino. Dos de ellos llevaban ensartadas en unos varales unas vejigas de vaca, de las que se suelen usar en carnestolendas, y otro alzaba, a guisa de pendón o estandarte, un cartelón grande, en el cual se parecían, muy a lo vivo y propiamente pintadas, las veras efigies de D. Quijote y de Sancho, con sendos rótulos, que decían: uno, «El Caballero de la Triste Figura», y otro: «Aqueste es Sancho Panza, su escudero». En la parte más alta del cartelón, y como coronándolo

todo, se leía claramente el consabido lema latino, compuesto de dos palabras:

CARITAS BONITAS

que los escolares voceaban socarronamente a la llana española, según llevaban a D. Quijote en volandas.

El barullo aumentaba, el griterío cundía y la confusión imperaba, arreciando al asomar a la calle, sin que desde este momento cesara un punto.

Obsequiaron a D. Quijote, en el camino de vuelta a su posada, con las mismas ceremonias y extremos que a su triunfal recibimiento, acreditados aún más, como ya cerraba la noche, con muchos y muy valiosos fuegos y luminarias; que aquella tarde memorable hasta las monjas de clausura pusieron tras las celosías sus candelillas».

. . . . . .

De todo lo cual (añado yo de mi cuenta, para reparar imperdonable descuido de Benengeli, si no has, oh paciente lector, a enojo mi osadía), de todo lo cual—digo—apenas si curaba Sancho, el buen Sancho, que, sentado cabe el brocal del pozo universitario, y en amorosa campaña con solas sus alforjas, despachaba una buena merienda.

VOCABULARIO

VOCABULARIO [1]

A

Ahilao.—Delgado como un hilo.
Alzapón.—Trampa o portañuela de los calzones que cubre la pretina desde las ingles a las caderas, dejando sobre éstas dos aberturas a manera de bolsillos.
Amuelar.—Amontonar, hacer el muelo.
Apernar.—Atrapar por una pata. En sentido figurado, cazar votos.
Arbolario, harbolario, locatis.—Voluntarioso, mudable, levantado de cascos.
Arrapea.—Apea, traba de las manos; comunmente de hierro, aunque también las hay de cerdas.
Ausentido.—Sabido, descontado, previsto.
Avería.—El conjunto de las aves de un corral.

B

Belranga.—Berlina, (?) coche.
Berrendo.—Manta serrana, tejida en franjas de distintos y vivos colores.
Besana.—Porción grande de las en que se halla dividida la heredad para el cultivo.

C

Cahorzo, cagorzo.—Charco, hondura en medio de una corriente de agua.
Cancín, es.—Corderos de un año.
Crego.—Clérigo.

(1) Comprende las voces menos corrientes y conocidas del dialecto regional, usadas en este libro.

¡Cruro!—Interjección charruna.
Carrilano.—Obrero de ferrocarriles.

CH

Chapalatear.—Chapotear, pisar en lodo.

D

Desbruciar.—Dar de hocicos y, en sentido figurado, acabarse, desmejorarse, «morirse a chorros».
Desencañar.—Sacar los costales del deshojado o cuerpo del carro.
Destral, a.—Hacha pequeña para poderla usar, a veces, con solo la mano derecha.

E

Embair.—Distraer, gastar o perder el tiempo en alguna cosa.
Engarañar, engarabitar.—Encogerse por el frío.
Escotero.—El que camina a pie y sin impedimento.
Encetar, encentar.—Comenzar, principiar una cosa. También se usa, sin aditamento, para significar que ha comenzado la putrefacción o la gangrena de una persona o sér orgánico cualquiera.
Entreensí.—Mal interior.

F

Finja.—Finca.

G

Garria.—Prado llano y sin árboles.
Güé.—Buey.

I

Iñir, heñir.—«Tiene mucho que iñir», tiene mucho que pensar, que escudriñar.

J

Jaro, jardo.—Con manchas blancas.
Jijas.—Fuerzas, alientos.
Jigeo.—Gritos finales con que terminan los cantares campesinos, principalmente los de rondas que significan desafíos entre distintos bandos de mozos.

L

Lígrimo.—Esbelto, elegante, propio, castizo de la tierra.
Lucio.—Lucido, gordo, hermoso, de pelo brillante.
Líntriga, luntria, nuntria.—Nutria.

M

Malinsosis, malensosis.—Mal insulso, desconocido, interior.
Mela.—Marca o letra hecha con pez que emplean los ganaderos para señalar y distinguir el ganado ovino.
Meodía.—Mediodía, Sur.
Mesinguín, misinguín.—Señorito de ciudad, gomoso.
Muestra.—Reloj.

P

Pidior, pididor.—Mendigo.
Piojarero, pegujalero.—El que labra al pegujar, la pequeña heredad.

R

Romear.—Rumiar.

S

Sainar.—Desangrar, perder sangre.
Somarros.—Trozos de carne de cerdo, y especialmente los solomillos, asados.

T

Tarja.—Palo donde se lleva una cuenta por medio de señales o rayas horizontales, que se hacen con una navaja.

Tenada.—Cobertizo o abrigo para los ganados en corrales y majadas.

Tupir.—Ahitar, llenar, obstruir.

U

Urganero, urgandero.—Palo con regatón de hierro con que se atiza y aviva la lumbre en el hogar campesino.

Urganero de gavilanes.—En el que el regatón termina en forma de cola de gavilán como el de las ahijadas que se usan para desterronar al tiempo que se va arando.

V

Volear.—El acto de arrojar a «volea» (o «voleo») la simiente.

Veloilo, a.—Helo ahí, hela ahí.

Veyudo, a.—Viudo, viuda.

Z

Zaque.—Pellejo de vino.

Zumbo.—Cencerro grande.

ÍNDICE

ÍNDICE (1)

	Páginas
El Tío Clamores (1901)	1
El Misterio de la Santísima (1900)	11
Oficio nuevo (1901)	19
El dómine Lúpus (1901)	23
La Visita (1901)	29
La bella jurdana (1901)	35
La despedida del quinto (1901)	41
La última broma (1901)	47
«Vamos con Dios» (1901)	51
El Tío Cavila, I (1901)	57
El Tío Cavila, II (1901)	65
Las dos torres (1902)	73
El güé malo (1901)	79
El Ama Concención (1901)	85
Don Lionardo (1901)	91
Silvano y Gumisinda (1901)	97
El Esgarra (1901)	103
La nube negra (1901)	111
El último recurso (1901)	117
Declaración (1901)	123
El mondongo (1902)	129
Broma charruna (1901)	135
Los hijos del tío Rejero (1901)	143
Al remudo (1901)	149
El Catarro y la Araña (1915)	157
La canción de la Ribera (1913)	165
Idilio montuno (1911)	173
El centenario de Aldeamojada (1911)	177

(1) Los números entre paréntesis indican las fechas de composición de los Cuentos.

María Rosa la de Aldeagómez (1910) 187
La castellana de Altuero (1907) 195
Banquete homérico (1906) 207
La moda en Villamenor (1898) 213
El sueño de un niño (1901) 219
El de las burras (1901) 225
Las últimas comuneras (1904) 229
Celos montaraces (1906) 235
Las eras del tío Jeromo (1919) 241
Los veyudos del Juncal (1906) 247
Las espumadoras de oro (1906) 253
Los bandos de Villausende (1904) 259
El amor y la política (1904) 267
Fiesta boyal (1904) 273
La muerte del tío Jeromo (1908) 279
Las tabas de la Endrinera (1905) 283
El saludador (1904) 291
La tragedia de Arboleña (1906) 297
Don Quijote y Sancho en los Estudios de Salamanca (1915) 303
Vocabulario 317

FE DE ERRATAS

—

PÁG.	LÍN.	DICE	DIGA
6	27	diabfo	diablo
14	30	ciencia.	ciencia?
15	34	crispadas.	crispadas,
32	12	desvelo.—	desvelo.
32	28	pueé	puée
116	2	escula	escuela
119	3	e!	el
121	30	q'icir	qu'icir
132	26	p'acer	p'hacer
132	27	Manuel	Manuel?
133	34	envuelzas	embuelzas
138	21	puea	pueas
147	13	e	'e
148	7	alegremente.	alegremente!
159	19	los chicos cada día	los chicos cada vez
160	19	diastraidos	distraído
160	24	que un	que en un
179	30	dirigía.	dirigía.—
182	14	hay,	hay
216	34	pertinente,	pertinente
237	22	revelan,	revela,
243	23	el Jeromo	el tío Jeromo
244	14	cajetilla.	cajetilla!
244	34	cosas	cosas!
252	12	retiraron	reiteraron
262	11	desamine, por	desamine?, ¿por
265	35	topoarse	toparse
271	31	mí	mi
276	23	—La	La
276	29	bazo	brazo
286	20	ca bilosidades	cavilosidades
287	12	reliquidas	reliquias

G 37546